

Y
DIJO
DIOS:

Libro de Lectura Bíblica

Con 31 ilustraciones según estampas en madera de la Edad Media y una reproducción del cuadro de la creación del mundo del Maestro Bertram

Desde la Creación del Mundo hasta la Torre de Babel

Traducción al Castellano para el Colegio Waldorf, Lima con la autorización de
J.Ch.Mellinger Verlag Stuttgart (früher Waldorfschul-Spielzeug und Verlag)



Creación del mundo

En el principio, Dios creó el cielo y la tierra. Pero la tierra estaba todavía vacía, en desorden y cubierta de aguas profundas. Todo estaba completamente oscuro. Entonces, el espíritu de Dios se movió sobre las aguas y Dios dijo: “¡Que haya luz!”. De inmediato, todo quedó envuelto de luz y claridad. Así sucedió el primer día.

El segundo día dijo Dios: “¡Que se haga el firmamento!”. Y en un instante apareció la hermosa bóveda del cielo.

El tercer día dijo Dios: “¡Que las aguas que están debajo del cielo, se junten en un solo lugar y que aparezca el suelo seco!”. Así sucedió. Dios llamó “tierra” al suelo seco y “mares” a las aguas que se habían juntado. Luego dijo: “¡Que broten en la tierra pasto, hierbas y árboles que den frutos!”. Y también esto sucedió: de pronto, la tierra reverdeció deliciosamente con un verde de primavera y se adornó con flores de mil especies y árboles floridos.

El cuarto día Dios dijo: “¡Que haya luces en el cielo que alumbrén la tierra y señalen los días y los años!”. No bien lo había dicho, éstas aparecieron. Desde ese momento brillaron en el cielo, una luz grande para iluminar el día y otra más pequeña para alumbrar la noche; y también resplandecieron un número infinito de estrellas.

El quinto día dijo Dios: “¡Que haya peces en el agua y pájaros en el aire!”. Entonces, el agua se llenó de peces y el aire de pájaros de toda clase.

Finalmente, el sexto día dijo Dios: “¡Que haya en la tierra animales de toda especie!”. También esto sucedió de inmediato. Por último, Dios creó al hombre, para quien creó todo lo demás. Dios miró todo lo que había hecho y era muy bueno. Mas el séptimo día descansó, bendijo y santificó ese día.

Creación de los Angeles

Además del mundo visible, Dios ha creado también un mundo invisible, el mundo de los ángeles del cielo. Todos los ángeles eran buenos y en sobremanera felices; pero no todos siguieron siéndolo. Muchos de ellos se volvieron malos. A causa de su gran suerte, se volvieron orgullosos y se rebelaron contra Dios. Ellos decían: “Queremos ser iguales al Dios supremo y colocar nuestro trono más allá de las estrellas de Dios”. Entonces, se produjo una terrible contienda en el cielo. Micael y otros ángeles que seguían siendo buenos, pelearon contra los ángeles malos, cuyo jefe se llama “tentador” o “diablo”. Los ángeles buenos vencieron a los ángeles malos, los echaron del cielo y los arrojaron al abismo.

Creación del primer hombre

Cuando Dios creó al hombre, dijo: “¡Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. Que reine sobre todos los animales y la tierra entera!”. Pronunciando estas palabras, Dios formó un cuerpo humano de tierra y con su soplo divino le infundió vida y un alma inmortal. Así se hizo el primer hombre. Dios le llamó Adán, que significa “el que brotó de la tierra”.

Como el Señor Dios es tan bondadoso, había plantado un maravilloso jardín para el hombre. A este jardín se le llamó “Paríso”. Había allí toda clase de bellos árboles llenos de deliciosas

frutas. Mas en el medio de aquel jardín había un árbol especial: el Arbol del Conocimiento del Bien y del Mal. Una fuente que se dividía en cuatro brazos regaba todo el jardín. Dios colocó al hombre en este jardín para que lo cultivara y se entretuviera haciendo esto.

Además, Dios le dijo: “Puedes comer frutas de todos los árboles del jardín, menos del árbol que está en medio, pues apenas hayas comido de él, morirás”. Luego, Dios trajo a Adán todos los animales. Adán se alegró mucho cuando los vio y a cada uno le dio su nombre, propio de él.

Adán aún estaba solo en la tierra, por eso Dios pensó: “No es bueno que el hombre esté solo. Voy a crear para él una compañera que se le parezca”. Por tanto, Dios hizo que Adán durmiera profundamente, tomó una de sus costillas y con ella formó una mujer. Cuando Adán se despertó, Dios le presentó a la mujer. Adán se alegró y le puso el nombre de “Eva”, que significa “la madre de todos los hombres”.

Ahora los dos vivían muy felices en el magnífico jardín. Aún no sabían nada del mal y, por una gracia especial que Dios les dio, estaban colmados de luz. Dios era con ellos tan complaciente como lo es un padre con sus amados hijos. No conocían el dolor y estaban destinados a no morir nunca.



El hombre pone nombre a cada ser

En esta forma creó el Señor al Hombre. Entonces, los Angeles le dijeron al Señor: "Ese hombre al que tú creaste, ¿qué clase de ser es éste?". Dios les respondió diciendo: "Su sabiduría es mayor que la vuestra". Y trajo ante ellos al ganado, los animales y los pájaros y preguntó a los Angeles acerca de cada uno de esos animales: "Este, ¿cómo se llama?". Pero los Angeles no supieron qué decir. Luego, Dios mandó que los animales desfilaran ante el hombre y le preguntó acerca de cada uno de esos animales: "Este, ¿cuál es su nombre?". El hombre respondió y dijo: "Este es el buey, éste es el caballo, éste es el burro, éste es el camello, éste es el águila, éste es el león". Y así continuó poniendo sus nombres a todos los animales. "¿Y tú?" —le preguntó Dios— "¿Cuál es tu propio nombre?". El hombre respondió diciendo: "Yo debería llamarme Adán, pues he sido tomado de la tierra". Y Dios siguió preguntándole: "Y a mí, ¿qué nombre me correspondería?". Adán respondió y dijo: "A Ti te corresponde llamarte Señor, pues Tú eres Señor sobre todas las criaturas".

Dios y la tierra alimentan al hombre

Cuando la Tierra oyó las palabras de Dios, ésta tembló y dijo a su Creador: "¡Oh, Señor de todos los mundos, mi fuerza no bastará para proporcionar alimentos al género humano!". Entonces, el Señor le dijo: "Tú y Yo juntos vamos a alimentar a los hombres. Y se dividieron el trabajo: El Señor tomó para sí la noche y le dio el día a la Tierra. ¿Qué hizo el Señor? Creó el sueño de la vida: El hombre descansa tranquilo y duerme durante la noche, y el sueño es para él alimento y beneficio, vida y recreación. Se dice que el alma es

tá dentro del cuerpo, pero cuando el hombre duerme, el alma sube hasta el cielo y desde arriba alienta su vida.

Pero el Señor le da su ayuda a la Tierra y la satura con su lluvia para que la Tierra produzca fruto y alimento para todas las criaturas.

Cada hierbecita tiene su estrella

El Señor hizo brotar de la tierra toda clase de hierbas con las que el herbolario prepara sus unguentos y el médico cura las enfermedades. No hay ninguna hierbecita en la tierra que no tenga su estrella en el cielo, que la hace germinar y le anima diciendo: "¡Házte grande!".

Caída del primer hombre en el pecado original

Entre todos los animales que Dios había creado, ninguno era tan astuto como la serpiente. De ella se sirvió el pérfido diablo para inducir al hombre a la tentación. Un día, Eva se acercó al árbol prohibido y vio una serpiente en el árbol. La serpiente comenzó a hablar y le dijo: "¿Por qué Dios os ha ordenado que no comáis de todos los árboles del jardín?". Eva respondió: "Podemos comer de los frutos de todos los árboles que hay en el jardín. Sólo del fruto de este árbol nos ha dichos Dios: "¡No comáis de él, sino, moriréis!". Entonces la serpiente dijo: "¡Por supuesto que no moriréis por comer de este árbol! Al contrario, a vosotros se os abrirán los ojos, seréis iguales a Dios y reconoceréis el bien y el mal". Al oír estas palabras, Eva empezó a considerar al árbol

con mayor curiosidad. Empero, cuanto más lo miraba, más apetible le parecía su fruto, hasta que, llena de deseo, tomó el fruto y comió. Después, dio también de él a su compañero y éste también comió. Así se había cometido el primer pecado.

Entonces se les abrieron los ojos, pero de una manera diferente a la que ellos habían pensado, pues ahora constataron con espanto que estaban desnudos. Llenos de vergüenza, entretejieron unas hojas de higuera y con ellas se hicieron una especie de delantales. Poco después oyeron la voz de Dios. Llenos de miedo se escondieron entre los árboles del jardín. Pero Dios llamó: "Adán, ¿dónde estás?". Adán respondió: "He sentido miedo de Tí, porque estoy desnudo y por eso me escondí". Pero Dios dijo: "¿Cómo sabes que estás desnudo? ¿Acaso has comido del árbol que te prohibí?". Adán contestó: "Eva me dio de comer de ese árbol y yo comí". Dios se dirigió a la mujer diciéndole: "¿Por qué hiciste eso?". Ella respondió: "La serpiente me engañó, de manera que comí".

El castigo al primer pecado y Promesa del Redentor

Lleno de indignación, Dios se dirigió a la serpiente y le dijo: "Por haber hecho eso, maldita seas entre todos los animales de la tierra. Te arrastrarás sobre tu vientre y comerás polvo todos los días de tu vida. Que haya enemistad entre la mujer y tú y entre tu descendencia y la suya. Esta te aplastará la cabeza con el pie y tú perseguirás sus talones".

Después, dijo a la mujer: "¡Tú has de sufrir dolores y penas cuando tengas hijos. Estarás bajo la potestad del hombre y él será tu señor!".

Luego, Dios dijo a Adán: "¡Maldita sea la tierra por tu causa! Ella producirá espinas y cardos y tú tendrás que trabajar mucho para alimentarte de la tierra; comerás el pan con el sudor de tu frente, hasta que un día regreses a la tierra de la que fuiste formado, pues polvo eres y a ser polvo volverás".

Habiéndoles impuesto este castigo, Dios entregó a Adán y Eva unas túnicas de pieles. Luego, los echó del Paraíso, a cuyas puertas puso Querubines con espadas de fuego para que cuidaran la entrada.

Los guardianes de la puerta del Jardín del Edén

Cuando Adán había pecado, Dios lo castigó y lo echó del lugar de deleite y delicias. Entonces, Dios puso guardianes ante las puertas del Jardín del Edén. ¿Y quiénes eran estos guardianes? Eran los Querubines, quienes debían cuidar el camino que conducía al Jardín del Edén y también sus puertas. Desde entonces, fue dispuesto también que a nadie se le permitiera llegar hasta allí, sólo a las almas que antes hayan sido purificadas por la mano de los Querubines. Si los Querubines ven que un alma es digna de entrar en el Jardín, le dejan pasar; pero si no lo es, le cierran el paso y el alma se quema con el fuego de la espada o bien recibe su castigo.

Caín y Abel

Adán y Eva tuvieron muchos hijos. Los mayores fueron Caín y Abel. Caín, el más fuerte, era labrador; Abel era pastor de ovejas. Abel era justo; en cambio, las obras de Caín eran malas. Un día,



ambos presentaron al Señor ofrendas en agradecimiento por su bendición: Abel, de los primerizos de su rebaño; Caín, los frutos de la tierra. Dios miró con agrado a Abel y su ofrenda, mas no a Caín y la suya. Caín sintió tanta envidia y se puso tan furioso que su rostro decayó.

Dios le interrogó y le dijo: “¿Por qué estás tan enojado y por qué está decaído tu semblante? Si obras bien, me agradarás como tu hermano; pero si haces el mal, el castigo estará enseguida esperando en la puerta. ¡Reprime las ganas de pecar y domina el pecado!”. Pero Caín no hizo caso al Señor, sino que conservó la envidia y la furia en su corazón. Un día le dijo a su hermano: “¡Ven, vamos a pasear juntos por el campo!”. Cuando estuvieron fuera, Caín se lanzó contra Abel y lo mató.

Entonces, Dios se dirigió a Caín: “¿Dónde está tu hermano Abel?”. Caín respondió: “No lo sé. ¿Acaso soy el guardián de mi hermano?”. Dios le dijo: “¿Qué has hecho? La sangre de tu hermano me está llamando a gritos desde la tierra. Por eso, maldito seas en la tierra que por tu mano ha bebido la sangre de tu hermano. Cuando la cultives no te dará frutos. Errante y fugitivo andarás por la tierra”. Caín dijo al Señor: “¡Mi culpa es demasiado grande para merecer el perdón!”. Tendré que ocultarme de tu vista y quien me encuentre me matará”. El Señor le replicó: “¡De ningún modo pasará eso! ¡Quién a Caín mate recibirá un castigo siete veces mayor!”. Y Dios le puso una señal para que nadie lo matara. Caín se alejó de la vista del Señor y vagaba por el mundo sin hallar tranquilidad.

Muerte de Adán

En lugar de Abel, Dios le dio a Adán otro hijo llamado Set. Muchos hijos e hijas más llegó a tener Adán. El les reveló la promesa que Dios le había hecho. Adán vivió 930 años, al cabo de los cuales murió. También sus primeros descendientes alcanzaron una edad muy avanzada; Matusalén vivió hasta los 969 años.

Micael entrega al Señor el alma de Adán

*En esta forma, tal cómo Micael, el Arcángel,
lo había anunciado,
Adán murió.*

*Cuando Adán sintió que la hora de su muerte
estaba cerca,*

*dijo a todos sus hijos:
"Ya tengo 930 años.
Cuando muera, entiérrenme
mirando hacia el oriente,
cerca de mi casa".
Y sucedió
que luego de esta conversación
entregó su alma al Señor.
Entonces, todos los Angeles
tocaron sus trompetas
y dijeron:
"¡Alabado seas, Señor,
porque te has apiadado de tu criatura!"
Entonces, Set vio
cómo Dios tenía a Adán en Sus manos extendidas
y cómo lo entregaba a Micael diciendo:
"¡En tus manos esté
hasta el Día del Juicio,
cumpliendo su castigo
hasta que lleguen los últimos tiempos,
cuando yo convierta su pena
en alegría.
Entonces estará sentado en el trono
de Aquél que causó su caída!"*

Multiplicación y corrupción de los hombres

El número de hombres fue creciendo cada vez más. Unos vivían como pastores y agricultores, otros construían ciudades y se dedicaban a las artes.

Los descendientes del piadoso Set creían en Dios; en cambio, los descendientes de Caín se alejaron de El. Así, pronto hubo dos clases de hombres en la tierra: los hijos de Dios y los hijos de los hombres.

Entre los hijos de Dios, sobresalió Enoc. El caminaba con Dios y predicaba penitencia. A causa de su fe, al Señor le agradaba mucho. Enoc fue recogido de la tierra sin conocer la muerte.

Poco a poco, los hijos de Dios se dejaron seducir por los hijos de los hombres y ya nadie creía en Dios. Dios dijo entonces: "Los hombres ya no vivirán mucho, pues están llenos de malas inclinaciones. Vivirán tan sólo hasta la edad de 120 años".

El diluvio

La maldad de los hombres se hizo cada vez mayor y todos los mandatos de su corazón se dirigían al mal continuamente. Dios lamentó haber creado al hombre y dijo: "Voy a hacer desaparecer al hombre de la tierra".

Entre los impíos vivía un hombre piadoso y justo, llamado Noé. Noé halló gracia delante del Señor, quien le dijo: "Construye un arca de madera bien cepillada y calafatéala con brea por dentro y por fuera. El arca debe medir 300 codos de largo, 50 codos de ancho y 30 codos de alto. En la parte superior del arca haz una ventana y a un costado una puerta; por dentro debes construir tres pisos: uno abajo, otro en medio y otro arriba. Ahora escucha, voy a mandar un diluvio sobre la tierra; todo lo que hay sobre la tierra ha de desaparecer. Pero contigo estableceré mi alianza. Entrarás con tu familia en el arca, llevando contigo una pareja de cada especie de animal y siete parejas de los animales puros; además toda clase de alimentos para tí y los animales".



Noé hizo todo lo que Dios le había ordenado. Durante muchos años estuvo construyendo el arca y anunciando el castigo de Dios. Sólo que los hombres no le prestaban atención y seguían comiendo, bebiendo y celebrando matrimonios.

Un día, Dios le dijo a Noé: "Ve al arca con toda tu familia, pues sólo faltan siete días para que yo haga llover cuarenta días y cuarenta noches. Todo ser viviente que he creado será exterminado de la faz de la tierra".

Noé entró con los suyos y con los animales en el arca. Pasados los siete días, las aguas brotaron de las profundidades y las compuertas del cielo se abrieron; y durante cuarenta días y cuarenta noches cayó la lluvia sobre la tierra. Las aguas crecían e hicieron subir el arca, que tranquila y segura flotaba bajo la protección del cielo.

Entonces, llenos de miedo y desesperación, los hombres trepaban hasta el techo de sus casas, a los árboles y a los cerros. Pero fue en vano. El agua crecía cada vez más, hasta pasar en 15 codos la altura de los cerros más altos.

Así fue destruído todos ser que había en la tierra, desde el hombre hasta el ganado y desde el pájaro en el aire hasta la lombriz en la tierra. Sólo quedó Noé y todos los que estaban con él en el arca.

Noé amonesta a los hombres antes del diluvio

Día tras día, Noé advertía a los hombres sobre la amenaza del diluvio diciéndoles: "Servid al Señor, así os haréis un bien". Los hombres respondían: "¿Y quién es ése?". Noé les decía: "El ha creado el cielo y la tierra". Y los hombres preguntaban: "¿Y dónde vive El?". Noe les respondía: "Allá arriba". Entonces, los hombres decían: "Antes de estirar nuestra figura hasta el cielo para adorarle, preferimos construir una imagen en la tierra e inclinarnos ante ella, pues ¿acaso necesitamos de El? ¿Acaso tenemos tanta necesidad de las gotas de lluvia que nos enviará? Ahí tenemos, pues, a la neblina que se levanta y moja nuestra tierra".

Entonces, el Señor les habló y les dijo: "¡Por medio de esta misma cosa que vosotros, sacrílegos, mencionáis para elevaros sobre Mí, os voy a castigar para que vosotros y todos los que vienen al mundo sepan que hay un juicio!"



La ofrenda de gracias de Noé

Durante 150 días la gran masa de agua inundó la tierra. Dios se acordó de Noé y mandó que un tibia viento soplara sobre la tierra. El agua fue bajando poco a poco, hasta que el arca se detuvo en un monte en la tierra de Armenia. Al poco tiempo ya se podía ver los picos de las montañas.

Noé advirtió esto con la mayor alegría, pues desde el inicio del diluvio habían transcurrido ya 350 días. Para saber si también el agua había desaparecido ya de la tierra, abrió la ventana y echó a volar un cuervo. Este ya no regresó. Luego, soltó una paloma, pero como ésta no encontró dónde posarse, regresó al arca. Al cabo de siete días Noé volvió a soltar una paloma. Esta volvió recién al atardecer trayendo en su pico una rama de olivo con hojas verdes.

Entonces, Noé notó, lleno de alegría, que el agua había desaparecido de la tierra. Sin embargo, para estar seguro, Noé esperó aún otros siete días y, entonces, volvió a enviar una paloma, la cual no regresó hasta él.

Entonces, Dios dijo a Noé: “¡Sal del arca con los tuyos y todos los animales!”. Noé salió, pues, y con él su familia y todos los animales. En agradecimiento por la maravillosa salvación, Noé construyó con piedras un altar para el Señor y en él sacrificó a un animal de cada especie pura. Esto le agradó mucho a Dios. El hizo aparecer en el cielo un magnífico arco iris, bendijo a Noé y a sus hijos y les dijo: “Quiero cerrar una alianza con vosotros y vuestros descendientes. Nunca más ha de venir una inundación para devastar la tierra. Mientras la tierra exista, no dejarán de sucederse la siembra y la cosecha, el verano y el invierno, el día y la noche. El arco iris que he puesto en las nubes será la señal de esta alianza”.

Sem entierra a Adán en el Gólgota

Después de la muerte de Noé, Sem hizo lo que su padre le había ordenado.

Por la noche fue al Arca, recogió el cuerpo de Adán que Noé había llevado consigo durante el diluvio y selló aquélla con el sello de su padre, sin que nadie lo notara.

Después llamó a Cam y a Jafet y les dijo:

“¡Hermanos!, mi padre me ha ordenado que parta y que camine hasta llegar al mar, para que pueda conocer la naturaleza de la tierra y de los ríos, y luego regresar hasta vosotros.

Mi esposa y mis hijos se quedan con vosotros, vosotros deberéis cuidar de ellos”.

Entonces, sus hermanos respondieron:

“Que algunos de los hombres te acompañen, pues la región es árida y desierta y también hay animales salvajes en ella”.

Sem les respondió:

“El Angel del Señor me acompañará y protegerá de todo mal”.

Entonces, sus hermanos le dijeron: “¡Ve en paz.

El Señor, el Dios de nuestros antepasados, esté contigo!”.

Después, Sem dijo a Malac,

Hijo de Arfaxad y padre de Melquisedec,

y a su madre Jozadac:

“Dádme a Melquisedec como compañero de viaje para que tenga con quién conversar”.

Su padre Malac y su madre Jozadac le dijeron entonces:

“¡Llévalo contigo y ve en paz!”.

Sem tomó el cuerpo de Adán junto con Melquisedec

y en la noche abandonó su pueblo.

Entonces, el Angel del Señor se les apareció

y fue delante de ellos;

su camino fue fácil, porque el Angel del Señor les fortalecía, hasta que llegaron a aquel lugar.

Cuando llegaron al Gólgota, el centro de la tierra, el Angel mostró a Sem este sitio.

Habiendo puesto Sem

el cuerpo de nuestro padre Adán sobre la tierra,

la tierra se abrió en forma de una cruz

y Sem y Melquisedec depositaron ahí adentro

el cadáver de Adán.

No bien habían hecho esto,

los cuatro lados se movieron

y cercaron el cadáver de nuestro padre Adán:

después, las puertas de la superficie de la tierra se cerraron.

Y a este lugar se le llamó “Calvario”, porque ahí se enterró al Cabeza de la familia humana;

“Gólgota”, porque era circular;

“Pavimento Alto”,

porque ahí se pisoteó

la cabeza de la malvada serpiente, Satanás,

y “Gábata”,

porque ahí fueron congregados todos los pueblos.

Luego, Sem dijo a Melquisedec:

“Tú eres el servidor del Dios supremo,

pues sólo a tí te eligió El

para que le sirvieras en este lugar.

¡Quédate aquí para siempre

y nunca en tu vida te alejes de este lugar!

¡Nunca te unas a una mujer!

¡No te cortes el cabello!

¡No derrames sangre en este lugar!

¡No sacrifiques ni animales salvajes ni pájaros,

más bien, ofrenda siempre pan y vino!

¡Tampoco levantes construcción alguna en este lugar!

El Angel del Señor descenderá hasta tí constantemente y te cuidará”.

Luego, Sem abrazó y besó a Melquisedec y lo bendijo;

después regresó donde vivían sus hermanos.

Sobre la brevedad de la vida de las generaciones posteriores

En el jardín del Edén había un árbol alto. Su altura fue de quinientas veces la distancia que se puede caminar en un año. La misma dimensión del árbol tenía Adán antes de comer del Arbol del Conocimiento. Pero como Adán pecó, los árboles fueron castigados y Adán fue expulsado. Si no hubiera sido echado del Jardín del Edén, habría vivido muchos miles de años, ya que aún después de que fuera arrojado, él y sus primeros descendientes vivieron casi mil años.

Noé pasó muchos de sus días cerca del Jardín del Edén; por eso vivió casi mil años. Pero a partir de él hasta Peleg, la edad del hombre fue acortándose cada vez más; y como Peleg se había acercado sólo escasas veces al Jardín del Edén, vivió solamente 600 años. Pero Arfaxad, quien nunca había estado en los alrededores del Jardín, vivió sólo 400 años. Desde Arfaxad hasta Abrahán, tiempo en que el hombre se fue alejando cada vez más del Jardín del Edén, se alcanzó solamente 200 años. Cuando las generaciones se volvieron errantes y vagabundas, a partir de Abrahán, el periodo de vida se fue haciendo cada vez más y más corto.

Construcción de la Torre de Babel

Paulatinamente, los descendientes de Noé se multiplicaron mucho, volviéndose tan malos como los hombres que vivieron antes del diluvio. Ya no podían vivir juntos por más tiempo. Pero antes de separarse dijeron con una arrogancia altanera: “¡Venid, construyamos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue hasta el cielo y, de esta manera, hagamos célebre nuestro nombre!”. Pero Dios impidió su necio cometido. El dijo: “Voy a confundir su len-

gua, de modo que ya no puedan entenderse unos a otros”. Hasta ese momento sólo había una lengua en la tierra. Así tuvieron que renunciar a la construcción de la ciudad que, entonces, recibió el nombre de Babel, es decir, “confusión”, y Dios los expulsó de ahí, y marcharon unos acá y otros acullá.

Los descendientes de Sem permanecieron en Asia; de ellos provino el pueblo de los israelitas, el pueblo elegido por Dios. Los descendientes de Cam se dirigieron, en su mayoría, hacia el África. Los descendientes de Jafet marcharon hacia Europa. Cuanto más se extendieron los hombres sobre la tierra, tanto más pérfidos y malvados se volvieron. En vez de adorar al único Dios verdadero, practicaron la idolatría. Unos consideraban dioses al sol, a la luna y a las estrellas. Otros adoraban a hombres y animales, e incluso a simples imágenes de éstos, fabricadas por ellos mismos, con madera, piedra, plata y oro. Además, perpetraban toda clase de maldades sin avergonzarse. Hasta creían que mediante tales perversidades servían a sus dioses, y degollaban incluso a hombres como ofrenda para ellos.

Los setenta pueblos y el pueblo elegido por Dios

Todo el mundo tenía una sola lengua y un solo idioma. La gente de aquella generación abandonó la hermosa tierra donde vivían y se dirigió hacia el oriente, hacia el país de Sinear. Allí hallaron una llanura amplia y vasta, y vivieron ahí mismo. Apartaron de sí el Reino del Cielo y eligieron como rey a Nimrod, a un esclavo e hijo de un esclavo, descendiente de Cam, cuyos hijos son todos esclavos. Pero, ¡ay de la tierra cuyo rey es un esclavo!”.

Nimrod dijo a su pueblo: "¡Pues bien, construyamos una gran ciudad para que podamos vivir en ella y no nos dispersemos por todo el mundo, como aquéllos que nos precedieron! Luego, levátemos, en medio de la ciudad, una torre de gran altura para que podamos alcanzar el Cielo. ¡Así nos haremos célebres!".

Pero no tenían piedras para construir la ciudad y la torre. ¿Qué hicieron entonces? Amasaron adobe y lo quemaron, como hacen los alfareros, y levantaron una torre de setenta millas. Hicieron peldaños a los costados de la torre: siete por el oriente y siete por el occidente. Los que trasladaban los ladrillos arriba, iban por los peldaños del oriente; los que bajaban, utilizaban los peldaños del occidente.

Un día pasó por ahí Abrahán, el hijo de Terá (en aquel entonces tenía 48 años) y los vio construyendo la ciudad. Entonces, los maldijo en nombre de Dios y dijo: "¡Enrédalos, Señor, haz que su lengua sea diversa!". Pero ellos no prestaron atención a sus palabras.

Otros, en cambio, cuentan que la gente había ido a buscar a Abrahán y le habían dicho: "Ven, únete a nosotros, pues eres el héroe. Queremos construir una torre, cuya cúspide llegue hasta el Cielo". Entonces, Abrahán les habría respondido: "Vosotros habéis abandonado la fortaleza que representa el Nombre de Dios y ahora decís que queréis hacer célebre vuestro nombre".

Entonces, el Señor llamó a sus setenta Angeles que están en torno al trono de Su Gloria y les dijo: "Vamos a descender hasta ellos y a confundir su lengua".

El Señor confundió su lengua y de ellos formó setenta pueblos; cada pueblo recibió su propia lengua y escritura. A cada pueblo le destinó un Angel, pero el pueblo de Israel fue el pueblo del Señor mismo.

Entonces, los hombres quisieron hablar entre sí, pero ninguno conocía la lengua del otro. ¿Qué hicieron? Cada uno cogió su espada, y lucharon unos contra otros hasta que perecieron. Así fue exterminado

medio mundo. Pero los sobrevivientes se dispersaron por toda la tierra.

*Cada pueblo sirve a su Angel,
Israel pertenece al Señor*

En los días de Peleg, las generaciones fueron divididas. El Señor descendió con sus setenta Angeles —a cuya cabeza estaba Micael— y les ordenó que enseñaran una lengua diferente a cada uno de los setenta pueblos, e hicieron lo que el Señor les había mandado. La Lengua Santa quedó para Sem, Eber, y Abrahán, que era descendiente de ellos; y después de que Micael había asignado a cada uno de los setenta pueblos su lengua correspondiente, les dijo: "Sabéis que habéis sido insurgentes y rebeldes ante el Dios del Cielo, pero, ahora, elegid a quien queréis servir. ¿Quién deberá ser vuestro intérprete allá arriba?". Entonces, Nimrod dijo: "Nadie me parece más grande que aquél que nos ha traído nuestra lengua a mí y a mi pueblo". Y todos los setenta pueblos respondieron de la misma manera, y no hubo ninguno entre ellos que pensara en el nombre de Dios. Entonces, Micael se acercó a Abrahán y le dijo: "Y tú, ¿a quién quieres elegir?, ¿a quién deseas servir? Entonces, Abrahán respondió: "Yo quiero elegir a Aquél que dijo: "Surja el mundo". En El quiero creer, yo y mis descendientes, todos los días que el mundo exista".

Desde entonces —y sigue siendo así—, cada pueblo con su lengua queda adjudicado a su Angel correspondiente. Pero sólo Abrahán y, después de él, sus descendientes pertenecen al Señor. Por eso se dice también: una parte del Señor es su pueblo; Jacob es el lazo de unión de su herencia.

¿Quién es el Señor de la casa?

Tú amas la justicia y odias lo impío. Por eso Dios, tu Dios, te ha unguído con el aceite de la alegría más que a todos tus compañeros.

Estas palabras se refieren a nuestro padre Abrahán. El amaba al Señor y buscaba su cercanía y odiaba la idolatría en la casa de su padre.

Pero antes de haber reconocido al Señor, su pensamiento vagó, buscando, en la creación y dijo: "¿Cuánto tiempo más veneraremos la obra de nuestras manos? Ninguna cosa merece el servicio y la veneración sino únicamente los merece la tierra, pues ella produce frutos y es el sustento de nuestra vida". Pero Abrahán vio que la tierra necesitaba de la lluvia y que, si los cielos no se abren y aplacan la sed de la tierra, ningún fruto brota, y dijo: "No, sólo el cielo merece veneración". Después, comenzó a fijarse en el sol y vio cómo alumbraba la tierra y cómo, gracias a él, la vegetación crece; entonces dijo: "En verdad, sólo al sol le corresponde veneración". Pero cuando percibió su ocaso, dijo: "Este difícilmente puede ser un Dios". Entonces, empezó a observar de nuevo y vio la luna y las estrellas, esas luces que brillan en la noche. Y dijo: "Es a estas luces que deberíamos adorar". Pero cuando la estrella matutina apareció, todas ellas desaparecieron y Abrahán dijo: "No, tampoco estas luces son dioses". Esto le afligió y pensó: "Si éstas no tuvieran un guía superior, entonces, ¿cómo podría desaparecer la una y aparecer la otra?"

Erase una vez un caminante que marchaba por un camino y divisó un palacio alto y grande. Quiso entrar en él y buscó por todos lados la entrada, pero no encontró ninguna. Llamó con voz fuerte, pero nadie le respondió. Entonces, levantó sus ojos y vio unos paños de lana rojos extendidos sobre el techo; después de un rato, vio en el techo ropa blanca. Entonces, el hombre dijo: "Debe haber alguien

en este palacio, sino ¿cómo podría suceder que los paños desaparecan y nuevamente aparezcan extendidos?"

Ya que el Señor del palacio vio cuánto se afligió el caminante por no poder encontrarle, se mostró ante él y dijo: "No te aflijas, yo soy el Señor de la casa".

Lo mismo sucedió con Abrahán. Como vio ir y venir las luces del cielo, dijo: "Si no tuvieran un soberano que les guiase, no se mantendrían en su órbita. De modo que no conviene que les sirva, sino que debo servir a Aquél que manda sobre ellas". Y la mente de Abrahán se dedicó a la búsqueda de la verdad.

Ya que el Señor vio cómo se afligía, bajó su mirada hacia él y dijo: "Tú eres quien ama la justicia y detesta el mal; por tu fe, te voy a unguir sólo a tí, de todas las generaciones que te precedieron y de aquellas que han de seguirte".

Abrahán ante el rey Nimrod

Los sabios cuentan:

Cuando Abrahán, ante los ojos de Terá, se mofó de los ídolos y dijo que no había nada de estable en ellos, Terá lo llevó a la fuerza ante Nimrod. Entonces, Nimrod dijo: "¿Por qué rebusas adorar a mi Dios?". Abrahán contestó: "¿Cuál es, pues, tu Dios?". Nimrod dijo: "El fuego es mi Dios". Abrahán dijo: "Pero hay algo que es aún más poderoso que el fuego. Mira, el agua apaga el fuego". El rey dijo: "Pero también adoramos al agua". Abrahán respondió: "Pero sé de algo que es aún más fuerte que el agua. Son las nubes que la contienen y transportan. Nimrod replicó: "Pero también adoramos a las nubes". Abrahán dijo: "Sin embargo, hay algo más fuerte aún que las nubes. Son los vientos que disipan las nubes". Nimrod respondió: "Pero también adoramos a los vientos".

Abrahán dijo: "He ballado algo más poderoso aún que el viento. Es la tierra".

Entonces, Nimrod dijo: "¿Cuánto tiempo más quieres mofarte de mi majestad? Yo no sirvo más que al fuego y, si tú no quieres adorar al fuego, entonces te arrojaré a él. Si tienes un Dios más grande que el fuego, que venga y te salve".

De inmediato, el rey mandó arrojar a Abrahán al horno de cal. Pero el Señor descendió y lo salvó del fuego.

Desde la elección de Abrahán hasta David

Misión y obediencia del patriarca Abrahán

Entre el sinnúmero de impíos vivía un hombre muy piadoso y virtuoso. De todos los hombres, Dios eligió a éste para que, a través de él y sus descendientes, se mantuviera y difundiera la verdadera fe y la esperanza en el futuro Salvador. El hombre se llamaba Abrahán. Su padre se había instalado con su familia en Jarán, en Caldea. Ya que, entretanto, la idolatría se había arraigado también en esta familia, el Señor le habló a Abrahán y le dijo: “Deja tu tierra, tu parentela y la casa de tu padre y ven a la tierra que Yo te enseñaré. Voy a convertirte en el patriarca de un gran pueblo, y bendecirte. Todas las generaciones de la tierra han de ser bendecidas en tí”. De inmediato, Abrahán se puso en camino llevando a Sara, su esposa, a su sobrino Lot, a sus esclavos, esclavas y rebaños. Después de un largo viaje, llegaron a la magnífica tierra de Canaán.

Debido a su gran fertilidad, a esta tierra se le había dado el nombre de “la tierra que mana leche y miel”. Aquí, nuevamente se le apareció el Señor a Abrahán y le dijo: “Mira, quiero darte esta tierra a tí y a tus descendientes”. Lleno de sinceros sentimientos de gratitud, Abrahán levantó en aquel lugar un altar para el Señor.

Carácter pacífico y abnegación de Abrahán

Melquisedec

Abrahán tenía muchos siervos y siervas, camellos y burros, ganado vacuno y ovino. Pero también Lot tenía muchos rebaños, de modo que los pastos ya no alcanzaban para ambos. Por este motivo, surgió la riña entre los pastores de Abrahán y los de Lot. Esto lo sintió mucho el pacífico Abrahán. “Querido”, le dijo a Lot, “no permitas que haya riña entre nosotros dos, entre mis pastores y los tuyos, pues somos hermanos. Mira, toda la tierra está a tu disposición; te pido por favor, que te separes de mí. Si vas hacia la izquierda, yo me quedaré en el lado derecho, pero si quieres elegir la región de la derecha, me trasladaré a la izquierda”. Entonces, Lot eligió la magnífica tierra regada por abundantes aguas alrededor del Jordán y se separaron. Lot vivía en Sodoma, y Abrahán en la vecindad de Ebrón.

Pasado un tiempo, sucedió que ciertos reyes extranjeros invadieron el país. Saquearon las ciudades de Sodoma y Gomorra y se llevaron consigo a Lot con todo cuanto tenía. Apenas Abrahán se enteró de que Lot había sido hecho prisionero, persiguió a los reyes con 318 criados, los atacó durante la noche y recuperó todo lo robado, a Lot y todos sus bienes. A su regreso, fueron a su encuentro Melquisedec, rey de Salem y el rey de Sodoma. Melquisedec trajo pan y vino como ofrenda para Dios el Señor, en nombre de Abrahán y sus criados, pues era también un sacerdote del Dios Altísimo. También bendijo a Abrahán y dijo: “Que Abrahán sea bendecido por el Dios Supremo que ha creado el cielo y la tierra; y alabado sea ese Dios que ha puesto a los enemigos en vuestras manos”. El rey de Sodoma dijo luego a Abrahán: “¡Entregadme la gente que habéis salvado de la prisión y quedáos con todo lo demás!”. Mas Abrahán no quiso aceptar lo más mínimo para sí.

Sobre Sem

El Señor tomó a Sem, al hijo de Noé y lo convirtió en Su sumo sacerdote y servidor, y lo inspiró con Su Espíritu. Le llamó Melquisedec, rey de Salem. Entretanto Jafet, el hermano de Sem, aprendió en la Escuela de éste.

Mas cuando el Señor había vuelto su atención a Abrahán, olvidó a los demás. Entonces, Abrahán fue y rezó ante Dios para que Su Gloria permaneciera siempre en casa de Sem. Y el Señor accedió y dijo: “Eres sacerdote para todos los tiempos a la manera de Melquisedec”.

Pero, ¿no era Jafet el mayor? ¿Por qué entonces se le concedió el sacerdocio a Sem? Porque él se dedicaba sin cesar al estudio de la Escritura y buscaba interpretar los caminos de Dios. ¿De dónde poseía él la Escritura? Ya Adán, el primer hombre, conocía la Escritura, él la legó a su hijo Set, de Set llegó a Enoc, y así sucesivamente, hasta que llegó a Sem, y éste se ocupaba de ella constantemente.

Fe y Hospitalidad de Abrahán

Pasado un tiempo, el Señor dijo a Abrahán: “¡No temas! Yo soy tu refugio y tu magna recompensa”. Y El le llevó afuera por la noche y le dijo: “Mira hacia el cielo y cuenta las estrellas, si puedes. Así de numerosa va a ser tu descendencia”. Abrahán tuvo fe en lo que dijo Dios y, tanto por esto, como por sus obras, fue incluido entre los justos.

Cuando Abrahán tuvo 99 años, el Señor se le apareció de nuevo y le dijo: “¡Yo soy el Dios todopoderoso, camina ante mi presencia y sé perfecto! Ya no debes llamarte “Abrám” —pues éste era hasta entonces su verdadero nombre—, sino “Abrahán”, es

decir, padre de muchos descendientes. Yo hago contigo este pacto de alianza: Yo te daré muchos descendientes y estaré contigo y con ellos; pero de vuestra parte, también vosotros debéis permanecer fieles a Mí. Como señal de esta alianza, cada varón entre vosotros será circuncidado a los ocho días de nacido. Pero para que sea cumplido el pacto, Sara, tu mujer, tendrá un hijo, al que llamarás Isaac”. Abrahán tuvo fe en las palabras del Señor.

Un día, a la hora de mayor calor, Abrahán estaba sentado a la entrada de su tienda, a la sombra de un árbol. De repente vio, no lejos de él, tres hombres desconocidos que se acercaban. De inmediato fue a su encuentro, se inclinó profundamente y dijo al más distinguido de ellos: “¡Señor, si he hallado merced ante tus ojos, no pases de largo por mi tienda! Descansad un poco aquí debajo del árbol, —continuó diciendo, en tanto se dirigía a los tres—, voy a traer agua y a lavar vuestros pies. También quiero ofreceros pan para que recobréis fuerzas. Luego podréis seguir el viaje”. Enseguida, entró corriendo a su tienda y dijo a Sara que preparara un pan de la harina más fina; él mismo tomó el mejor ternero y lo mandó a preparar de prisa. Entonces, sirvió mantequilla y leche y, después, el pan fresco y el ternero asado. Mientras comían, él permaneció de pie junto a ellos, debajo del árbol, para servirles. Acabada la comida, el más distinguido de los tres hombres le dijo al despedirse: “Dentro de un año regresaré. Para entonces, Sara ha de tener un hijo”. Y Abrahán se dio cuenta que el mismo Dios, bajo la figura de un extranjero, con dos Angeles, había sido su huésped y se había dejado agasajar por él.



*Los tres Angeles en los colores
del arco iris*

En el Libro del Fanal leemos:

Abrahán elevó la mirada y vio que delante de él estaban parados tres hombres. Eran tres Angeles que habían sido enviados hacia él. Se habían vestido de aire y descendieron hacia este mundo y aparecieron bajo la figura humana.

Así como el arco iris se levanta allá arriba en tres colores, asimismo los tres mensajeros aparecieron en los colores blanco, escarlata y verde. Micael, quien se yergue a la derecha de la Majestad de Dios,

era de color blanco; Gabriel, cuyo lugar es a la izquierda de la Majestad de Dios, era de color escarlata; Rafael era de color verde. Por eso se dice: El Señor se le apareció, porque la Gloria de Dios se manifiesta en estos tres colores.

Caída de Sodoma y Gomorra

Abrahán acompañó a los tres huéspedes un trecho del camino hacia Sodoma. Entonces, el Señor dijo: “Los pecados de Sodoma y Gomorra se han vuelto gravísimos y claman por mi venganza”. Sobresaltado, Abrahán, quien amaba profundamente hasta a sus prójimos corrompidos, permaneció parado un largo rato. Después se atrevió a acercarse al Señor y le dijo: ¿“Vas a destruir al justo junto con el impío? ¿Si se hallaren en Sodoma cincuenta justos, no perdonarías a la ciudad por ellos?”. El Señor: “Si encuentro en Sodoma cincuenta justos perdonaré a toda la ciudad”. Abrahán continuó: “Ya que he reunido mi coraje, una vez más voy a hablar con mi Señor, aunque yo sólo sea polvo y cenizas. ¿Cómo? ¿eliminarías a la ciudad, si de los cincuenta justos fallaron cinco?”. El Señor respondió: “No he de destruirla si encuentro sólo cuarenta y cinco justos en ella”. Así siguió pidiendo Abrahán hasta que llegó a sólo diez justos. Y el Señor le prometió: “Por los diez desistiré de destruir la ciudad”. Después, Dios se retiró y Abrahán regresó a su tienda.

Pero ni siquiera diez justos había en Sodoma. Por eso, los dos Angeles que habían visitado a Abrahán con el Señor se dirigieron a Sodoma, fueron donde el justo Lot y le dijeron: “Lleva a los tuyos fuera de esta ciudad, pues vamos a destruir este lugar”. Entonces, en la noche, Lot todavía habló con los hombres que querían tomar en matrimonio a sus dos hijas y dijo: “Poneros en mar-



cha y alejados de aquí, pues el Señor quiere destruir este lugar”. Pero ellos pensaron que sólo estaba bromeando. Tan pronto amaneció, los Angeles apremiaron a Lot y dijeron: “¡Levántate y llévate de aquí a tu mujer y a tus dos hijas, para que vosotros no perezcáis junto con la ciudad corrompida!”. Pero ya que él aún vacilaba, les tomaron de la mano a él y a los suyos y los condujeron fuera de la ciudad diciendo: “No mires hacia atrás, sino sálvate de prisa”.

El sol salió justo en el momento en que Lot alcanzó apresuradamente la cercana ciudad de Segor. En ese mismo instante el Señor hizo llover fuego y azufre sobre Sodoma y Gomorra y quemó este lugar junto con sus habitantes impíos y toda la comarca hasta convertirlo todo en polvo y cenizas. Pero la mujer de Lot miró hacia atrás y, como castigo, fue convertida en una estatua de sal.

El Arbol de Abrahán

En el Libro del Fanal leemos:

Abrahán plantaba árboles en todos los lugares a donde llegaba, sin embargo ellos no crecían debidamente; pero en Canaán plantó un árbol y éste creció. A través de este árbol, él podía saber quién se identificaba con Dios y quién simpatizaba con los servidores de los falsos dioses. Cuando alguien que estaba unido a Dios llegaba bajo el árbol, éste extendía sus ramas sobre él, le abrigaba con una sombra deliciosa, y protegía su cabeza.

Pero, de aquél que estaba de parte de los ídolos, el árbol se apartaba y movía sus ramas hacia arriba. De este modo, Abrahán sabía que era un pagano. Pero también a éste lo recibía y no se apartaba de él hasta que abrazara su fe.

Asimismo, sucedía que todo hombre puro era acogido por el árbol, pero un impuro no era aceptado por éste. Así que Abrahán sabía, quién era impuro y, en tal caso, acostumbraba a purificarlo con agua. Debajo del árbol había un manantial y si alguien necesitaba ser purificado, el agua subía hacia él. De esta manera, Abrahán gracias a este árbol podía poner a prueba a todos los hombres.

Los sabios dicen:

Al comer Adán del Arbol del Conocimiento, trajo la muerte al mundo. Mas al llegar Abrahán, éste compuso nuevamente al mundo mediante otro Arbol.

Abrahán reconoce la indulgencia del Señor

Sucedió una vez, que Abrahán estaba sentado delante de la entrada de su tienda, cuando el día estaba muy caluroso. Y he ahí que un hombre vino caminando desde el desierto; era muy viejo y tenía

el cabello blanco y una larga barba blanca que le llegaba hasta la cadera. Y el anciano caminaba apoyado en su bastón, pues era débil por su avanzada edad. Cuando Abrahán lo vio, se levantó de su asiento y fue al encuentro del caminante. Le dijo: "Te lo ruego, mi señor, hospédate en mi casa; toma algo de agua y lava tus pies. Conforta tu corazón y pasa la noche aquí, al amanecer puedes levantarte temprano y seguir tu camino". El viejo respondió diciendo: "No, mas quiero recostarme aquí debajo del árbol". Entonces, Abrahán insistió mucho, hasta que el forastero accedió a entrar a la tienda. Y Abrahán sirvió mantequilla, leche y pan blanco y lo puso ante el huésped y comieron juntos hasta quedar satisfechos.

Quando terminaron la comida, Abrahán vio que el extranjero no oraba y le dijo: "¿Por qué no alabas a Dios, al Señor del cielo y de la tierra?". A esto respondió el anciano diciendo: "Tu Dios no es mi Dios, no conozco a Yabvé y no invocó su nombre. Yo me he hecho dioses y están en mi casa y oyen mi voz siempre que los invoco". Entonces, Abrahán se enfureció con el hombre, se levantó y lo echó al desierto.

De inmediato, el Señor le llamó y le dijo: "¡Abrahán, Abrahán!". Y él respondió: "Heme aquí". Y el Señor dijo: "¿Dónde está el anciano que hoy hospedaste?". Abrahán respondió diciendo: "Señor, el hombre no ha pensado en Tu Nombre y no Te ha alabado, de modo que lo eché de aquí al desierto". Entonces, el Señor le habló a Abrahán y le dijo: "Ciento noventa y ocho años es la edad de este hombre; todo este tiempo le he soportado y no le he dejado perecer; le he alimentado con pan y provisto de ropas y le he satisfecho en todo. Yo sé bien que no ha obedecido a Mi voz y, sin embargo, no le negado mi gracia. ¿Cómo pudiste tú ahora levantar tu mano contra él y echarlo de aquí, sin ofrecerle techo ni siquiera por una noche?".

Entonces Abrahán se levantó y fue al desierto a buscar al que había expulsado. Llamó a voz en cuello y le alcanzó. Luego, le condujo a su tienda y le acomodó debidamente. En la mañana le dejó continuar su camino en paz.

Nacimiento y sacrificio de Isaac

Un año después de que los Ángeles habían visitado a Abrahán y, tal como el Señor lo había prometido, Sara realmente tuvo un hijo. Abrahán lo llamó Isaac, como lo había mandado el Señor. Le amó con toda el alma.

Pero Dios quiso saber, si Abrahán le amaba a El aún más. Por eso, cuando el pequeño creció, una vez en la noche, Dios le dijo a Abrahán: “¡Abrahán! ¡Toma a tu único hijo Isaac, al que amas tanto, y ve al monte Moriah y ahí ofrécelme en sacrificio!”. Sin replicar, Abrahán se levantó siendo aún de noche, hizo leña para el sacrificio, la cargó en su burro y llevó consigo a sus dos criados y a su hijo Isaac. Cuando al tercer día vio el lugar desde lejos, dijo a sus sirvientes: “Esperad aquí con el burro; yo y el muchacho vamos a rezar en el monte”. Luego, tomó la leña y la puso sobre los hombros de su hijo Isaac. El, por su parte, tomó el brasero con el fuego y el cuchillo en sus manos. Así, ambos subieron al cerro. En el camino, Isaac dijo: “¡Padre!”. Abrahán respondió: “¿Qué deseas, hijo mío?”. “Mira”, —dijo Isaac—, “aquí están el fuego y la leña; pero dónde está la víctima?”. Abrahán respondió: “Dios proveerá la víctima, hijo mío”.

Cuando llegaron a la cúspide del cerro, Abrahán levantó un altar de piedra, puso la leña sobre él, amarró a su hijo Isaac y lo colocó encima del altar, sobre la leña. Luego, lanzó su brazo con el cuchillo para sacrificar a su hijo. De repente, un Angel bajó del



cielo exclamando: "¡Deténte, Abrahán, no lastimes al muchacho! Pues ahora veo que temes a Dios y que, por tu amor a El, no hubieras perdonado ni siquiera la vida de tu único hijo". Al escuchar estas palabras, Abrahán levantó la mirada y vio, detras suyo, un carnero atrapado por los cuernos en un zarzal; lo tomó y lo sacrificó en lugar de su hijo. Y el Angel del Señor habló por segunda vez desde el cielo: "Yo mismo he jurado, dice el Señor, que por haber cumplido con esto y no haberte negado a sacrificar a tu único hijo, te voy a bendecir y voy a multiplicar tus descendientes como las estrellas del cielo y como la arena que hay en la orilla del mar; y en uno de tus descendientes serán bendecidos todos los pueblos de la tierra".

El carnero

Abrahán levantó la mirada y vio un carnero que se había enredado por los cuernos en las ramas. Un Angel lo había traído del Jardín del Edén. Allí pastaba él debajo del Arbol de la Vida y tomaba el agua que de allá brotaba; su aroma penetraba en todo el mundo. Pero, ¿cuándo fue llevado al Jardín del Edén? Esto sucedió todavía en el crepúsculo del sexto día de la creación.

Y Abrahán fue hasta las ramas, tomó el carnero y lo sacrificó en lugar de Isaac.

La venganza del diablo

Mientras que Abrahán estaba realizando el sacrificio en el altar, Satanás buscó a Sara y se le presentó bajo la forma de un viejo encorvado y humilde. Y le dijo: "¿Sabes acaso las cosas que Abrahán

le ha hecho hoy a tu hijo Isaac? Ha levantado un altar, ha tomado a Isaac y lo ha sacrificado sobre él. E Isaac ha gritado y llorado ante su padre, pero éste no ha hecho caso de él y no se ha apiadado de su hijo". Y Satanás repitió estas palabras una segunda vez y se alejó de Sara.

Sara escuchó las palabras de Satanás y creyó que él era un hombre viejo del género humano, que había estado junto a su hijo y había venido hasta ella para contarle todo. Entonces, levantó su voz y lloró, y lanzó un grito fuerte y amargo por su hijo y se tiró al suelo y echó cenizas sobre su cabeza y exclamó: "¡Hijo mío, Isaac, mi hijo, si yo hubiera muerto en tu lugar en este día!". Continuó llorando y dijo: "¡Ay de mí por causa tuya!; Yo te he criado y te he cuidado y ahora mi alegría por tí se convierte en desesperación. Yo te anhelé clamando y rezando, hasta que, a los noventa años, te dí la vida y ahora tuviste que ser entregado al cuchillo y al fuego. Pero lo que me consuela es que fue la sentencia de Dios, hijo mío, pues tú has cumplido con el mandato del Señor y ¿quién puede levantarse contra nuestro Dios, en cuyas manos está todo lo que vive? Tú eres justo, Señor, nuestro Dios, y tus obras son buenas y justas, y también yo me alegro de tus palabras que lo ordenaron; solamente mis ojos lloran amargamente, pero mi corazón está gozoso". Y Sara apoyó su cabeza en el rezago de una de sus doncellas y se quedó muda como una piedra.

Pero luego se levantó y se encaminó y buscó a su hijo en todas partes; llegó hasta Ebrón y preguntó por él a todos los que iban por el camino y la encontraban, pero ninguno le pudo informar sobre lo que había sucedido con su hijo. Llegó con sus doncellas y sus criados a la ciudad de los cuatro sepulcros —ésta es Ebrón— y preguntó nuevamente por su hijo. Allí se detuvo y envió a varios de sus criados, a que averiguaran a dónde habían ido Abrahán e Isaac. Aquéllos fueron a la casa de Sem y Eber a buscar a Abrahán e

Isaac, pero no los encontraron; registraron toda la región, pero ellos no estaban allí.

Entonces, Satanás se presentó de nuevo ante Sara, bajo la figura de un ser humano, y dijo: "Lo que te dije fue mentira, pues Abrahán no había sacrificado a Isaac y éste no ha muerto". Al oír esto, Sara no cabía en sí por lo enorme de su alivio por su hijo, y su alma se desvaneció por la alegría, tanto que murió y fue a reunirse con su pueblo.

Pero Abrahán volvió al lado de sus criados después de haber cumplido con su misión y todos se pusieron en camino y juntos regresaron a casa, hacia Beer-Seba. Buscaron a Sara y no la encontraron; preguntaron por ella y les dijeron: "Ella se ha ido a Ebrón a buscaros allá a donde habíais ido, pues le contaron tal y tal cosa".

Entonces, Abrahán e Isaac fueron a Ebrón, y se encontraron con que Sara había muerto. Entonces, todos elevaron sus voces y rompieron en un fuerte llanto. Isaac se echó sobre el rostro de su madre y gritó: "¡Madre, madre mía, por qué me has abandonado y te has ido!". Y Abrahán e Isaac lloraron largo rato y también todos sus criados lloraron con ellos por Sara y se lamentaron mucho y amargamente.

Eliezer busca una esposa para Isaac

Abrahán era ya muy viejo y el Señor le había bendecido en todo. Entonces se propuso conseguir una esposa piadosa para su hijo, antes de que llegara su fin. Por eso le habló a su criado más antiguo, Eliezer: "Ve a mi tierra natal, y entre mi parentela elige una esposa para mi hijo Isaac, pero no de las hijas impías de Canaán". El criado lo prometió, escogió regalos entre los bienes de su señor, cargó con ellos diez camellos y partió a la ciudad de

Jarán, donde había vivido Nacor, el hermano de Abrahán. Cuando hubo llegado allá dejó que los camellos descansaran fuera de la ciudad, delante de un pozo. Era el anochecer, hora en que las hijas de la ciudad acostumbraban a salir para sacar agua. Entonces, él rezó en silencio: "¡Oh, Dios, concédele la gracia hoy a mi señor! Mira, las hijas de esta ciudad van a salir para buscar agua. Yo les voy a pedir que me den de beber. Si una doncella respondiera a mi pedido: "Bebe, y también voy a dar de beber a tus camellos", entonces reconoceré que ella ha sido destinada por Tí, oh Señor, para Tu siervo Isaac".

Aún no había terminado su rezo, cuando salió Rebeca, una doncella virtuosa y bella. Ella tenía un cántaro sobre su hombro, bajó con él al pozo, llenó su cántaro y volvió a subir. Entonces, el criado fue a su encuentro y dijo: "¡Dame de beber un poco del agua de tu cántaro!". "Bebe", dijo ella amablemente, y apresuradamente bajó el cántaro a su mano y le dio a beber. Cuando él hubo bebido, ella añadió: "También para tus camellos voy a sacar agua, hasta que todos hayan bebido". Rápidamente vació su cántaro en el bebedero, corrió de nuevo al pozo y sacó agua para todos los camellos. El criado observaba admirado, sin decir una palabra. Cuando los camellos habían bebido hasta quedar satisfechos, él regaló a la joven aretes de oro y dos brazaletes pesados en agradecimiento, y le dijo: "¿De quién eres hija? Dime también ¿hay en la casa de tu padre un lugar para hospedarnos?". Ella respondió: "Soy hija de Betuel, hijo de Nacor. Hay mucha paja y heno en nuestra casa y lugar suficiente para alojarse". Entonces, el hombre se inclinó profundamente y elevó sus oraciones al Señor y dijo: "¡Bendito sea el Señor que me ha conducido directamente a la casa del hermano de mi señor!".

Luego, él se albergó y acomodó a los camellos, pero no quiso aceptar comida hasta que hubiera cumplido con su cometido.

Contó, entonces, su misión y añadió: "Si vosotros queréis manifestar vuestro afecto y lealtad para con mi señor, entonces decidmelo; si no lo quisiérais, decidmelo también, para que yo continúe mi camino". Labán, hermano de Rebeca, y Betuel respondieron: "Esto está en manos del Señor. Mira, ahí tienes a Rebeca, llévala cuando regreses a casa". Entonces el criado se postró nuevamente en la tierra y alabó al Señor. Después obsequió a Rebeca vajillas de oro y plata y vestidos preciosos, así como también a sus hermanos y a su madre. Luego, se sentaron a la mesa llenos de alegría, y comieron y bebieron. A la mañana siguiente los padres y hermanos bendijeron a Rebeca, acomodaron a ella y a sus doncellas sobre los camellos, y partieron todas con el criado.

Isaac encuentra a Rebeca

Entretanto, Isaac venía del Pozo de los Vivos y los Videntes. Había salido para orar en el campo al acercarse la noche, y vio que unos camellos se acercaban.

Y Rebeca levantó sus ojos y vio a Isaac, entonces bajó rápidamente del camello y dijo al criado: "¿Quién es el hombre que viene hacia nosotros por el campo?". El criado dijo: "Ese es mi señor". Entonces, ella tomó el manto y se cubrió. Y el criado contó a Isaac lo que había sucedido. Entonces, Isaac la llevó a la tienda de su madre Sara, y Rebeca fue su esposa y él le tomó cariño. Entonces, Isaac se consoló de la pérdida de su madre.

Rebeca y Sara

Isaac llevó a Rebeca a vivir en la tienda de su madre Sara. Durante todo el tiempo en que Sara vivió ahí, una nube flotaba sobre la entrada. Pero cuando ella murió, la nube se retiró. Mas al llegar Rebeca, el velo de nubes volvió. Durante todo el tiempo en que vivió Sara, una luz ardía en su morada de una noche de sábado hasta la siguiente: Pero cuando murió, la luz se apagó. Pero a partir de la llegada de Rebeca, la luz empezó a arder nuevamente. Durante todo el tiempo en que Sara vivió, los portones de su pabellón estaban abiertos de par en par, pero cuando murió, acabó la hospitalidad; mas cuando llegó Rebeca, los portones se volvieron a abrir. Durante todo el tiempo en que Sara vivió, había bendición en su pan, pero cuando murió, la bendición se desvaneció. Mas al llegar Rebeca, trajo consigo de nuevo esta bendición.

Como Isaac vio que ella hacía todo como su madre, que amasaba su pan con pureza y que con pureza separaba la ofrenda de la masa, la instaló en la tienda de su madre.

Sobre el encanecimiento

Desde el día en que el cielo y la tierra fueron creados hasta los tiempos de Abrahán, no se hizo notar la edad en el hombre. Entonces vino nuestro padre Abrahán, y su cabeza empezó a cubrirse de canas. La gente se sorprendía, porque nunca antes había visto nada semejante. Así como una corona adorna la cabeza de un rey, así también, el cabello blanco del anciano es signo de dignidad y majestuosidad.

*Micael es enviado para anunciar
a Abrahán su muerte*

La misión de Micael

*Cuando el día de la muerte de Abrahán se acercaba,
el Señor le dijo a Micael:*

*“Levántate y preséntate ante mi siervo Abrahán
y anúnciale que ha de dejar el mundo ahora. Dile:
“Mira, los días de tu corta vida se han cumplido”,
para que antes de su muerte arregle los asuntos de su casa”.*

La visita de Micael a Abrahán

*Y Micael se puso en camino y llegó hasta Abrahán
y lo encontró sentado ante los bueyes;
por su apariencia se veía que era muy viejo,
y en ese momento estaba acariciando a su hijo.*

*Cuando Abrahán distinguió a Micael, el Arcángel,
se levantó del suelo, lo saludó,
a pesar de que no lo conocía.*

Y le dijo:

*“¡Que Dios te proteja
y te de felicidad en tu camino”.*

Y Micael le dio como respuesta:

“Tú eres tan caritativo, padre generoso”.

Entonces, Abrahán le dio por respuesta:

*“¡Ven, hermano, a mi lado
y descansa un rato,
de modo que yo te pueda mandar servir carne!*

¡Vayamos entonces a mi casa!

¡Descansa en mi casa,

pues la noche ya está cayendo,

y mañana partirás

a donde tú quieras!

*Si no, podrías encontrarte con algún animal peligroso
y sufrir daño”.*

Entonces, Micael dijo a Abrahán:

“¡Ay!, dime tu nombre

antes de que yo entre a tu casa,

para que yo sepa que mi visita no te es molesta!”.

Entonces Abrahán le dio por respuesta:

“En otro tiempo, mis padres me llamaban Abrám.

El Señor, en cambio, me llamó Abrahán.

Al decirme:

“Levántate y abandona tu casa

y toda tu estirpe,

y ve a la tierra

que yo te voy a señalar”.

Así, me fui hacia la tierra que mi Señor me señaló.

El me dijo:

“Ya no te llamarás Abrám, sino Abrahán”.

Entonces, Micael le dijo:

“Permíteme decir, padre mío, receloso siervo de Dios,

yo no soy más que un forastero, sin embargo,

he escuchado de tí,

que habías caminado cuarenta estadios,

y habías traído un buey y lo habías degollado,

cuando hiciste descansar a los Angeles en tu casa

y les diste albergue”.

*Así conversaron, se levantaron
y ambos fueron a la casa.
Y Abrahán llamó a uno de sus criados
y le dijo:
"Ve y tráeme una bestia
para que vaya montado el forastero.
El se cansó por el viaje".
Micael por su parte dijo:
"¡No incomodes al sirviente!
Mejor vamos a pie
hasta llegar a tu casa;
me encanta estar en tu compañía".*

El presentimiento de Abrahán

*Así marcharon hacia allá.
Cuando estuvieron a casi tres estadios de la ciudad,
encontraron un gran árbol
que tenía por lo menos trescientas ramas,
una especie de tamarisco.
Y escucharon una voz
que cantaba desde sus ramas:
"Oh, Santo, tú trajiste un mensaje para aquél,
por cuya causa fuiste enviado".
Y Abrahán percibió la voz,
pero guardó el secreto en su corazón
y pensó:
"¿Qué secreto podrá ser ese del que me enteré?"
Cuando entró en su casa,
Abrahán dijo a sus sirvientes:*

*"¡Levantáos y buscad las ovejas,
traed tres de ellas
y matadlas de prisa!
¡Servid de comer y de beber!
¡Hoy es un día de regocijo!"
Los sirvientes trajeron las ovejas
y Abrahán llamó a Isaac, su hijo,
y le dijo:
"¡Mi querido Isaac, ve!
¡Vierte agua en la palangana,
para que lavemos los pies al huésped!"
El hizo lo que se le había ordenado.
Después, Abrahán dijo:
"Tengo el presentimiento
de que en esta cubeta
ya no lavaré los pies a ningún huésped nuestro".
Cuando Isaac oyó a su padre hablar de esta manera,
rompió a llorar y le dijo:
"¡Padre mío! ¿Qué palabras son éstas,
que lavas por última vez los pies de un invitado?"
Cuando Abrahán vio a su hijo deshecho en lágrimas,
él también lloró vivamente.
Al mirar su llanto
también a Micael se le cayeron las lágrimas.
Y las lágrimas de Micael iban cayendo en la palangana
convirtiéndose en piedras preciosas.*

La muerte de Abrahán

*Mas vino Dios
y El sumergió el alma de Abrahán como en ensueños,
y, así, Micael, el Arcángel,
la llevó consigo al cielo.
Y, entonces, Isaac enterró a su padre
junto a su madre Sara.*

La muerte de los justos

En los libros antiguos leemos:

Los años de Abrahán eran ciento setenta y cinco. Al Señor le son agradables los años de los justos, y El los registra en la Escritura para que su edad sea conservada en el recuerdo imperecedero.

Abrahán murió a considerable edad y satisfecho de la vida. Dios hace ver a los justos antes de su muerte toda la recompensa que les espera en el futuro; y sus almas se confortan con ello y duermen en el Señor.

Isaac e Ismael enterraron a Abrahán. El hijo de la sirvienta le cedió el paso al hijo de la señora.

Sem y Eber iban delante del féretro. Entonces, vieron una colina que estaba destinada como tumba para nuestro padre Abrahán. Lo enterraron en el lugar que, con anticipación, ya había sido preparado para él.

El día en que Abrahán se separó del mundo, todos los príncipes de las naciones se alinearon y dijeron: “¡Desgraciado el mundo que ha perdido a su caudillo! ¡Desgraciado el barco que se ha quedado sin timonel!”.

Esau y Jacob

Isaac y Rebeca no tuvieron hijos durante veinte años, hasta que al fin Dios escuchó las plegarias de Isaac y le obsequió dos hijos. El primogénito se llamó Esau, el otro Jacob. Esau se veía rudo y velludo y también adquirió modales rudos. Jacob, en cambio, era lampiño y de carácter apacible y tranquilo. Esau se dedicaba a la caza y a la labranza. Jacob eligió la vida pacífica del pastor. Isaac amaba más al valeroso Esau y le gustaba comer de su caza. Rebeca, en cambio, prefería al dócil y amable Jacob. Ella lo amaba aún más porque Dios le había dicho que un día él prevalecería sobre su hermano mayor. Un día, Jacob estaba cocinando un guiso de lentejas, cuando Esau regresó cansado del campo. “¡Dame de esa comida roja, pues estoy cansado y muy hambriento!” le dijo Esau. Pero Jacob le dijo: “¡Dame a cambio tu primogenitura!”. Esau respondió: “¡Mira, me muero de hambre! ¿De qué me sirve entonces la primogenitura?”. Jacob le exigió: “¡Júramelo!” Entonces Esau juró, comió y bebió, se alejó de ahí y poco le importó haber vendido la primogenitura tan despreocupadamente.

Entre tanto, Isaac había envejecido y la luz de sus ojos se había apagado. Entonces, un día llamó a Esau a su tienda y le dijo: “Hijo mío, tú ves que estoy viejo y que puedo morir un día de estos. Toma tu carcaj y tu arco y ponte en marcha; y cuando hayas cazado algo, prepáramelo como tú sabes hacerlo para que yo pueda degustarlo y te bendiga antes de morir”. Esau partió de inmediato. Rebeca había escuchado la conversación y por puro temor de que Jacob, contra la voluntad de Dios, fuera ahora relegado por debajo de Esau, hizo algo muy pecaminoso: convenció a Jacob de que se hiciera pasar por Esau. Entonces, ella preparó dos cabritos como se prepara el venado, le puso a Jacob la mejor ropa de Esau, cubrió sus manos y su cuello con las pieles de los cabri-

tos y, así ataviado lo envió a llevar la comida a su padre. Isaac preguntó: “¿Cuál de mis hijos eres?”. Jacob respondió: “Soy Esaú, tu primogénito; he hecho lo que me has ordenado. ¡Come, pues, y bendíceme!”. Isaac dijo: “Acércate un poco a mí para sentirte y saber si tú eres o no mi hijo Esaú”. Jacob se acercó e Isaac le tocó y dijo: “La voz parece ser la de Jacob, sin embargo, las manos son las manos de Esaú”. No lo reconoció y comió. Después lo bendijo diciendo: “¡Que Dios te de grano y vino en abundancia del rocío del cielo y la humedad de la tierra. Los pueblos han de servirte y las tribus se inclinarán ante tí; maldito sea quién te maldiga, y colmado de bendiciones quién te bendiga!”.

No bien se había retirado Jacob, entró Esaú con el venado y dijo: “¡Levántate, padre mío, y come!”. Muy sorprendido Isaac respondió: “¿Quién eres tú?”. El contestó: “Yo soy tu hijo mayor Esaú”. Entonces, Isaac se asustó mucho y se dio cuenta de que Jacob le había engañado. Esaú se echó a llorar a lágrima viva y dijo: “¡Oh, el impostor! Primero me ha despojado de la primogenitura y ahora también me roba la bendición. ¿No has guardado para mí también una bendición, padre mío?”. Como lloraba tan fuertemente, Isaac se conmovió y le dijo: “Tú serás bendecido con la riqueza de la tierra y el rocío del cielo. Vivirás de las espadas y servirás a tu hermano, pero también vendrá el tiempo en que sacudirás su yugo de tu cuello”.

Huída de Jacob y su estadía en casa de Labán

Esaú odiaba a Jacob a causa de la bendición paterna y decía en su corazón: “Vendrán días de tristeza sobre mí padre, pues yo voy a ahogar a mi hermano Jacob”. Rebeca se dio cuenta de su intención y, llena de miedo, dijo a Jacob: “¡Huye, hijo mío, a la

casa de mi hermano Labán que vive en Jarán y quédate con él hasta que la furia de tu hermano desaparezca”. Jacob se puso en marcha de inmediato.



En el camino, ocurrió que la noche sorprendió a Jacob en pleno campo. Cansado de viajar, cogió una de las piedras que había ahí, la colocó debajo de su cabeza y se durmió. Entonces, en sueños, vio una escalera que se apoyaba en la tierra y cuyo extremo tocaba el cielo, y los Angeles de Dios subían y bajaban por ella. En la parte superior, estaba el Señor y le decía: “Yo soy el Señor, el Dios de Abraham e Isaac. A tí y a tus descendientes os daré la tierra sobre la cual duermes. Ellos serán numerosos como los granos de polvo de la tierra, y en uno de tus descendientes serán bendecidos todos los pueblos de la tierra”. Jacob se despertó muy asombrado y dijo: “En verdad, el Señor está en este lugar y yo no lo sabía. ¡Cuán santo es este lugar! Esta sólo puede ser la casa de Dios y la puerta del cielo”. Entonces, tan pronto amaneció, tomó la piedra y, lleno de agradecimiento, la erigió en un monumento, derramó aceite sobre ella como señal de que estaba dedicada a Dios y llamó al lugar Bethel o la casa de Dios.

Jacob siguió viajando hasta que al fin halló un pozo en el campo, que estaba tapado con una gran piedra. Tres rebaños de

ovejas yacían ahí. Entonces Jacob dijo a los pastores: “Hermanos, ¿de dónde soís?”. Ellos respondieron: “De Jarán”. El siguió preguntando: “¿Conocéis a Labán, el hijo de Betuel?”. Ellos dijeron: “Le conocemos muy bien; precisamente, ahí viene su hija Raquel con su rebaño”. Cuando Jacob la vio, rápidamente apartó la piedra del pozo para que su rebaño bebiera, y la saludó del modo más amable. Hecho esto, se puso a llorar de alegría y le dijo que él era hijo de Rebeca, la hermana de su padre. Raquel corrió apresuradamente y se lo comunicó a su padre, quien vino de inmediato, abrazó y besó a Jacob y lo condujo a su casa.

Jacob permaneció ahí veinte años. Cuidaba las ovejas de Labán con fidelidad y esmero. Este, en cambio, trataba en toda forma de recortarle el pago concertado. Pero aún así, Dios le bendecía, de modo que se hizo sumamente rico. Se había casado y tenía muchos siervos y siervas, ovejas y cabras, camellos y burros.

Regreso de Jacob a casa y reconciliación con Esaú

Cuando Labán vio que Jacob se había enriquecido, comenzó a tenerle envidia y ya no le mostraba una cara amigable. Entonces, Dios dijo a Jacob: “Regresa a la tierra de tus padres; yo estaré contigo”. Jacob se puso en marcha de inmediato y partió con todo lo que tenía.

Después de un largo viaje llegó sin contratiempos a las orillas del río Jordán, la frontera de Canaán. Pero estando allí, sintió mucho temor de su hermano Esaú. Primero envió mensajeros y mandó decir a Esaú: “¡Permíteme hallar gracia ante tus ojos!”. Los mensajeros regresaron y dijeron: “Mira, Esaú viene a tu encuentro con cuatrocientos hombres”. Entonces, Jacob se atemorizó aún más y rogó: “Dios de mis antepasados que me has dicho:



Regresa a tu tierra natal; yo estaré contigo: No soy digno de toda la gracia y ayuda constante que hasta ahora me has dispensado. Yo no tenía más que este palo cuando crucé este río, y ahora regreso con dos inmensos rebaños. Sálvame también ahora de la mano de mi hermano”.

Durante la noche, el Angel del Señor se le apareció. Jacob luchó con él hasta que el crepúsculo matutino despuntó. La articulación de la cadera de Jacob se había luxado durante la lucha. Y el Angel decía: “Déjame ir, pues la aurora ya despunta”. Pero Jacob decía: “No te dejaré hasta que me bendigas”. Entonces, el Angel dijo: “Tú ya no te llamarás Jacob sino Israel, es decir, el luchador de Dios”. Y le bendijo.

Cuando el sol salió, Jacob vio a Esaú que se acercaba con cuatrocientos hombres. Entonces, dividió a sus hijos, sus siervas y siervos y los rebaños en diversos grupos. El mismo fue enfrente y se inclinó siete veces hasta la tierra. Pero Esaú corrió hacia él, lo abrazó, besó y lloró de alegría. Cuando vio a los niños dijo: “¿De quién son estos niños?”. Jacob respondió: “Son los hijos que me ha obsequiado Dios”. A una señal de Jacob, todos se acercaron y se inclinaron ante Esaú. Luego Jacob le ofreció dos rebaños medianos. Esaú no quiso aceptarlos. “Yo tengo mucho, hermano mío”, dijo, “conserva lo que es tuyo”. Pero Jacob dijo: “Yo te lo ruego, acepta la bendición que Dios me ha deparado”. Entonces, él los aceptó. Jacob siguió su camino y, lleno de agradecimiento por la misericordiosa protección de Dios, fue a Canaán, a la casa de su anciano padre. Más tarde murió éste, feliz, después de haber vuelto a ver a su hijo.

José vendido a un país extranjero

Jacob tuvo doce hijos. El penúltimo era José. El padre le amaba a él más que a sus otros hijos, porque era bueno y obediente; y le mandó hacer una bonita túnica de colores. Sus hermanos le tenían envidia por esto. Una vez que estaban pastando los rebaños del padre con él, ellos hicieron algo muy malo. José se horrorizó de esto y lo contó al padre para que no sucediera de nuevo. Por ello, sus hermanos se encolerizaron tanto con él que ya no le dirigían ni una palabra amable.

Una vez, José tuvo un sueño maravilloso y lo contó a sus hermanos: “¡Escuchad, lo que he soñado! Me parecía que estábamos atando gavillas en el campo. Mi gavilla se irguió, vuestras gavillas, en cambio, se inclinaron profundamente alrededor de la mía”.

Entonces, sus hermanos respondieron: “¿Acaso serás nuestro rey?”. Y ellos le odiaban y envidiaban aún más. El tuvo otro sueño aún y lo contó a su padre y a sus hermanos. Dijo: “Pude ver en sueños, cómo si el sol, la luna y once estrellas se inclinaran ante mí”. Su padre le amonestó por ello y dijo: “¿Qué debe significar ese sueño? ¿Acaso tu madre, tus hermanos y yo hemos de inclinarnos ante tí hasta la tierra?”. Pero después el padre reflexionó sobre el asunto para sí y pensó que quizás podía ser que Dios hubiera destinado a su querido José para algo grande.

Una vez los hermanos de José se habían alejado del campo paterno con sus rebaños y José se había quedado con el padre. Entonces, el padre le dijo: “Ve y fíjate qué pasa con tus hermanos y sus rebaños”. José se puso en camino de inmediato y marchó, pero cuando los hermanos lo vieron venir desde lejos, dijeron entre sí: “¡Mirad, ahí viene el soñador! Matémosle, arrojémosle a una vieja fosa y luego digamos que se lo ha comido un animal salvaje. Entonces se verá de lo que le sirven sus sueños”. Cuando Rubén, el hermano mayor, escuchó esto, dijo: “¡Ay, no manchéis vuestras manos con su sangre, mejor arrojadlo a este pozo!”. Sólo dijo esto para sacarlo después y llevarlo a su padre.

Cuando, entonces, José llegó a donde esperaban sus hermanos, de inmediato le arrancaron la túnica de colores. Luego, lo arrojaron al pozo que, generalmente servía de cisterna, pero en el cual felizmente no había agua en ese momento. Luego, se sentaron a comer. Entretanto vinieron unos mercaderes extranjeros con sus camellos que llevaban toda clase de mercancías a Egipto. Entonces, Judá dijo a sus hermanos: “¿De qué nos sirve matar a nuestro hermano? Lo mejor es venderlo para que no se manchen nuestras manos, pues a pesar de todo, es nuestro hermano”. Ellos asintieron; por ello, cuando los mercaderes se habían acercado, sacaron a José del pozo y lo vendieron a los mismos por veinte denarios.



José lloró e imploró, pero no sirvió de nada. Los extranjeros lo llevaron consigo a Egipto. Rubén no sabía nada de esto, pues durante la comida él se había alejado de ahí. Como regresó al pozo y ya no encontró al joven, rasgó sus vestiduras en señal de dolor y dijo: “El chico ya no está aquí, ¿qué he de hacer ahora?”. Los otros hermanos, en cambio, se mostraron indiferentes. Mataron un chivo, tiñeron la túnica de colores con su sangre, y, enviándola así al padre, le mandaron decir: “Hemos encontrado esta túnica. ¿No será la que pertenece a tu hijo?”. El padre la reconoció de inmediato y exclamó: “Es la túnica de mi hijo, ¡un animal salvaje ha devorado a mi José!”. Entonces, rasgó sus ropas de dolor, se puso cilicio y lloró a su hijo por mucho tiempo. Vinieron todos

sus hijos y trataron de calmar su dolor, pero Jacob no se consolaba y dijo: “Quiero ir tristemente a buscar a mi hijo allá abajo en el reino de los muertos”.

José en la casa de Putifar

Los mercaderes vendieron a José en Egipto a Putifar, jefe de la guardia real. Pero Dios estaba con José y dejaba que todo lo que hiciera resultara bien. Por eso, él encontró gracia ante su señor y éste lo puso a la cabeza de toda su casa. Gracias a José, Dios bendijo también la casa del egipcio y multiplicó todos sus bienes.

Sin embargo, después de un tiempo José fue tentado fuertemente. La esposa de Putifar le propuso que cometiera una infidelidad vergonzosa contra su señor. Pero él de ninguna manera accedió, sino que dijo: “Mira, mi señor me ha confiado todo. ¿Cómo podría hacer un mal tan grande y pecar contra mi Dios?”. Aún después de esta respuesta negativa, ella no cesó de tentarlo diariamente al pecado. Pero él no le escuchaba. Una vez, José estaba completamente solo en la casa despachando ciertos negocios. Entonces, ella lo tomó de la capa y repitió la vergonzosa proposición. Pero José le dejó la capa en las manos y huyó de ahí.

Por esto, ella se enfureció. Llamando reunió a sus sirvientes y dijo: “¡Mirad, qué hombre tan malo ha traído mi esposo a casa! Entró en mis aposentos y me quiso hacer daño. Pero como grité; dejó la capa y huyó”. Cuando después vino su esposo a la casa, le enseñó la capa y dijo la misma mentira. Entonces, el amo, que tenía demasiada confianza en las palabras de su mujer, se encolerizó y de inmediato mandó encarcelar al inocente José.

José en la cárcel

Ahora José languidecía en la cárcel entre criminales. Pero tampoco ahí Dios le abandonó, sino hizo que el carcelero le tomara cariño. Este le confió la vigilancia de todos los encarcelados.

Sucedió que el copeero principal y el panadero principal del faraón cometieron algunas faltas contra su señor y fueron mandados a la misma cárcel. Un tiempo después, una noche, los dos tuvieron un sueño y se pusieron muy tristes por esto. Como José fue donde estaban ellos en la mañana y los vio tan tristes, les preguntó: “¿Por qué estáis tan tristes hoy?”. Ellos respondieron: “Tuvi- mos un sueño y no tenemos a nadie que nos lo pueda interpretar”. José dijo: “¿No es la interpretación cosa propia de Dios?”. “Contadme, pues, lo que habéis soñado”. Entonces, primero contó su sueño el copeero: “Yo vi frente a mí una parra que tenía tres sarmientos. Esta creció, se puso verde paulatinamente, floreció y al final dio uvas maduras. Tenía en mi mano la copa del rey, tomé las uvas, las exprimí en la copa y se la alcancé al rey”. José respondió: “Esta es la interpretación del sueño: Los tres sarmientos son tres días. Al cabo de ellos el rey te pondrá de nuevo en tu puesto anterior, y tú le alcanzarás la copa como antes. Pero entonces, piensa en mí y pide al rey que me saque de esta cárcel, pues he llegado aquí siendo inocente”.

Como el panadero vio que José había interpretado en forma favorable el sueño, dijo: “Mi sueño fue el siguiente: Yo cargaba tres canastos llenos de harina sobre la cabeza. En el canasto de arriba había toda clase de finos pasteles. Pero vinieron los pájaros y comieron de él”. Entonces José contestó: “Este es el significado del sueño: Los tres canastos son tres días. Después de ellos, el rey te cortará la cabeza y te mandará colgar y los pájaros comerán tu carne”.

Tres días después fue el cumpleaños del rey. Durante la cena, el rey se acordó del copeero principal y del panadero principal. Al uno lo repuso en su puesto e hizo que nuevamente le alcanzara la copa; al otro, en cambio, lo mandó colgar en el patíbulo. El cope- ro se alegró de su suerte, pero ya no se acordó de José.

Ascenso de José

Después de dos años, el faraón tuvo un sueño: le pareció como si estuviera parado a orillas del río Nilo. Entonces, salieron del agua siete vacas maravillosas y gordísimas que pacían en la orilla del río. Después salieron otras siete vacas feas y flacas; éstas se comieron a las vacas hermosas y gordas. Entonces, el rey se despertó. Se volvió a dormir y tuvo otro sueño: siete espigas hermosas y llenas brotaron de un mismo tallo; después de ellas, brota- ron siete espigas delgadas y las devoraron. Entonces, el faraón se volvió a despertar. Tan pronto amaneció, mando venir a todos los adivinos y sabios de Egipto y les contó sus sueños. Pero no había nadie que pudiera interpretarlos.

Por fin, el copeero se acordó de José y dijo: “En la cárcel hay un joven hebreo que una vez interpretó correctamente mis sueños y los del panadero principal”. El rey ordenó que lo llevaran ante su presencia. Entonces José fue traído ante el rey y éste le dijo: “He tenido sueños que nadie me puede explicar. Pero me han dicho que tú puedes interpretar sueños”. José contestó: “Dios, y no yo, puede dar al rey una interpretación favorable”. El rey le contó los dos sueños. Después, José respondió: “Dios anuncia al rey lo que El quiere hacer. Las siete vacas gordas y las siete espigas col- madas significan siete años de gran fertilidad; pero las siete vacas flacas y las siete espigas delgadas significan siete años de hambre

que seguirán a los siete de abundancia, la cual será consumida por aquéllos. Entonces el hambre asolará cruelmente al país. Por eso, que busque el rey un hombre sabio y activo. Que éste vele para que la abundancia de los siete años de fertilidad sea almacenada en silos y que se tenga provisión para los siete años de carestía”.

Este consejo le agradó mucho al faraón y dijo: “¿Podríamos acaso encontrar un hombre que esté lleno del espíritu de Dios como tú? ¡Mira, te pongo sobre todo Egipto, y todo el pueblo deberá obedecer tus órdenes; no tendré yo sobre tí más precedencia que la del salio real!”. Después, se sacó el anillo de su mano y lo puso en la mano de José. También lo vistió con un ropaje de lienzo finísimo, le puso un collar de oro en el cuello, mandó que lo pasearan públicamente en la segunda carroza del faraón y que un heraldo lo anunciara por delante, para que todos se arrodillaran ante él y le honraran como gobernador de todo Egipto. También le dio un nombre nuevo llamándole “Padre del País”.

Los hermanos de José viajan a Egipto

Los siete años fructíferos vinieron, tal como José lo había predicho. José mandó almacenar el exceso de los cereales en todos los pueblos. Sobrepasaba a toda medida. Pero entonces vinieron los siete años de esterilidad y se presentó la hambruna en todos los países. El pueblo de Egipto clamaba al rey por pan. Pero él les contestaba: “¡Dirigíos a José y haced lo que él os diga!”. Entonces, José abrió todos los graneros y proveyó de pan a todo Egipto. Poco a poco acudía también gente de otros países para comprar cereales.

También en la tierra de Canaán había hambruna. Por eso Jacob dijo a sus hijos: “Bajad hacia Egipto y comprad lo que necesita-



mos para que no muramos de hambre!”. Entonces, los diez hermanos de José bajaron. El padre retuvo al menor, el pequeño Benjamín, en casa. “Pues le puede suceder algún desastre en el viaje”, dijo él.

Los hermanos llegaron sin contratiempos a Egipto. Cuando allí fueron admitidos a la presencia de José, se inclinaron profundamente hasta la tierra ante él, sin reconocerlo. Pero él los había reconocido de inmediato, y se acordó de sus sueños pasados. El se mostró como un extraño ante ellos y dijo: “¿De dónde venís vosotros? ¡Vosotros sois espías y habéis venido a espiar este país!”. Muy asustados, ellos contestaron: “¡No es así, oh señor! Solamente hemos venido para comprar cereales. Nosotros, tus siervos,

somos gente pacífica y no pensamos en ninguna maldad. Somos en total doce hermanos de la tierra de Canaán. Pero el menor está en la casa con nuestro padre y el penúltimo ya no existe". Pero él dijo: "Si sois gente de paz, entonces que uno de vosotros se quede atado en la cárcel, y que los demás lleven los granos comprados a casa y me traigan al hermano menor para que yo pueda comprobar la veracidad de vuestros datos". Entonces, ellos hablaron entre sí: "Nosotros mismos somos la causa de lo que sufrimos, porque hemos pecado contra nuestro hermano. Hemos visto las angustias de su alma cuando nos imploró y no le escuchamos, por eso ahora nos sobreviene esta aflicción". Ellos pensaron que José no les entendía, porque él había conversado con ellos por intermedio de un intérprete. Pero él entendía todo, se retiró por un tiempo y lloró. Mas para ver si el arrepentimiento de ellos era sincero, regresó y mandó atar a Simeón ante sus ojos. Ordenó a sus sirvientes que llenaran los sacos de los demás con trigo, metiendo el dinero de cada uno secretamente en su saco y dándoles víveres para el viaje. Cumplido esto, los hermanos cargaron el cereal en sus burros y marcharon a casa.

En casa contaron al padre todo lo que les había sucedido. Pero cuando vaciaron sus sacos, cada uno encontró su dinero en la boca del saco. Entonces, todos se asustaron y Jacob dijo: "Vosotros me dejaréis sin hijos. José ya no existe, Simeón esta preso, y ahora queréis quitarme también a Benjamín. No lo dejaré ir con vosotros a Egipto. Si algo malo le pasara haréis descender mis cabellos grises al averno con el dolor".

Viaje de Benjamín a Egipto

Entretando, el trigo traído de Egipto se había consumido y aún continuaba la hambruna. Por eso Jacob dijo a sus hijos:

"¡Marchad de nuevo y comprad cereales!". Judá contestó: "Aquel hombre nos dijo claramente: ¡No veréis mi rostro sin vuestro hermano menor! — Deja que el chico vaya con nosotros para que no muramos. Yo respondo por él: si no te lo traigo de vuelta, cargaré la culpa toda mi vida". Entonces al fin dijo el padre: "Si tiene que ser así, pues, haced según vuestra voluntad. Tomad de los productos más exquisitos de nuestra tierra y haced con ellos un regalo a ese hombre. Llevad de nuevo la misma cantidad de dinero y, además, el dinero que habéis encontrado en los sacos, quizás llegó ahí por equivocación. Que Dios, el Todopoderoso, haga benévolo a aquel hombre para con vosotros, para que os deje volver con vuestro hermano, al que tiene preso, y con éste, mi querido Benjamín. ¡Ay!, mientras tanto debo estar como uno a quien han quitado a todos sus hijos".

Los hermanos llegaron sin contratiempos con Benjamín y con los regalos a Egipto. Tan pronto José vio a Benjamín con ellos, ordenó a su mayordomo: "Conduce a esta gente a la casa y prepara una comida, porque ellos almorzarán conmigo".

El hombre los condujo a la casa. Entonces, se asustaron y dijeron entre sí: "Esto pasa por causa del dinero que hemos hallado en nuestros sacos. Se nos quiere imputar una culpa falsa y hacernos esclavos". Por eso, en la misma puerta, se acercaron al mayordomo y se disculparon por el dinero. Pero éste contestó: "¡No temáis!". Poco después, él condujo a Simeón, ya libre, hasta ellos y dio de comer a los burros.

Cuando llegó José se inclinaron profundamente hasta la tierra y le ofrecieron sus regalos. El les saludó amablemente y les preguntó: "¿Todavía vive vuestro anciano padre? ¿Está bien de salud?". Ellos contestaron: "Nuestro padre, tu siervo, todavía vive y está bien de salud". Cuando José vio a Benjamín, dijo: "¿Es éste vuestro hermano menor? ¡Dios te bendiga hijo mío!". Y enseguida sa-

lió corriendo a llorar, porque su corazón estaba profundamente conmovido por su hermano. Después de que había lavado su cara, volvió a entrar, controló su emoción y dijo: “¡Traed los platos!”. Cuando éstos estuvieron servidos, los hermanos fueron sentados según su edad, por lo que se asombraron mucho. Pero Benjamín recibió de todo cinco veces más que los otros. Comieron y tomaron y se alegraron con él.

La copa de plata de José

José quiso convencerse de si sus hermanos se habían reformado realmente y, por eso, después de la cena, ordenó a su mayordomo: “Llénales de trigo los costales hasta que no quepa más y pon el dinero de cada uno en la boca de su saco; pero en el saco del menor pon, además, mi copa de plata”. Así se hizo, y a la mañana siguiente, partieron de nuevo. Mas cuando estuvieron fuera de la ciudad, José llamó al mayordomo y dijo: “¡Alístate y persigue a esos hombres y cuando los hayas alcanzado, dí: “¿Por qué habéis pagado el bien con el mal? La copa que habéis robado, es la copa preferida de mi señor. ¡Con eso habéis hecho un gran mal!”.

El mayordomo los alcanzó y les dijo las palabras que le habían ordenado. Ellos respondieron sobresaltados y asombrados: “¿Cómo? ¿Nosotros, robado de la casa de tu señor plata u oro? ¡Aquél a quién se le encuentre la copa, que muera, y todos nosotros seremos tus esclavos!”. El les dijo: “¡Que sea como habéis dicho!”. Inmediatamente bajaron sus sacos de los burros y cada uno abrió el suyo. El mayordomo registró todos los sacos, comenzando por el mayor hasta llegar al menor y encontró, al fin, la copa en el saco de Benjamín. Entonces, rasgaron sus ropas de espanto, cargaron de nuevo sus burros y volvieron a la ciudad.

Judá entró a la cabeza de sus hermanos en casa de José, y todos se postraron en tierra. José les dijo: “¿Por qué habéis hecho eso?”. Judá contestó: “¿Qué podemos decir y de qué modo justificarnos? Dios ha encontrado una iniquidad en nosotros, por eso nos sucede esto. Mira, aquél al que se le ha encontrado la copa, y nosotros también, todos somos tus esclavos”. Pero José respondió: “¡Esté lejos de mí hacer tal cosa! Que él que robó la copa sea mi esclavo; vosotros, en cambio, marchad, libres, a casa de vuestro padre”. Entonces, Judá se acercó más a José y contó, cuán duro había sido para el padre enviar con ellos a Benjamín. “Si yo ahora llegara sin el muchacho, —continuó él— nuestro padre moriría y nosotros enterraríamos de dolor sus cabellos grises. Yo he sido fiador por el chico, así que yo quiero quedarme y personalmente ser tu esclavo en lugar del muchacho; pero a él déjale marchar a casa con sus hermanos”.

José se da a conocer

Entonces, José no pudo contenerse más. Por eso ordenó que salieran todos los extraños. Después lloró tan fuertemente que se podía oír afuera y dijo: “¡Yo soy José! ¿Aún vive mi padre?”. Sus hermanos estaban pasmados de susto, de modo que no podían decir ni una palabra.

Pero él les habló amablemente: “¡Acercáos a mí! Yo soy José, vuestro hermano, al que habéis vendido a Egipto. ¡No temáis por ello! Porque por vuestro bien, Dios me ha enviado a Egipto antes que a vosotros, a fin de que tuviérais alimento para poder vivir. No he venido hasta aquí por vuestro consejo, sino por la voluntad de Dios; que me ha hecho príncipe de todo Egipto. Apresuráos a volver al lado de mi padre y decidle: Tu hijo José te manda decir:

‘Dios me ha hecho señor de todo Egipto; baja hasta mí y no te detengas. Habitarás en la región más hermosa del país y estarás cerca a mí con todos los tuyos. Allí te alimentaré, pues nos esperan aún cinco años de hambre’. Referid a mi padre toda mi gloria y todo lo que habéis visto en Egipto; apuráos y traédmelo aquí”.

Después abrazó a Benjamín y lloró, y Benjamín lloró también. Besó también a todos sus hermanos y lloró sobre cada uno; sólo entonces se atrevieron a hablar con él.

A la corte del rey llegó la noticia: “¡Han venido los hermanos de José!”. Entonces, el rey se alegró y toda su casa también, y le dijo a José que ordenara a sus hermanos traer a Egipto al padre junto con todo lo que tenía. Por eso, José les dio carrozas y víveres para el camino y mandó traer dos trajes de fiesta para cada uno; pero a Benjamín le dio trescientos denarios y cinco de los más lujosos trajes de fiesta. La misma cantidad de dinero y de ropajes envió a su padre, y, además, diez asnos cargados con toda clase de tesoros de Egipto y un número igual de borricas con cereales y alimentos para el viaje.

Viaje de Jacob a Egipto

Cuando los hermanos de José volvieron a casa de su padre, le dijeron: “¡José, tu hijo, vive aún y es señor de todo Egipto!”. Pero Jacob no quería creerles hasta que le contaron todo detalladamente y le mostraron las carrozas reales y todos los magníficos regalos. Entonces, fue para él como si despertara de una pesadilla; su espíritu revivió y dijo: “Me basta con que mi hijo viva aún, quiero marchar y verlo antes de morir”. Entonces, Jacob se puso en camino con todos sus haberes.

En la frontera de Canaán, ofreció un sacrificio a Dios, y de noche Dios le dijo en su sueño: “¡No temas, baja a Egipto! Pues ahí haré de tus descendientes un gran pueblo y de ahí los conduciré nuevamente hacia Canaán; y José ha de cerrarte los ojos”. Después de esto, siguió su camino y llegó a Egipto.

Judá se adelantó y avisó a José que su padre venía. Entonces, José mandó enganchar su carroza de inmediato y fue al encuentro de su padre. Apenas lo vio, saltó de la carroza, le abrazó y prorrumpió en llanto de alegría. Pero el padre le dijo a José: “Ya que he visto tu rostro una vez más, puedo morir en paz”.

Luego, José presentó a su padre al rey. El rey le preguntó a Jacob, entre otras cosas: “¿Cuántos son los años de tu vida?”. Jacob respondió: “Los años de mi peregrinación por la tierra son ciento treinta, pocos y malos, y no llegan a los años de mis padres durante su peregrinación”. Por último, Jacob se separó del rey con bendiciones. José dio a su padre y a sus hermanos posesiones en la parte más linda de Egipto, en la tierra de Gosén, y les abasteció de todo con abundancia.

Jacob y las últimas palabras de José

Jacob vivió en Gosén diecisiete años más. Ya que sintió acercarse el día de su muerte, José fue a verle, él con sus dos hijos, Efraín y Manasés. Jacob besó a los nietos y los bendijo con estas palabras: “¡Que el Ángel, que desde mi juventud me ha librado de todos los males, os bendiga!”. Y a José le dijo: “Bien ves que me voy a morir; mas Dios estará con vosotros y os restituirá a la tierra de vuestros antepasados”. Después mandó que también sus otros hijos y los hijos de sus hijos se reunieran alrededor de él y también a ellos les dio la última bendición. Pero a Judá lo bendijo

con la mayor bendición y le auguró: "Judá, tu mano estará sobre la nuca de tus enemigos, los hijos de tu padre se inclinarán ante tí. El cetro no se alejará de Judá hasta que venga Aquél que ha de ser enviado, al que los pueblos esperan". Por último, habló dirigiéndose a todos: "¡Enterradme con mis antepasados, en la tierra de Canaán!". Luego de estas palabras murió.

Entonces, José se arrojó sobre el rostro de su padre, le bañó en lágrimas y le besó. Después mandó embalsamar a su padre. Por orden del rey, todos los egipcios guardaron luto durante setenta días. Al cabo de este tiempo de luto, José marchó hacia Canaán con sus hermanos y los más distinguidos de la corte real, y enterró el cuerpo de su padre en Ebrón.

José cumplió ciento diez años y vio a sus bisnietos hasta la tercera generación. Como ya se acercaba su fin, dijo a sus hermanos: "Después de mi muerte Dios os visitará y os conducirá a la tierra que prometió a Abrahán, Isaac y Jacob. ¡Llevad entonces mis restos con vosotros!". Después de esto murió y ellos lo embalsamaron y lo pusieron en un ataúd.

La paciencia de Job

En tiempo de los patriarcas vivía en Arabia un hombre en el cual Dios quiso dar un inolvidable modelo de paciencia a los hombres de todos los tiempos. El hombre se llamaba Job. Tenía siete hijos y tres hijas, poseía siete mil ovejas y trescientos camellos, quinientos yuntas de bueyes para arar, quinientas asnas y gran número de criados.

Por ello y, más aún, por su extraordinario temor de Dios y su misericordia para con los pobres gozaba de una gran fama en todas las tierras de oriente. Pero un día Dios dijo a Satanás: "¿Ya

has observado a mi siervo Job, que como él no hay otro en la tierra?". Satanás respondió: "¿Acaso Job teme a Dios de balde? Tú has bendecido las obras de su mano y sus posesiones en el país han aumentado. Pero extiende un poco tu mano y quítale sus bienes, entonces, verás si no te insultará a la cara". A esto contestó el Señor: "Mira, que todo cuanto posee esté a tu disposición. Pero, a él ¡no le toques!".

Cuando los hijos e hijas de Job estaban comiendo y bebiendo en la casa de su hermano mayor en el día de su cumpleaños, un mensajero llegó a casa de Job y le dijo: "Los bueyes estaban arando y las mulas paciando junto a ellos. Entonces, los sabeos penetraron, robaron todo y mataron a los pastores con la espada; y sólo yo escapé para comunicarte lo sucedido". Mientras que éste todavía estaba hablando, vino otro y dijo: "Del cielo cayó fuego sobre las ovejas y sus pastores, y los destruyó, y sólo yo escapé corriendo para avisártelo". Pero también cuando éste aún estaba hablando, vino un tercero y dijo: "Los caldeos en tres grupos asaltaron a los camellos y se los llevaron, y mataron también a los pastores con la espada, y sólo yo escapé corriendo para anunciarte lo sucedido". Aún estaba hablando éste y, he aquí que entró un cuarto siervo y dijo: "Cuando tus hijos e hijas estaban comiendo en la casa de tu primogénito, un huracán vino de repente del desierto y sacudió las cuatro esquinas de la casa; ésta se desplomó y mató a todos tus hijos, y sólo yo escapé corriendo para comunicarte lo sucedido". Entonces, Job se levantó y rasgó sus ropas de dolor, pero de inmediato se volvió a serenar y se postró en tierra, alabó al Señor y dijo: "El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó. Se ha hecho lo que es de Su agrado. ¡Bendito sea el Nombre del Señor!".

Satanás habló de nuevo al Señor: "Todo lo que el hombre tiene lo dará por su vida. Pero estira tu mano y toca sus huesos y su



carne; entonces, verás que te insultará a la cara”. A esto respondió el Señor; “¡Que él esté en tus manos, pero consérvale la vida!”. Entonces, Satanás atacó a Job con la lepra, de la planta de los pies hasta la coronilla. Sentado lejos de la gente, por el peligro de contagio, en un estercolero, se raspaba la materia purulenta con un cacharro para aliviar el enorme dolor. Encima de todo, su propia esposa hacía burla de él en su estado lamentable, diciendo: “¿Todavía mantienes firme tu devoción? Pues, ¡reniega de tu Dios y muérete!”. Pero él le dijo a ella: “¡Hablas como una mujer necia! Si hemos recibido lo bueno de la mano de Dios, ¿por qué no aceptaríamos también lo malo?”. Y él no pronunció ni una palabra pecaminosa.

Como tres amigos de Job se enteraron de todas las desgracias que le habían sobrevenido, vinieron a verlo. Pero ya no le reconocieron, tan terriblemente desfigurado estaba él; exclamando en voz alta, rompieron a llorar, rasgaron sus ropas y esparcieron polvo sobre sus cabezas. Y durante largo tiempo ninguno dijo una sola palabra, porque vieron que su sufrimiento era grandísimo. Pero cuando por fin Job abrió su boca y se lamentó de lo fuerte de sus dolores, ellos le causaron una nueva pena. Es que le echaron en cara que seguramente habría merecido sus tribulaciones por sus pecados, ya que, así opinaron en su necesidad, Dios castiga sólo a los impíos con calamidades y miserias. Entretanto, Job defendió firmemente su inocencia y exclamó con valentía: “Mirad, en el cielo está mi testigo. En tanto haya respiración en mí, mis labios no dirán nada injusto. Aunque Dios me mate, no perderé mi fe en El. Porque yo sé que vive mi Redentor y que yo he de resucitar de la tierra en el último día y de nuevo he de ser revestido de esta piel mía, y en esta carne veré a mi Dios, a quién contemplarán los ojos míos”.

La confianza en Dios de Job no fue defraudada, sino que fue premiada ricamente ya en este mundo, porque poco después Dios le libró de la enfermedad y le devolvió por duplicado lo que había poseído en bienes temporales. De igual manera, volvió a tener siete hijos y tres hijas. Después vivió todavía ciento cuarenta años más en felicidad y alegría y vio a los hijos de sus hijos hasta la cuarta generación.

Nacimiento de Moisés

Dios había prometido a los patriarcas Abrahán, Isaac y Jacob que iban a ser los fundadores de un gran pueblo. Esta predicción se cumplió.

Después de algunos cientos de años, los descendientes de Jacob o Israel se habían convertido en un numeroso pueblo en Egipto. Entretanto, subió al trono un nuevo faraón. Este dijo a los jefes: "El pueblo de Israel ya se hizo casi más grande y más fuerte que nosotros. Venid, oprímámoslo para que no se multiplique tanto y se una a nuestros enemigos en caso de surgir una guerra contra nosotros". Así, puso comisarios de tributos sobre los israelitas, que tenían que obligar a éstos a realizar trabajos pesados en las ladrilleras y en el campo. Pero cuánto más oprímían a los israelitas, tanto más numerosos se volvían. Por eso, el rey ordenó a su pueblo: "¡Arrojad al río a todos los niños varones que nazcan entre los israelitas!".

Había una madre que tuvo un niño extremadamente bello. Por amor, lo ocultó durante tres meses, pero como ya no lo podía ocultar por mucho tiempo más, tomó una canastita de junco, la calafateó con brea, colocó al niño adentro y la puso en el cañaveral a la orilla del río. La hermana del niño se quedó escondida en

la lejanía para observar lo que sucedería con él. Entonces, Dios dispuso que la hija del faraón bajara justamente para bañarse en el río. Cuando ella vio la canastita en el cañaveral, mandó a una de sus criadas a recogerla; entonces la princesa la abrió, vio dentro a un niño que daba tiernos vagidos y, compadeciéndose, dijo: "¡Ay, éste es uno de los niños de los hebreos!". La hermana de la criatura tomó valor, se acercó a la hija del rey y le preguntó: "¿Quieres que yo vaya y llame a una madre hebrea para que ella críe al niño?". Ella contestó: "¡Oh, sí, búscala!". Llena de alegría, la muchacha fue y trajo a la madre del niño. La hija del faraón dijo a ésta: "Lleva a este niño y críamelo, yo te voy a recompensar". La madre tomó al niño y lo crió. Y cuando había crecido, lo entregó a la hija del faraón. Esta lo adoptó como hijo y lo llamó Moisés, esto es: "el que ha sido sacado del agua".

Huída de Moisés

Moisés fue instruido en todas las ciencias de los egipcios y llegó a poseer gran sabiduría y fuerza. Pero cuando se hizo hombre, vio la miseria de los israelitas, sus hermanos. Esto le causaba mucha pena. Por eso, prefirió sufrir las mismas tribulaciones que el pueblo de Dios, en vez de disfrutar todas las alegrías y tesoros de Egipto. Por ello, intercedió enérgicamente en favor de sus hermanos oprimidos.

Cuando el rey oyó esto, quiso matarle. Por eso, Moisés huyó al país de Madián. En este viaje, llegó a un pozo donde justamente las hijas de Jetró, un sacerdote de Madián, querían dar de beber a los rebaños de su padre. Entonces, vinieron pastores y quisieron echarlas. Pero Moisés intercedió en defensa de ellas y dio de beber a las ovejas. Cuando ellas se lo contaron a su padre, éste les

dijo: "¿Por qué habéis dejado marchar al hombre? Llamadle para que coma con nosotros". Moisés vino y se quedó a vivir en casa de Jetró durante cuarenta años; y Jetró le dio a su hija Zipora como esposa.

Sueño de Moisés

Y Moisés contaba a Jetró: "Una vez dormía y soñé un sueño: Vi una montaña alta, y arriba en la montaña había un tremendo trono que llegaba hasta el cielo. En el trono estaba sentado un hombre de aspecto resplandeciente y majestuoso. Llevaba puesta una corona en la cabeza; en la mano izquierda tenía un cetro grande o báculo y con la mano derecha me hacía señas para que me acercara. Yo me acerqué; entonces, él me alcanzó el báculo y me dio a entender que me sentara en el trono, del que se había levantado; también me puso la corona que había sacado de su cabeza.

Después de esto, mis ojos se abrieron, y pude ver todo el globo terrestre, las profundidades del infierno y las alturas de cielo. De repente, todas las estrellas del firmamento cayeron a mis pies, de modo que pude contarlas, y se ordenaron ante mí en líneas de batalla. En ese momento, desperté de mi sueño y sentí gran miedo.

Entonces el madianés contestó: "¡Mi noble huésped! Dios te hará ver cosas grandes y magnificas. ¡Ay, si todavía pudiera presenciar cómo todo esto se va a cumplir! Tú vas a derrocar un trono poderoso, partirás un gran botín, serás comandante de ejércitos y soberano de muchos pueblos. Pero el hecho de que tú hayas visto todo el mundo, la tierra y lo que está debajo de ella, el cielo y lo que está encima de él, significa que los misterios de todos los tiempos te serán revelados y tú sabrás lo que ya ha pasado, lo que está sucediendo ahora y lo que acontecerá en el futuro, hasta el fin de los tiempos".

Moisés como pastor

Una vez que Moisés pastaba los rebaños de Jetró en el desierto, un cabrito se le escapó. Moisés le siguió hasta que se detuvo en un prado. Aquí el animalito encontró un arroyo y bebió de él. Cuando Moisés vio eso, le dijo al animal: "Yo no sabía que por estar sediento tú te escapaste". Y cargó al cabrito sobre sus hombros y lo llevó de regreso. Entonces, el Señor dijo a Moisés: "Tú estás lleno de misericordia y te comportas compasivamente con los animales. ¡En nombre de tu vida! Tú serás el pastor de Mi rebaño, Israel".

La zarza ardiendo

Moisés cuidaba las ovejas de Jetró. Una vez que las estaba conduciendo más adentro en el desierto, llegó al monte Horeb. Entonces, el Señor se le apareció en una llama de fuego que salía de en medio de una zarza. Moisés se asombró de que la zarza no se quemara y se acercó. Pero el Señor le detuvo exclamando: "No te acerques, y quita el calzado de tus pies, porque la tierra que pisas es tierra santa. ¡Yo soy el Dios de tus padres!". Entonces Moisés, lleno de veneración, se cubrió el rostro, pues no se atrevió a levantar la mirada hacia Dios. El Señor continuó: "Yo he visto la miseria de Mi pueblo en Egipto y lo quiero salvar de la mano de los egipcios y sacarlo de aquella tierra a una tierra buena y espaciosa, que mana leche y miel. ¡Ven, por tanto, que quiero enviarte ante el faraón para que saques a Mi pueblo de Egipto!". Moisés respondió: "¡Quién soy yo para presentarme ante el faraón y sacar de Egipto a los israelitas!".

Pero el Señor contestó: "¡Yo estaré contigo!". Moisés dijo a Dios: "He aquí que cuando yo me presente entre los hijos de



Israel, me preguntarán: ‘¿quién te ha enviado?, ¿cuál es tu nombre?’ ¿Qué les diré?”.

Dios dijo a Moisés: “Yo soy el “YO SOY”. Entonces, así dirás a los hijos de Israel: el “YO SOY” me ha enviado hacia vosotros”.

Moisés arguyó: “Pero no van a creerme; van a decir: el Señor no se te ha aparecido”. Entonces, Dios le dijo: “¡Toma tu vara y lánzala a la tierra!”. Moisés lo hizo; entonces, la vara se convirtió en una serpiente, de modo que Moisés huyó de ahí espantado. El Señor continuó diciendo: “¡Alarga tu mano y tómalas por la cola!”. El lo hizo; entonces, la serpiente se volvió a convertir en una vara. “Haz este prodigio ante los israelitas —ordenó el Señor—

así te creerán”. Moisés volvió a argüir: “Señor, yo no soy elocuente y mi lengua es torpe”. Pero el Señor replicó: “Yo ya te enseñaré lo que has de hablar. Tu hermano Aarón es elocuente. ¡Pónle tú mis palabras en la boca y luego él hablará por tí ante el pueblo!”.

Así que Moisés regresó a Egipto. A la orden del Señor, Aarón fue a su encuentro. Cuando se encontraron cerca del monte Horeb, Moisés contó a su hermano todas las palabras del Señor. Después fueron juntos y reunieron al pueblo de Israel. Aarón repitió todas las palabras que el Señor le había dicho a Moisés. Moisés hizo la señal milagrosa con su vara y el pueblo creyó y adoró a Dios.

Los leones

Moisés y Aarón fueron a Egipto a la comunidad de Israel y refirieron las palabras que el Señor les había dicho. Entonces, el pueblo se llenó de una gran alegría. Días después, en la madrugada, Moisés y Aarón se dirigieron a la casa del faraón, y la vara de Dios estaba en su mano. Pero delante del portón del palacio habían cachorros de león atados con cadenas y de esta manera nadie podía llegar ante el faraón. Pero a las personas citadas ante el rey, las hizo acompañar por sus magos y éstos domaban a las fieras susurrándoles. Moisés, empero, agitó su vara sobre los leoncillos y los desencadenó, y sin preocuparse entró con Aarón al palacio del rey. Los leones le siguieron saltando alegremente como perros que saludan a su señor cuando él regresa del campo a casa.

Cuando el faraón vio esto, se asustó del hecho, especialmente porque el aspecto de los dos hombres era como de Angeles de Dios. El les dijo: “¿Qué queréis obtener de mí?”. Ellos contestaron: “Dios,

el Señor de los hebreos, nos envía a tí y te manda decir: Deja marchar a Mi pueblo para que Me sirva". Al escuchar estas palabras, el faraón se estremeció y dijo: "¡Iros hoy de aquí y volved mañana!"

Espantosos prodigios en Egipto

Moisés y Aarón buscaron al faraón y declararon: "Así habla el Señor, el Dios de Israel: ¡Deja marchar a Mi pueblo para que Me ofrezca sacrificios en el desierto!". Pero el faraón contestó lleno de altanería: "¿Quién es el Señor, que tenga yo que obedecer a su voz? ¡Yo no conozco al Señor, y no dejaré marchar a los israelitas!". A partir de ese día, él ordenó a los comisarios y sus representantes que les impusieran cargas aún más duras que las de hasta entonces.

Luego, Dios dijo a Moisés: "Dile a Aarón: ¡Toma tu vara y tírala ante el faraón!, así ella se convertirá en serpiente". Moisés y Aaron fueron al faraón; Aarón lanzó su vara ante el faraón y sus servidores, y ella fue convertida en serpiente. En efecto, el faraón quedó impresionado, pero su corazón permaneció endurecido como antes.

Entonces, el Señor dijo a Moisés: "¡Mañana temprano enfrente con Aarón al faraón, cuando él vaya a la orilla del río!". Ambos lo hicieron y Aarón levantó la vara a la orden del Señor y tocó el agua del río delante del faraón y sus servidores. Entonces, el agua se convirtió en sangre. Los peces murieron y el río quedó maloliente y hubo sangre en todos los arroyos, pantanos y los recipientes de agua en todo Egipto. También esta vez el faraón siguió indiferente.

Pasaron siete días, y Aarón extendió su brazo sobre las aguas de Egipto. A esta señal, salieron ranas y cubrieron todo el país,



incluso penetraron a las casas, a los hornos, a las comidas y a las camas del faraón y de toda su gente. El faraón llamó entonces a Moisés y Aarón y les dijo: "Pedid al Señor que El haga desaparecer las ranas, que yo dejaré ir a Su pueblo para que le ofrezca sacrificios". Moisés lo hizo; y las ranas desaparecieron de las casas, de las fincas y los campos. Pero el faraón, una vez que se le había devuelto la tranquilidad, volvió a endurecer su corazón.

Entonces, por orden del Señor, Aarón tocó con su vara el polvo de la tierra. Este se convirtió en tábanos y mosquitos, molestísimos y dañinos para hombre y ganado en todo el país. Pero el corazón del faraón permaneció empedernido.

Entonces, grandes enjambres de moscas invadieron las casas del faraón y sus servidores, y todo el país fue viciado por ellas. Entonces, el corazón del faraón se ablandó. Pero cuando Dios escuchó las oraciones de Moisés y quitó las moscas, el corazón del rey se volvió a endurecer, de modo que tampoco esta vez dejó marchar al pueblo.

Por eso, Dios mandó una epidemia y el ganado de los egipcios murió; pero del ganado de los israelitas ningún animal pereció. Poco después, a la orden de Dios, Moisés lanzó ceniza hacia el cielo y aparecieron viruela y úlceras en hombres y ganado.

Después, Moisés alargó su vara hacia el cielo, y el Señor mandó llover fuego y granizo de un tamaño tal que en todo Egipto nunca había sido visto. El granizo destrozó toda la hierba del campo y quebró todos los árboles del país; pero en la tierra de Gosén, donde vivían los israelitas, todo fue respetado.

Después de esto, vino un viento abrasador que trajo langostas que cubrieron todo el suelo y devastaron todo, de modo que no quedó nada verde ni en los árboles ni en la hierba de todo Egipto.

En seguida, Moisés extendió su brazo una vez más hacia el cielo y surgieron tinieblas densas durante tres días en todo el país, de modo que ya nadie podía ver al otro y ya nadie se atrevía a moverse del sitio en que estaba.

El cordero pascual y la salida de Egipto

Después de estas terribles plagas, el faraón llamó a Moisés y Aarón y dijo: “¡Marchad y ofreced sacrificios al Señor, sólo vuestras ovejas y bueyes se quedarán aquí!”. Moisés respondió: “Todos los rebaños tienen que ir con nosotros, ni una pezuña de ellos puede quedarse”. Entonces, el faraón dijo lleno de cólera: “¡Sal

de mi presencia y guárdate de no venir más ante de mis ojos! Pues tan pronto vuelvas a hacerlo, morirás!”. Moisés contestó: “Como tú has dicho así será, no vendré más ante tus ojos sin ser llamado. Pero debes saber que el Señor dice esto: ‘Al cabo de pocos días, en medio de la noche, todo primogénito morirá y habrá un gran clamor en todo Egipto como nunca antes hubo ni tampoco habrá’. Pero entre los israelitas no va a ladrar ni siquiera un perro, para que vosotros sepáis cuán perfectamente el Señor hace diferencia entre egipcios e israelitas. Entonces, vosotros, tú y tu pueblo, postrados, nos suplicaréis que nos vayamos. Y después de esto saldremos”.

Después que Moisés y Aarón habían salido del palacio del rey, Dios les dijo: “¡Decid a todo el pueblo de Israel: En la noche del catorce de este mes, cada uno inmolará un cordero sin defectos, pero no habrá de quebrarsele ni un hueso del mismo; todo padre de familia pintará con sangre los pilares y los umbrales de su casa y con los suyos comerá, en la misma noche, la carne asada y también pan ázimo. Además, deberéis tener vuestros lomos ceñidos, calzados vuestros pies, bastones en vuestras manos, y comeréis rápidamente el cordero; porque será la Pascua, es decir, el “Paso del Señor”. Porque esa misma noche Yo daré muerte a todo primogénito de los egipcios por medio de Mi Angel; pero cuando vea la sangre en vuestras casas, entonces pasaré de largo ante ellas; y después os conduciré a todos fuera de Egipto”. Los israelitas hicieron lo que el Señor les había ordenado.

A la medianoche, el Señor dio muerte a todo primogénito en Egipto; desde el primogénito del faraón hasta el primogénito del jornalero. Por eso, un clamor general espantoso se elevó en todo Egipto; porque no había casa en la que no yaciera un muerto. Entonces, el faraón llamó a Moisés y Aarón aún en la misma noche y les pidió con insistencia: “¡Marchad con todo vuestro pueblo y

ofreced sacrificios al Señor! Tomad también vuestras ovejas y el resto de vuestro ganado y, antes de ir os bendecidme todavía”. Aún más impetuosamente los egipcios insistieron que los israelitas salieran a toda prisa del país: “Sino —dijeron ellos— pereceremos todos”. Entonces, los israelitas marcharon de Egipto. Eran seiscientos mil hombres, sin contar a las mujeres y los niños. También llevaron consigo los restos mortales de José.

El féretro de José

Moisés buscó a Sera, hija de Asser, quien fue la única que quedó de aquella generación y le preguntó dónde estaba enterrado José. Entonces, Sera contestó y dijo: “Los egipcios le han hecho un féretro de metal y lo han hundido en el Nilo para que las aguas del río sean bendecidas”.

Entonces Moisés fue a la orilla del río y llamó: “¡José, el tiempo se ha cumplido!”. Y Moisés tomó la copa de José y la quebró en cuatro partes. En una de las partes, grabó la imagen de un león; en la otra, un águila; en la tercera, un toro y en la cuarta, un hombre. Después se paró ante el Nilo y tiró la parte con el león al agua, llamando: “José, ha llegado la hora en que Israel debe ser salvado, pero la Majestad de Dios tarda por culpa tuya y las nubes de Su Gloria tardan por tu causa”. Pero no se divisó el ataúd.

Entonces, Moisés lanzó al agua la imagen del toro y dijo las mismas palabras que antes, pero el féretro no se dejó ver. Después, Moisés lanzó la imagen del águila al Nilo y repitió la súplica. Pero el ataúd con los restos mortales de José no apareció.

Por último, lanzó al río la imagen del hombre y, he ahí que el ataúd de José salió a flote. Entonces, Moisés estiró su brazo y arrastró el féretro a tierra. Y el féretro de José compartió toda la peregrinación de Israel por el desierto.



El paso del Mar Rojo

Dios mismo iba delante de los israelitas y les enseñaba el camino que debían tomar, de día en forma de una columna de nubes y de noche en forma de una columna de fuego. Así llegaron al Mar Rojo y descansaron allí. Pero mientras tanto el faraón lamentó haber dejado marchar a los israelitas. Por eso les persiguió con carrozas de guerra, jinetes y todo su ejército; y al caer la noche, los alcanzó a la orilla del mar. Cuando los israelitas vieron de repente a los egipcios detrás suyo, se atemorizaron mucho y clamaron al Señor. Pero Moisés dijo: “¡No temáis! El Señor va a luchar con vosotros”. Entonces, por mandato de Dios, él extendió su vara sobre el mar. Y he aquí que la columna de nubes que hasta entonces iba delante de los israelitas, se levantó y descendió entre

ellos y los egipcios. Y era tan oscura por el lado que daba a los egipcios, que toda la noche no pudieron alcanzar a los israelitas, mientras que iluminaba la noche para los israelitas. Al mismo tiempo, el mar se abrió y se detuvo a ambos lados como un muro, y un viento caliente secó el fondo. Entonces los israelitas pasaron a pie enjuto.

Al amanecer, los egipcios los persiguieron en medio del mar. Pero de repente, una terrible tormenta les sorprendió, rayos de fuego cayeron sobre ellos; sus carrozas y ruedas se rompieron. “¡Atrás, atrás!”, gritaron llenos de espanto. “¡Huyamos de los israelitas, pues el Señor lucha por ellos contra nosotros!”. Pero el Señor dijo a Moisés: “¡Extiende tu brazo sobre el mar!”. Moisés lo hizo. Entonces, las olas se volvieron a juntar y cubrieron las carrozas, los jinetes y todo el ejército del faraón; no quedó ni uno de ellos. Así, el Señor salvó milagrosamente a Israel de manos de los egipcios en este día. El pueblo tuvo temor del Señor y creyó en El y en Su servidor Moisés.

El Señor se compadece del enemigo de Israel

Al Señor no le agrada que uno se regocije cuando el enemigo cae. En aquella hora en que los egipcios se abogaron, los Angeles quisieron cantar a Dios un himno de alabanza. Pero El exclamó: “Hombres creados por Mí perecen en el mar, y ¿vosotros queréis alegraros?”.

Los milagros de Dios en el desierto

Moisés mandó a los israelitas, que ya habían pasado el Mar Rojo, ponerse en marcha; y llegaron al desierto donde, a lo largo y a lo ancho, no había nada que comer. Entonces, se quejaron y

dijeron: “¡Hubiera sido mejor morir en Egipto! ¡Ahí estábamos tan bien, sentados junto a las calderas llenas de carne y podíamos comer pan hasta saciarnos! Tú nos has traído a este desierto sólo para dejarnos morir de hambre a todos”.

En lugar de castigarles, el Señor, con mucha indulgencia y bondad, le dijo a Moisés: “He escuchado la murmuración de los israelitas. Diles: En la noche comeréis carne y en la mañana os saciaréis con pan, y vosotros sabréis que Yo, el Señor, soy vuestro Dios”. Entonces, en la noche, vinieron volando tantas codornices que cubrieron todo el suelo del campamento, donde se las podía atrapar con facilidad. Y en la mañana, cuando el rocío había desaparecido, el desierto estaba cubierto de pequeños granitos blancos, como escarcha. Cuando los israelitas vieron esto, dijeron entre sí llenos de asombro: “¿Man hu?”, es decir, “¿Qué es esto?”. Moisés les dijo: “Este es el pan que el Señor os ha dado para comer. Recoja cada uno tanto como necesite”. Ellos lo hicieron llenos de alegría y encontraron que los granitos sabían a pan de miel. Con este pan que ellos llamaron “maná”, Dios les alimentó durante cuarenta años hasta que llegaron a los confines de Canaán.

Poco tiempo después, el pueblo acampó en otra región del desierto, donde no había agua. Aquí, el pueblo volvió a murmurar contra Moisés y dijo: “¿Para qué nos has conducido fuera de Egipto, solamente para dejarnos morir de sed, a nosotros, a nuestros hijos y a nuestro ganado?”. Moisés contestó: “¿Por qué os amotináis contra mí? ¿Por qué no confiáis en el Señor?”. Entonces, clamó al Señor: “¿Qué debo hacer con este pueblo? ¡Poco falta ya para que me apedree!”. El Señor le dijo: “¡Toma la vara en tu mano, ve al monte Horeb y toca la roca, que brotará agua!”. Moisés lo hizo así. En ese mismo momento fluyó agua en abundancia, de modo que todos pudieron beber hasta la saciedad.



Después arremetieron los amalecitas y pelearon contra Israel; y Moisés envió a Josué contra ellos. El mismo subió a la cumbre del monte llevando la vara de Dios en su mano. Y en tanto Moisés tenía sus brazos levantados, Israel vencía; pero cuando bajaba sus brazos, los amalecitas vencían. Pero sus amigos le sostuvieron los brazos hasta que el sol se puso. Y Josué venció a los amalecitas, matándoles a filo de espada.

Dios da los Mandamientos en el Sinaí

Al tercer mes de la salida de Egipto, los israelitas llegaron al monte Sinaí, y allí armaron sus tiendas. Moisés subió al monte.

Entonces, Dios se le apareció y le dijo: “¡Anuncia a los israelitas: Vosotros mismos habéis visto lo que he hecho a los egipcios, y de qué manera, en cambio os he protegido cuidadosamente. Si ahora vosotros escucháis Mi Voz, y conserváis Mi Alianza, entonces vosotros seréis Mi Pueblo Elegido!”. Moisés contó al pueblo la palabra del Señor y todo el pueblo contestó a una voz: “¡Haremos todo cuanto mande el Señor!”. Poco después, Moisés volvió a subir al monte y el Señor le habló de nuevo: “¡Vuelve al pueblo y manda que hoy y mañana todos se purifiquen, laven sus vestidos y estén preparados para el tercer día. Pon también estacas alrededor del monte para que nadie se acerque demasiado a él. Pero cuando las trompetas comiencen a sonar, entonces vayan hacia el monte!”.

Al amanecer del tercer día comenzó a tronar y relampaguear en forma estruendosa. Una nube oscurísima cubrió todo el monte Sinaí. Este humeaba, despedía llamas y temblaba. Al mismo tiempo, el sonido de las trompetas retumbaba cada vez con más intensidad, de modo que el pueblo que estaba en el campamento se atemorizó mucho. Entonces, Moisés lo condujo ante Dios, hacia el pie de la montaña. Y Dios habló:

1. “Yo soy el Señor, tu Dios. ¡No tendrás otros dioses delante de Mí; no tallarás ninguna imagen para adorarla!
2. ¡No tomarás en vano el Nombre de Dios, tu Señor!
3. ¡Acuérdate de santificar el sábado!
4. ¡Honrarás a tu padre y a tu madre, para que te vaya bien y vivas largo tiempo en la tierra!
5. ¡No matarás!
6. ¡No cometerás adulterio!
7. ¡No robarás!
8. ¡No darás falso testimonio contra tu prójimo!



9. ¡No desearás la mujer de tu prójimo!
10. ¡No codiciarás la casa de tu prójimo, su tierra, su siervo, su criada, su buey, su asno, ni nada suyo!”.

El pueblo estaba abajo temblando y, lleno de veneración y temor, exclamó: “¡Haremos todo lo que ha dicho el Señor!”. Para reforzar aún más al pueblo en su propósito, Moisés erigió un altar junto al monte y ahí ofreció un holocausto. Luego tomó la sangre del sacrificio y la asperjó sobre el pueblo y dijo: “Esta es la sangre de la Alianza que Dios ha contraído con vosotros mediante sus Mandamientos”.

Moisés es elevado hacia las nubes

Moisés estaba parado con sus pies en el monte, mas con su cuerpo se encontraba en el cielo que le rodeaba como una tienda. Miró a su derredor y vio todo lo que sucedía allá arriba, y el Señor habló con él como con un amigo, cara a cara.

El Señor dijo todas estas palabras: “Yo soy el Señor, tu Dios, que te ha conducido fuera de la tierra de Egipto”.

La Voz resonó y los cielos se estremecieron, los mares y los ríos buyeron de ahí. Las montañas y las colinas empezaron a temblar, los árboles se cayeron, los muertos en las tumbas se levantaron y se pusieron de pie, y todos los hombres que tendrían que nacer hasta el fin del mundo, estaban ahí y rodeaban el monte Sináí.

Pero los hijos de Israel que estaban en vida, se desplomaron y quedaron muertos. La Voz del Señor resonó por segunda vez, y ellos volvieron a la vida. Pero ellos dijeron: “Moisés, maestro nuestro, no podemos soportar la Voz de Dios, debemos morir como ya hemos muerto una vez; habla tú con nosotros y te escucharemos”.

Y la voz de Israel sonó dulcemente a los oídos del Señor; El envió a Micael y Gabriel y ellos tomaron a Moisés de los brazos y le ascendieron hasta las nubes.

El Señor habla y el mundo permanece en silencio

Cuando el Señor dictó los Mandamientos, ningún pez nadaba, ningún pájaro volaba, ningún buey mugía, las ruedas divinas se detuvieron, los Serafines permanecían inmóviles, el mar no se movía, no se oía ruido alguno de las criaturas. El mundo entero enmudeció y permanecía en silencio. Entonces resonó una Voz: “¡Yo soy el Señor, tu Dios!”.

Los cuatro colores de luz

Quando Moisés ascendió al cielo, el Señor le hizo ver el templo celestial. Después, Dios hizo irisar ante Moisés los cuatro colores de luz que debía utilizar para construir el Tabernáculo; pues hasta entonces Moisés no había conocido los cuatro colores. Dios le dijo: "¡Ponte a la derecha!". Moisés lo hizo y vio un grupo de Angeles, cuya vestidura era del color del mar. Entonces Dios le dijo: "Así es el púrpura azul". Enseguida, dijo el Señor: "Y ahora, ponte a la izquierda". Moisés lo hizo así. Y vio otro grupo que vestía ropas rojizas. Entonces, le dijo el Señor: "Así es el púrpura rojo". Después, Moisés retrocedió unos pasos y vio seres que estaban envueltos en trajes que no eran ni rojos ni amarillentos. Entonces dijo el Señor: "Este es el color escarlata". Moisés fue hacia adelante y vio ante sí un grupo vestido de blanco; éstos le enseñaron una imagen del color del torzal de seda marina.

El Señor deja el cielo y se asocia a Moisés

¡Cuán grande honor tributó el Señor a Moisés, dejando las regiones celestiales para reunirse con él!

Los Angeles que estaban de servicio vinieron y cantaron sus himnos de alabanza al creador, pero El permaneció al lado de Moisés. Asimismo, el sol, la luna y las estrellas aparecieron y quisieron inclinarse ante el Señor y pedir permiso para subir al cielo; pues si no piden permiso, no pueden hacer resplandecer su luz. Ellos preguntaron a los Cuatro Animales: "¿Dónde está el Trono de Su Gloria?". Y recibieron por respuesta: "Tenéis que ir donde se encuentra Moisés".

El becerro de oro

Moisés volvió a subir al monte y se quedó ahí cuarenta días y cuarenta noches en diálogo con Dios. Después que Dios había terminado de hablar con Moisés, El le dio dos tablas de piedra, en las cuales Dios había grabado con Su Dedo los Diez Mandamientos.

Pero ya que Moisés tardaba tanto tiempo en el monte, el pueblo dijo a Aarón: "¡Haznos dioses como los que tienen los egipcios para que sean llevados delante de nosotros, pues no sabemos lo que le ha sucedido a Moisés!". Para disuadir a los israelitas de su propósito impío, Aarón respondió: "¡Tomad los aretes de oro de vuestras mujeres e hijas y traédmelos!". Contra todo lo esperado, ellos trajeron los aretes de oro. Entonces, por cobardía pecaminosa, Aarón no se atrevió a oponerse. El fundió un becerro con los aretes y levantó un altar ante éste. Ellos ofrecieron sacrificios al becerro, comieron y bebieron, tocaron música y bailaron a la manera de los gentiles.

Entretanto, Moisés bajó del monte con las dos Tablas de la Ley en la mano. Como escuchó el alboroto del pueblo que gritaba, y vio el becerro y las danzas se irritó sobremanera y tiró las Tablas al suelo, de modo que se hicieron pedazos. Después arrebatando el becerro, lo arrojó al fuego y luego lo redujo a polvo. Esparció el polvo sobre el agua y se la dio a beber a los hijos de Israel. Después, reprendió a Aarón por su pecado y dijo a los hijos de Leví: "¡Armaos con vuestras espadas y recorred el campamento, puerta a puerta, y matad a quien encontréis rindiendo culto a los ídolos!". Ellos lo hicieron así, y perecieron en aquel día como 23,000 hombres.

El océano

A la hora en que Moisés rompió las Tablas de la Alianza, las aguas del océano se desbordaron y quisieron inundar el mundo. Entonces Moisés tomó el becerro y lo quemó. Después de esto se dirigió a las olas: "Oh, aguas, ¿qué hacéis?". El océano dijo: "¡Si el mundo podía existir sólo gracias a los Mandamientos que estaban escritos en las Tablas! Pero estos Mandamientos han sido traicionados por los hijos de Israel al fabricar el becerro de oro y, por eso, queremos destruir el mundo". Entonces Moisés dijo: "¡Pues bien! ¡Que todos los que han cometido esta culpa os sean entregados!". Y esparció la ceniza sobre el mar. Pero las olas no se tranquilizaron. Entonces, Moisés dio a beber a los hijos de Israel el agua mezclada con la ceniza del becerro. Y al poco tiempo la ira del océano se calmó.

Moisés pide perdón para el pueblo

Al día siguiente Moisés volvió a buscar al Señor en el monte, y Le suplicó fervorosamente perdonar al pueblo. Por último, el Señor le concedió el favor y le ordenó preparar dos nuevas tablas. Moisés lo hizo así y el Señor grabó los Diez Mandamientos en ellas. Cuando Moisés descendió del monte con las Tablas en la mano, su rostro resplandecía e irradiaba luz, de modo que los israelitas no se atrevían a mirarlo.

*Rayos como cuernos aparecen
en la cabeza de Moisés*

Moisés imploró al Señor: "¡Déjame ver Tu Gloria!". Pero Dios respondió: "¡No puedes ver Mi Rostro!". Pero como Moisés no

dejaba de suplicar, el Señor le correspondió y le dijo: "¡Ocúltate aquí en la hendidura de la peña y Mi Gloria pasará por aquí!". Entonces Moisés se quedó en la gruta. Los Angeles exterminadores pasaron por ahí y quisieron herirlo, pero Dios le cubrió con Su Mano protegiéndole, y, como cuernos, brotaron rayos de su cabeza.

Edificación del Tabernáculo

Los israelitas no tenían hasta entonces santuario determinado donde adorar a Dios; tampoco tenían un sacerdocio definido. Sus piadosos patriarcas ofrecían sacrificios al Señor, ya en este, ya en otro lugar. Más tarde los jefes de las distintas familias cumplieron con las obligaciones sacerdotales. Esto debía cambiar en adelante.

Durante su permanencia de cuarenta días en el monte, Dios había dado a Moisés las más exactas instrucciones acerca del santo culto que él debía introducir. Por eso, Moisés hizo, ante todo, una morada sagrada para el Señor, como lo exigía el constante ir y venir en el desierto: fabricó el "Tabernáculo del Testamento" en forma de tienda desarmable, con tablones de madera preciosa; en total, treinta codos de largo, diez de alto y diez de ancho. Revistió los tablones con oro y los proveyó de pedestales de plata. Luego cubrió la construcción con cuatro techos preciosos. El tejido de la cubierta que pusieron en la parte más alta del interior de la tienda, tenía trama con dibujos de Querubines, palmeras y flores. Delante de la entrada hizo una cortina labrada primorosamente. Colocó otra cortina igual para separar la parte de adelante de la del Sanctasanctórum. En el Sanctasanctórum colocó el Arca de la Alianza del Señor, que revistió con el oro más fino por dentro y por fuera, y le proveyó de cuatro argollas de oro en los cuatro ángulos y varas de madera revestidas de oro, para transportarla.

Colocó en el Arca las dos Tablas de la Ley que contenían la Alianza contraída con Dios, de donde el Arca misma recibió el nombre de "Arca de la Alianza". Después puso encima del Arca el propiciatorio, lámina de oro purísimo, y a ambos lados del mismo, dos Querubines con las caras vueltas una hacia la otra y que cubrían el propiciatorio con sus alas.

En la parte delantera del santuario puso una mesa revestida con oro para los doce panes de la proposición, de la más fina harina sin levadura, y para una copa con vino; también un candelabro de oro con siete brazos y un altar para incienso, en el cual se quemaba incienso de las más finas especies.

Moisés construyó un gran atrio alrededor del Tabernáculo y ahí colocó el altar de los holocaustos, de bronce, al igual que los lavamanos para los sacerdotes.

Cuando todo estaba terminado y Moisés, según la orden del Señor, había ungido con bálsamo el Tabernáculo con todos sus utensilios, una nube cubrió la Tienda Santa, y la Gloria del Señor la llenó. A partir de ese momento, el Señor tuvo Su Trono en el Sanctasanctorum sobre el Arca de la Alianza, entre los dos Querubines, y Moisés iba allí siempre que quería consultar al Señor, y allí se enteraba de la Voluntad de Dios.

Institución del culto divino

Después, por orden del Señor, Moisés estableció los diversos sacrificios. Unos eran sangrientos, para los cuales se tomaban bueyes sin defectos, también ovejas, cabras y palomas. Otros no eran sangrientos y consistían en oblaciones de fina harina sin levadura y libaciones de vino. Las dos clases podían ser holocaustos, es decir, ofrendas de adoración destinadas a ser quemadas por

completo en el altar, o bien ofrendas de gracias, de súplica o de expiación, de los que se quemaba en el altar la grasa, siendo la parte más fina, pero el resto se comía.

Además, Moisés introdujo fiestas para el Señor, pues el Señor le había ordenado: "¡Di a los israelitas: éstas son las Santas Fiestas del Señor: vosotros celebraréis la Fiesta de la Pascua. Para ella, mataréis un cordero sin defectos y comeréis la carne; también comeréis pan sin levadura durante siete días, en recuerdo de la salida de Egipto. Siete semanas después celebraréis la Pascua de Pentecostés, la Fiesta de la Ley, que os ha sido dada en el Sinaí. Para ésta traeréis y sacrificaréis también las primicias de la siega. Luego, cuando ya se haya recolectado todo el fruto de la cosecha, celebraréis la Fiesta de Tabernáculos. Para esta fiesta usaréis ramas de árbol y viviréis bajo enramadas, para que vuestros descendientes sepan que yo os he hecho vivir en tiendas en el desierto. En estas tres fiestas deberá aparecer ante Mí todo lo que sea masculino entre vosotros.

También la Fiesta de las Expiaciones será para vosotros solemnísimas y santísimas. En este día, deberéis hacer penitencia. Y el sumo sacerdote matará un buey por sus pecados y, luego, un macho cabrío por los pecados del pueblo. Luego, irá con la sangre del sacrificio y el incensario de oro detrás de la cortina al Sanctasanctorum; humeará el propiciatorio del Arca de la Alianza y asperjará ésta y el suelo delante de ella con la sangre".

Al final, por orden del Señor, Moisés consagró a Aarón para que fuera sumo sacerdote y a los hijos de éste para sacerdotes. Y el resto de la estirpe de Leví fue destinado al servicio en el santuario. Purificó a Aarón y le puso diversos atavíos sagrados, especialmente el manto, primorosamente trabajado en oro, púrpura y fino lino; y adornado con granadas bordadas y campanitas de oro en su ribete. Después le colocó el pectoral, en el que estaban gra-

bados los nombres de las doce tribus en doce piedras preciosas; y le puso la preciosa mitra con la diadema santa, y en la frente, la lámina de oro en la que está escrito: "Santidad al Señor". Finalmente, derramó aceite sobre su cabeza, ungiéndolo. Luego, después que sus hijos y los levitas también hubieron sido consagrados, Aarón se acercó al altar y ofreció el sacrificio; y extendió sus brazos sobre el pueblo y lo bendijo. Entonces, salió fuego de la columna de nubes y consumió las ofrendas. Cuando el pueblo vio esto, alabó al Señor y se postró con la frente en la tierra.

Los exploradores enviados a Canaán

Al segundo año de la salida de Egipto, los israelitas partieron del monte Sinaí y reanudaron su marcha. Moisés envió anticipadamente a doce hombres, entre ellos a Josué y Caleb, para que exploraran la tierra de Canaán. Al cabo de catorce días, los exploradores volvieron y mostraron a todo el pueblo los frutos de esta tierra: un racimo de uvas que trajeron entre dos en un palo, y granadas e higos. Además dijeron: "La tierra mana, en verdad, leche y miel; pero tiene habitantes muy fuertes y grandes ciudades fortificadas. Incluso vimos gigantes ahí, y al lado de ellos parecíamos langostas". Entonces, todo el pueblo levantó su voz y murmuró contra Moisés y Aarón, y dijo: "¡Mejor hubiéramos muerto en Egipto! ¡Oh, si pudiéramos perecer en este desierto!". En vano hablaron Josué y Caleb, quienes también habían explorado la tierra de Canaán: "¡La tierra que recorrimos es muy buena; no temáis a sus habitantes, pues el Señor está con nosotros!". Pero toda la multitud gritaba aún más fuerte y quería apedrearlos.

Entonces, la nube del Señor que reposaba sobre la morada santa se manifestó en Su Gloria aterradora y el Señor habló a Moi-



sés: "¿Cuánto tiempo más blasfemaré este pueblo contra Mí? ¿Hasta cuándo no me creerán, después de todos los milagros que he hecho ante ellos? Yo les voy a castigar y destruir con la peste; pero a tí te haré príncipe de una nación más fuerte que ésta". Pero Moisés oró y dijo: "¡Perdona los pecados de este pueblo según tu gran misericordia!". El Señor respondió: "Por tus súplicas queda perdonado. Pero di a los israelitas: Por Mí vida, dice el Señor, os haré lo que habéis deseado. Vuestros cuerpos se quedarán tendidos en este desierto. Ninguno de vosotros, a excepción de Josué y Caleb, llegará a la tierra prometida, porque habéis murmurado contra Mí. A vuestros hijos, en cambio, yo los haré entrar. Sin

embargo, ellos deberán vagar por el desierto aún cuarenta años, hasta que los cuerpos de los padres sean consumidos”.

La rebelión y su castigo

Al cabo de un tiempo, por ambición, doscientos cincuenta levitas se sublevaron contra Moisés, encabezados por Coré, Datán y Abirón, y dijeron: “Puesto que este pueblo entero es sagrado: ¿Por qué os ensalzáis encima del pueblo del Señor?”. Al escuchar esto, Moisés se postró rostro abajo de dolor por esta arrogancia impía y, luego, dijo al grupo de rebeldes: “¿Os habrá permitido el Señor que le sirváis en la morada santa, para que os arroguéis el sacerdocio y os rebeléis contra El? Mañana hará saber el Señor, quiénes son los suyos. ¡Presentaos, pues, ante el Señor, cada uno con su incensario, junto con Aarón!”.

Al día siguiente, cuando los doscientos cincuenta ya se habían dirigido con sus incensarios ante el Señor, habiéndose quedado, sin embargo, los tres cabecillas en sus tiendas; Moisés ordenó que éstos aparecieran ante él. Pero ellos respondieron con insolencia: “¡Nosotros no iremos!”. Entonces, Moisés fue con Aarón a sus tiendas y dijo al pueblo: “¡Alejaos todos de las tiendas de estos impíos y no toquéis nada de lo que les pertenece, para que no seáis enmarañados en sus pecados! Prestad atención: si éstos mueren de una muerte natural, el Señor no me ha enviado. Pero si el Señor hace el milagro que la tierra abra su boca y se los trague y que vivos se precipiten al abismo, entonces reconoceréis que ellos han blasfemado contra Dios”. No bien había terminado de decir esto, cuando de repente, la tierra se partió bajo los pies de los tres rebeldes y se los tragó con sus tiendas y todas sus pertenencias, y fueron precipitados al abismo. Al mismo tiempo, también

emanó fuego de la nube del Señor, abrasando doscientos cincuenta hombres que quemaban incienso ante El.

Sin embargo, con el propósito de poner fin para siempre a tales rebeliones, Dios dijo después a Moisés: “Toma una vara de cada príncipe de las doce tribus y escribe su nombre en ella. Luego coloca todas las varas juntas en el Tabernáculo. La vara del que Yo haya elegido sacerdote entre todos los príncipes, florecerá”.

Moisés hizo lo que el Señor le había ordenado. Cuando al día siguiente entró en la morada santa, vio que la vara de Aarón había retoñado y había echado flores y frutos. Entonces, él llevó todas las varas ante los israelitas y cada uno miró y tomó su vara. Entonces el Señor dijo a Moisés: “Vuelve a llevar la vara de Aarón a la morada santa y colócala en el Arca para que sea conservada ahí como señal contra los israelitas rebeldes”.

La duda de Moisés La serpiente de bronce

Hacia el final de la peregrinación de los israelitas, les volvió a faltar el agua y por eso nuevamente murmuraron contra el Señor. Entonces, el Señor ordenó a Moisés que volviera a golpear la roca como lo había hecho antes. Moisés obedeció. Tomó la vara del Tabernáculo del Testamento y reunió a los israelitas enfrente de la roca que se encontraba delante de ellos. Pero por un momento le entraron dudas, y dijo a los israelitas: “¿Lograré sacar agua de esta roca para vosotros rebeldes?”. Dicho esto, levantó su mano y golpeó la roca dos veces con la vara. Recién la segunda vez brotó agua, mas en tal abundancia que pueblo y ganado bebieron hasta hartarse. No le agradó al Señor que Moisés hubiera dudado de Su Palabra, y le dijo: “¡Porque tú no has creído plenamente en Mí, no conducirás a este pueblo a la tierra que Yo les he destinado!”.



Poco después, cansados por la continua vida errante en el desierto, volvieron los israelitas a murmurar contra Dios y Moisés. Por esto, el Señor envió serpientes venenosas, cuya mordedura quemaba como fuego, para asolar a su pueblo. Un gran número de israelitas fueron mordidos por las serpientes y murieron sufriendo terribles dolores. Entonces el pueblo arrepentido buscó a Moisés y le dijo: “¡Hemos pecado por hablar contra el Señor y contra tí, mas pídele al Señor que aleje de nosotros las serpientes!”. Moisés, por virtud de su inagotable amor y paciencia, accedió a su deseo y oró por el pueblo. Así el Señor le dijo: “¡Haz una serpiente de bronce y colócala en el asta de una bandera; quien haya sido mordido y la vea, se salvará!”. Moisés hizo tal co-

mo Dios le ordenó, y todos los que habían sido mordidos y vieron la serpiente de bronce, se curaron.

La profecía de Balaam

Los israelitas habían llegado a las fronteras de los moabitas a orillas del Jordán. En aquel tiempo, vivía entre los moabitas un hombre llamado Balaam, quien, según la costumbre de los gentiles, se dedicaba a hacer presagios, mas, sin embargo, reconoció al Dios verdadero. A aquél se dirigió el rey de los moabitas, de nombre Balac, y le mandó decir: “Un pueblo numeroso ha salido de Egipto y ha acampado delante de mí. ¡Ven y maldícelos!”. Pero Dios se presentó ante Balaam en la noche y le dijo: “¡Ve, pero haz sólo lo que Yo te mande!”. Entonces, Balaam fue a donde se encontraba el rey.

Este lo condujo hacia tres montañas una tras otra, desde donde él podía ver el campamento de los israelitas, y pensó que Balaam, siguiendo su mandato, iba a maldecir a los israelitas. Pero el Señor le inspiró a bendecirlos. Así que Balaam le dijo al rey: “¿Cómo he de maldecir a quien Dios no maldice?, ¿cómo imprecicar donde el Señor no imprecica? El me ha dado la misión de bendecir y no puedo evitar de hacerlo”. Así, bendijo a los hijos de Israel repetidas veces y predijo: “Yo Le veré, mas no ahora. Le contemplaré, mas no de cerca. Una estrella nace de Jacob, un centro asoma en Israel”. Al oír estas palabras, Balac le dijo con enfado: “¡Te llamé para que maldijeras a mis enemigos y tú les has bendecido! ¡Regresa por donde has venido!”. Y Balaam volvió a casa.

Últimas advertencias y muerte de Moisés

Llegaron los días en que Moisés debía separarse de su pueblo. Entonces el Señor le dijo: "Coloca tu mano sobre Josué en presencia de todo el pueblo, para que éste en adelante le obedezca". Moisés hizo lo que el Señor le mandó y le habló al pueblo: "Mirad, yo tengo que morir aquí y no atravesaré el Jordán. Mas vosotros lo cruzaréis y tomaréis posesión de aquella hermosa tierra. Guardóse entonces de no olvidar nunca la Alianza que habéis celebrado con el Señor vuestro Dios. Amad al Señor con todo el corazón, con toda el alma y con todas vuestras fuerzas. Acordaos de todo el camino por donde el Señor os ha guiado en el desierto, alimentándoos y sosteniéndoos, como un padre a su hijo, durante cuatro años. Conservad todas sus palabras en vuestros corazones, medita las con vuestros hijos cuando estéis en casa o de viaje, cuando os recostéis y cuando os levantéis. Cumplid los Mandamientos del Señor y serán bendecidas vuestras casas y vuestros campos, bendito el fruto de vuestra tierra y de vuestro ganado, benditos vosotros mismos, cuando entréis y cuando salgáis. Pero en caso de desatender la Voz del Señor en todas estas cosas, habría de caer sobre vosotros la maldición divina. Yo invoco a la tierra y al cielo como testigos de que os he dado a elegir entre la bendición y la maldición, entre la vida y la muerte. Así, entonces, escoged la vida para vosotros y vuestros descendientes".

Además, Moisés hizo al pueblo la promesa: "El Señor enviará un profeta como yo; a él habréis de obedecer". Luego bendijo a todos y subió al monte Nebo. Aquí, Dios le mostró toda la tierra de Canaán y le dijo: "Esta es la tierra que he prometido a Abrahán, Isaac y Jacob. Con tus ojos la has visto, mas no entrarás en ella". Esa maravillosa vista colmó el corazón de Moisés de alegría y gozo. Agradeció al Señor por la felicidad que El pensaba



otorgar a Su pueblo y expiró apaciblemente y pleno de dicha. Todo el pueblo de Israel lloró su muerte treinta días.

*El mensajero de la muerte busca a Moisés
para recoger su alma*

Quando llegó la hora en que Moisés debía morir, el Señor le dijo al mensajero de la muerte: "¡Apresúrate y recoge el alma de Moisés!". El Angel de la Muerte fue al lugar donde moraba Moisés, pero allí no lo encontró. Luego, se dirigió al mar y le preguntó: "¿Dónde podrá estar el hijo de Amram?". El mar respondió: "No

lo he visto desde que sacó a Israel de Egipto y con él cruzó mis aguas". Luego, el Angel de la Muerte preguntó a las montañas y valles si no habían visto a Moisés. Ellos contestaron: "Desde que Israel ha recibido los Mandamientos en el monte Sinaí, no lo hemos visto". El Angel de la Muerte lo buscó entonces en el mundo de abajo y en el infierno y preguntó allí: "¿Habéis visto al hijo de Anram?". Ellos contestaron: "Hemos oído su nombre, mas no conocemos su rostro". El mensajero de la muerte preguntó entonces a los Angeles que estaban de guardia y ellos dijeron: "Búscalo entre los hijos de los hombres".

Finalmente, el Angel encontró a Moisés y le pidió su alma y éste le echó de su lado con desprecio y le dijo: "En este sitio donde me encuentro, tú no tienes permiso para detenerte y, sin embargo, me exigas que te entregue mi alma". El Angel de la Muerte le transmitió estas palabras al Señor y Este replicó: "Date por satisfecho y no me digas más sobre el caso; él tiene su lugar preparado desde el día de la creación, pues está escrito: El Señor dijo a Moisés: mira, hay un lugar junto a Mí, allí debes pararte sobre la roca".

Y el Señor mismo se dirigió a Moisés y le dijo: "¡Dame tu alma! Yo mismo quiero guardarla para el mundo que ha de venir". Y abrazándole tomó su alma.

El beso de Dios

Semael, el Angel de la Maldad, el principal acusador de todos, no podía esperar la muerte de Moisés y decía sin cesar: "¿Cuándo llegará su fin? ¿Cuándo vendrá el momento en que él tenga que morir y pueda yo descender para recoger su alma?". No hay peor malvado que Semael y nadie más justo que Moisés, a quien Dios conoció cara a cara. Así, como la persona que está invitada a una boda ansía el

comienzo de la fiesta, así anhelaba Semael la muerte de Moisés y decía: "¿Cuándo derramará lágrimas Micael y se colmará de gozo mi corazón?". Entonces, Micael le dijo: "Tú, malvado, ¿te regocijas mientras que yo tengo que llorar? No te regocijes, enemigo mío, de mi sufrimiento; yo volveré a levantarme; aunque me encuentre en la tinieblas, el Señor es aún mi luz. Si estoy postrado en la tristeza por la suerte de Moisés, el poder de Josué me volverá a levantar. Y si tendré que estar en las tinieblas, cuando el primer y segundo templo serán destruidos, el Señor será mi luz en los días del Mesías". Cuando llegó la hora en que Moisés tenía que morir, el Señor le dijo a Gabriel: "¡Baja y recoge el alma de Moisés!". El Arcángel replicó: "¡Señor del mundo! ¿He de sufrir la muerte de una criatura que vale más que diez mil otros?". Entonces el Señor dijo a Micael: "¡Desciende y trae el alma de Moisés!". Micael respondió: "Señor, yo fui su maestro y él fue mi discípulo; no puedo ser testigo de su muerte".

Luego, el Señor dijo a Semael, el Angel del Mal: "¡Baja y agarra el alma de Moisés!". Enseguida, el Angel aterrador se ciñó su espada, se revistió de furia y crueldad y partió al encuentro de Moisés. Mas Moisés estaba sentado allí y escribía el Nombre Sagrado en un papiro; su rostro brillaba como el sol y él se asemejaba en todo a los Angeles. Entonces, Semael se asustó y dijo para sí: "Los Angeles nunca podremos atrevernos a cazar el alma de este hombre".

No obstante, Moisés sabía que Semael llegaría aún antes que éste se hubiera presentado. El malvado, por su parte, fue preso de miedo y estremecimiento, y no encontró la fuerza necesaria para hablar a Moisés hasta que éste mismo comenzó a decir: "El Señor dice que los malvados no tienen paz. ¿Qué buscas aquí?". Semael replicó: "He venido a recoger tu alma". Moisés preguntó: "¿Quién te ha enviado hasta mí?". El Angel de la Muerte respondió: "Soy el mensajero de Aquél que ha creado toda criatura". No obstante, Moisés

se negó a entregar su alma a Semael y le dijo: "El día de mi nacimiento abrí mi boca para hablar y caminé sobre mis propios pies. Como adulto, en cambio, hice milagros en Egipto: ante los ojos de los egipcios saqué de su tierra a un pueblo de seiscientos mil hombres; dividí el mar en doce partes; convertí el agua amarga en dulce; intervine en la lucha de los Angeles; viví bajo el trono de Dios y la columna de fuego fue mi techo; hablé con Dios frente a frente; triunfé sobre la estirpe celestial y revelé sus secretos ante el género humano. Luché contra Sihon y Og, los dos gigantes, a quienes el agua del diluvio tan sólo había llegado hasta los tobillos. Mandé que el sol y la luna se pararan y, mientras tanto, derroté a mis enemigos. ¿Quién de los vivos ha hecho cosa parecida? ¡Márchate malvado, no vengas con tales pretensiones, yo no te daré mi alma!".

Entonces, Semael se retiró e hizo saber al Todopoderoso la respuesta de Moisés. Mas he aquí que resonó la Voz del Señor, que decía a Moisés: "Tu vida ha concluído, la muerte aguarda". Moisés dijo al Señor: "¡Señor de la tierra! ¡Recuerda el día en que tú te me apareciste en el zarzal y me dijiste: 'Anda, quiero enviarte al faraón para que deje salir de Egipto a Mi pueblo, Israel'. Acuérdate de los días que permanecí en el monte Sinaí, de los cuarenta días y cuarenta noches. ¡Concédeme esta gracia de no ponerme a merced del Angel de la Muerte!". A estas palabras, el Señor contestó: "No temas, Yo mismo te atenderé, tu muerte y tu sepultura han de ser mi preocupación".

Entonces, Moisés se irguió, tornándose puro como los Serafines. Mas el Señor bajó del cielo para recibir el alma de Moisés y tres Angeles lo acompañaron: Micael, Gabriel y Zagzagael. Micael armó el lecho; Gabriel extendió sobre éste un manto de seda marina; Zagzagael, más bien, estuvo parado a los pies de Moisés. El Señor habló a Su siervo: "Moisés, cruza la vista de un ojo por encima de la vista del otro". Así lo hizo Moisés. Luego, Dios dijo: "Coloca tu mano

sobre tu pecho". Moisés hizo lo que el Señor le mandó. El Señor continuó diciendo: "Pon tus piés uno sobre el otro". Esto también fue cumplido. Entonces, el Señor llamó al alma de Moisés que aún moraba en su cuerpo y le dijo: "¡Hija mía, ciento veinte años ha sido el tiempo que yo fijé para que permanecieras en el cuerpo de Moisés; ha llegado la hora en que has de abandonarlo; sal y no demores!". Pero el alma replicó: "¡Señor del mundo! Yo sé que Tú eres el Dios de todos los espíritus y todas las almas; las almas de los vivos y los muertos están en tus manos. Tú me has creado y me has modelado y permitiste que viviera en el cuerpo de Moisés durante ciento veinte años. ¿Más hay cuerpo alguno más puro que él de Moisés? Por eso lo amo; por eso no quiero abandonar su cuerpo". Pero el Señor dijo: "Tú, alma de Moisés, ¡sal del cuerpo, no permanezcas en él más tiempo!; quiero llevarte a la morada más alta del cielo y dejar que vivas bajo el trono de Mi Gloria, junto con los Querubines, Serafines y demás huestes celestiales".

En ese momento el Señor besó los labios de Moisés y le quitó su alma a través del beso de Su boca. Y Dios lloró y dijo: "¿Quién luchará conmigo contra los impíos? ¿Quién combatirá a Mi lado contra los que hacen el mal?". El Espíritu Santo declaró: "No ha existido nunca profeta alguno igual a Moisés". Los cielos vertieron lágrimas y exclamaron: "Ya no hay gente piadosa en la tierra". La tierra, lloró y dijo: "Ya no existen justos entre los hombres". Josué buscó a su maestro y no lo encontró. Entonces, rompió a llorar y dijo: "Ha menguado el número de santos y pocos son los creyentes entre los hombres". Las huestes celestiales dijeron: "El practicó la justicia". Y enseguida, Israel exclamó: "Y defendió los derechos de Israel". Unos y otros dijeron: "Y los que ante Tí se portaron en forma debida, tendrán paz y descansarán en sus lechos. El recuerdo de los justos será de beneficio y a su alma le será dada la vida eterna".

Entrada en la tierra prometida

Después de la muerte de Moisés el Señor dijo a Josué: “¡Ponte en camino y cruza el Jordán! Al igual como Yo estuve con Moisés, estaré contigo”. Salió, pues, todo el pueblo hacia el río Jordán, y los sacerdotes iban delante de ellos con el Arca de la Alianza. Cuando éstos pusieron pie en las aguas del Jordán, que por lluvias se había desbordado, el agua que venía de arriba dejó de correr, elevándose cual un monte; mientras que el agua de abajo corrió hacia el Mar Muerto hasta quedar seco el lecho de manera que el pueblo entero lo atravesó sin contratiempo. Luego acamparon cerca de Jericó. Allí celebraron la fiesta de Pascua alimentándose de los frutos del país y ya no cayó más el maná.

Jericó era una ciudad fortificada dotada de fuerte guarnición. Por esto el pueblo de Israel no confiaba en poder tomarla. Mas el Señor habló a Josué diciendo: “Dad todos los guerreros una vuelta a la ciudad diariamente durante seis días, pero al séptimo día habéis de dar siete vueltas, y los sacerdotes han de marchar delante con el Arca de la Alianza; tocando las trompetas, y todo el pueblo ha de levantar un gran grito, y los muros de la fortaleza se derrumbarán desde los cimientos”. Josué hizo lo que el Señor había mandado, y durante siete días circundaron la ciudad. Mas cuando al séptimo día los sacerdotes tocaron las trompetas en la séptima vuelta, Josué ordenó a todo el pueblo de Israel: “Levantad un gran grito, porque el Señor ha puesto la ciudad en vuestras manos”. Y todo el pueblo empezó a gritar a voz en cuello, las trompetas sonaron, y al poco tiempo los muros se vinieron abajo, de manera que los israelitas tomaron la ciudad con muy poco esfuerzo.

Mediante muchas luchas heroicas Josué conquistó paso a paso todo el país y luego lo sorteó entre las doce tribus en las cuales

los israelitas se habían dividido de acuerdo a la descendencia de los doce hijos de Jacob. Así se cumplió al pie de la letra la promesa que el Señor había dado a los patriarcas de los israelitas.

Designación de los jueces — Gedeón

Mientras duraba la generación que había crecido en el desierto después de la salida de Egipto y había presenciado todos los milagros que Dios hizo, los israelitas servían al Señor. Pero la nueva generación, desacatando el mandato de Dios, buscó alianza con las naciones de los gentiles en cuyo medio vivió y en consecuencia decayó en idolatría y vicios. Entonces, el Señor les entregó en manos de sus enemigos, en castigo de sus pecados, lo que, por cierto tiempo, les hizo recobrar los sentidos y volver en sí. Una y otra vez ocurrió lo mismo en el curso de cientos de años. Cada vez que abandonaban a su Dios, Este les hacía caer en manos de naciones ajenas. Pero cuando regresaban a El con arrepentimiento, hacía surgir entre ellos hombres enérgicos y heroicos, llamados Jueces, quienes les libraban de la opresión y les dirigían conforme a la Ley del Señor Dios. Tales héroes fueron Barac, Jefté y Sansón, este último dotado de excepcional fuerza física. Pero el más famoso entre ellos fue Gedeón.

Este era hijo de un israelita modesto y vivía en la época que Dios había hecho caer a su pueblo a causa de sus perversidades, bajo la dominación de los madianitas. Estos regresaban todos los años para destruir las cosechas. Finalmente, cuando de nuevo se acercaba el tiempo de siega, clamaron los israelitas al Señor pidiendo auxilio. Dios envió un Ángel donde estaba Gedeón, que

estuvo ocupado sacudiendo y limpiando el grano en el lagar de la casa de su padre, para esconderle de los madianitas. El Angel le dijo: “El Señor está contigo, hombre fuerte y valiente. Ve y salva a Israel de la dominación de los madianitas”. A lo que Gedeón replicó: “Mi Señor, perdón, pero ¿con qué voy a salvar a Israel? Tú ves que mi familia es la más humilde de toda la tribu de Manasés y yo soy el más pequeño en la casa de mi padre”. Pero el Angel prometió: “Yo estaré contigo y derrotarás a los madianitas como quien derrota a un solo hombre”.

Poco después los madianitas regresaron con un enorme ejército y pasando el Jordán acamparon en un extenso valle; pero el Espíritu de Dios se apoderó de Gedeón que mandó llamar a todos los israelitas. Y treinta y dos mil hombres se reunieron en torno a él. Mas Dios dijo a Gedeón: “Demasiada gente llevas contigo; no serán los madianitas derrotados por los israelitas para que éstos se vanaglorien diciendo: ‘Por nuestro valor nos hemos liberado’. Haz proclamar entre tu gente que cualquiera que tenga miedo, vuelva a su casa”. Veintidós mil hombres regresaron, quedándose solamente diez mil. Mas el Señor insistió: “Son muchos todavía. Llévalos a que tomen agua y aparta a un lado a los que beben llevándola a su boca con las manos, y a otro lado los que se arrodillan para beber”. Y no fueron más que trescientos los que, sin arrodillarse, para no perder el tiempo, bebieron de sus manos; los demás se arrodillaron para beber con toda comodidad. Entonces el Señor dijo: “Con estos trescientos hombres os voy a salvar del enemigo. Que los demás se retiren”. Y Gedeón los dejó regresar a sus casas.

A los trescientos, en cambio, los dividió en tres grupos y, cuando había llegado la medianoche, dio a cada uno una trompeta y un cántaro vacío con antorcha encendida escondida adentro. Lue-



go les dijo: “Fijáos todos en mí y todo lo que me viéreis hacer, hacedlo también vosotros”. Todos, sigilosamente, se acercaron al campamento de los madianitas, que estaban sumidos en profundo sueño, y tomaron posición en derredor suyo. Gedeón luego entró por un lado, tocó su trompeta, rompió el cántaro, y agitó la antorcha gritando: “¡La espada del Señor y de Gedeón!”. Inmediatamente sus hombres hicieron lo mismo. Entonces las tropas de Madián se desconcertaron y gritando asustados echaron a correr, y en la confusión levantaron sus espadas unos contra otros sin darse cuenta. Entonces, al enterarse los israelitas de las demás tribus, de la victoria de los suyos, se levantaron como un solo hombre e interceptaron a los madianitas en su fuga desordenada, de manera que de ciento treinticinco mil de ellos, lograron regresar a su país sólo quince mil. E Israel tuvo paz durante muchos años.

Rut

En el tiempo en que Israel era gobernada por los Jueces, hubo una época de hambre en toda la región. Por eso, un hombre, natural de Belén, se mudó con su mujer y sus dos hijos al país de Moab. El se llamó Elimelec y su mujer Noemí. Cuando ya habían vivido largo tiempo en aquella tierra, Elimelec se murió y al cabo de diez años se murieron asimismo sus dos hijos, quienes se habían casado con mujeres moabitas. Entonces Noemí resolvió regresar a su patria y se fue, acompañada por sus dos nueras, llamadas Orfa y Rut. Cuando ya habían caminado largo rato, Noemí les dijo: "Andaos, regresad a vuestras casas. Que el Señor os trate con bondad, al igual que vosotras me habéis tratado a mí y a mis hijos". Pero se echaron a llorar, diciendo: "Iremos contigo a tu país". Pero Noemí contestó: "Regresad ahora, hijas mías, ¿para qué queréis venir conmigo? Yo soy pobre, y vuestra aflicción acrecentaría la mía". Entonces lloraron aún más amargamente, pero finalmente Orfa se dejó convencer, se despidió de su suegra con un beso y se volvió a su pueblo. Rut, en cambio, se quedó con Noemí, diciendo: "Iré a donde tú vayas y viviré donde tú vivas. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios. Moriré donde tú mueras y allí quiero ser enterrada". Entonces Noemí ya no quiso oponerse a su decisión y juntas siguieron su camino a Belén.

Llegaban cuando comenzaba la cosecha de la cebada. Y Rut dijo a su suegra: "Si te parece bien, iré al campo a recoger las espigas que los segadores dejan atrás". Noemí le contestó: "Anda, hija mía". Así lo hizo Rut, y Dios dispuso que justamente se dirigiera a un campo perteneciente a un hombre rico llamado Booz, que era de la parentela de Elimelec. En el curso del día el mismo Booz llegó y saludó a los segadores: "¡El Señor sea con voso-

tros!". Le contestaron: "¡Que El te bendiga!". Entonces vio a Rut y preguntó: "¿De qué familia es esa muchacha?". Le dijeron: "Ella es la moabita que vino con Noemí; pidió permiso para recoger las espigas detrás de los segadores, y desde la mañana hasta ahora ha trabajado sin haberse retirado ni por un momento a su casa".

Entonces Booz habló con amabilidad a Rut: "Escucha, hija mía, quédate aquí con mis criadas, y anda con ellas donde está la siega; a mis criados he dado orden de que nadie te moleste. Más bien, cuando tengas sed, ve adonde están las vasijas de agua, de donde la toman también mis criados". Y ella se inclinó profundamente ante él y le dijo: "¿Por qué tengo la suerte de haber encontrado gracia en tus ojos, siendo yo una extranjera?". El le contestó: "Me han contado todo lo que has hecho por tu suegra. ¡Quiera Dios pagártelo!". Y le dijo luego: "Cuando llegue la hora de comer, ven acá a comer y moja tu pedazo de pan en el vinagre, con nosotros". A la hora de comer, Rut se sentó junto a los segadores, comió lo que le dieron, después de separar y guardar una parte; y enseguida volvió a levantarse para respigar como antes, hasta que llegó la noche. Booz, entretanto, había dado orden a sus criados: "¡Dejen caer algunas espigas a propósito para que ella las recoja sin avergonzarse!".

Así que, cuando desgranó lo recogido en la noche, se halló con más de veinte kilos de cebada. Esta la llevó donde estaba su suegra, junto con lo que había separado de la comida. A la mañana siguiente y todos los días que duró la siega, Rut se juntaba con las criadas de Booz para espigar hasta que terminó la cosecha de la cebada y del trigo.

Poco tiempo después Booz habló a Rut: "Hija mía, todos en el pueblo saben que tú eres una mujer de virtud". Y se casó con ella. El Señor bendijo al matrimonio y les dio un hijo, llamado

Obed. Este llegó a ser el padre de Isaí y abuelo de David, de cuya stirpe habría de nacer el Salvador.

Samuel

En los tiempos que el sumo sacerdote Elí desempeñaba el cargo de Juez, vivía un matrimonio muy piadoso de nombre Elcana y Ana. Ana no tenía hijos y se sentía muy triste por este hecho. Una vez visitó el Tabernáculo del Señor que se encontraba en Silo y, derramando copiosas lágrimas, oró e hizo un voto diciendo: "Dios de las huestes celestiales, si te acordaras de mí y me diéras un hijo varón le consagraré a Tí por todos los días de su vida". El Señor se acordó de ella y le dio un hijo, a quien puso el nombre de Samuel, por haberlo pedido al Señor. Al cumplir el niño tres años, lo llevó a Silo y lo presentó a Elí para servir al Señor en su Tabernáculo, y Samuel sirvió al Señor, creció y no fue menos grato a Dios que a los hombres.

El mismo sumo sacerdote Elí tenía dos hijos. Eran muy malos, hasta el punto que impedían que los fieles hicieran sus sacrificios en forma debida; porque, cuando alguien iba a Silo a ofrendar un animal al Señor, metían su garfio en el caldero en que se cocía la carne y la sacaban para ellos mismos; incluso la robaban cruda con violencia antes de que se hubiera quemado la grasa en el altar para el Señor. Todo esto llegó a oídos de Elí, además de otras atrocidades que sus hijos hacían en el recinto sagrado. En efecto, les advirtió con palabras benignas, pero, siendo él ya muy viejo, no tuvo valor para castigarles cómo se lo merecían.

Y sucedió una noche que Elí estaba durmiendo en el antepatio del Tabernáculo y Samuel no lejos de él. He aquí que el Señor llamó: "¡Samuel, Samuel!". Este, creyendo que Elí le había llamado, se levantó enseguida, corrió a Elí y le dijo: "Heme aquí". Pe-

ro Elí le dijo: "Yo no te llamé, vuelve a dormir". Y él se volvió y se acostó, y el Señor volvió a llamar a Samuel. Este entonces corrió otra vez al lado de Elí diciendo: "Heme aquí. ¿Me llamaste?". Mas Elí le contestó de nuevo: "Yo no te he llamado. Vuelve a dormir". Poco rato después el Señor llamó por tercera vez a Samuel, y éste se levantó y vino a Elí. Entonces éste reconoció que había sido Dios que llamaba al joven y dijo: "Regresa y duerme, y si te llamare, contestarás: "Habla, Señor, porque Tu siervo escucha". Vino entonces el Señor y le llamó como las otras veces: "¡Samuel, Samuel!". Entonces, Samuel dijo: "Habla, porque Tu siervo escucha". Y el Señor le dijo: "Ya está cerca el día que he de castigar a Elí y a sus hijos, puesto que sabiendo lo indignamente que ellos se portan, él no les ha corregido". A la mañana siguiente Elí llamó a Samuel y preguntó: "¿Cuáles son las palabras que el Señor te habló? Te ruego que no me las encubras". Entonces Samuel le contó todo. Elí dijo con sumisa resignación: "El es el Señor. Haga lo que bien le pareciere".

Al cabo de unos años sucedió que los israelitas, que habían vuelto a alejarse del Señor, volvieron a sufrir los ataques de los filisteos. Se enfrentaron en batalla pero, apenas había empezado ésta, los israelitas huyeron ante los filisteos, los cuales mataron a unos cuatro mil de ellos. Entonces los ancianos de Israel dijeron: "Traigamos aquí el Arca de la Alianza en medio de nosotros para que nos salve del brazo de nuestros enemigos". Envió entonces el pueblo a Silo, y los dos hijos de Elí acompañaron al Arca del Señor al campamento. Pero los filisteos volvieron a atacar con doble ahínco y la derrota de los israelitas fue aún más grande. Cayeron treinta mil hombres, entre ellos los dos hijos de Elí. El Arca de la Alianza misma fue capturada. Al enterarse Elí de los tristes hechos se cayó de espaldas de la silla junto a la puerta y, quebrándose la cerviz, murió.

Tomaron los filisteos el Arca del Señor y la transportaron al templo de su ídolo Dagón. Mas al día siguiente, cuando se levantaron, hallaron que Dagón yacía boca abajo en el suelo delante del Arca de Dios. Además el Señor castigó a los filisteos con diversas plagas. Sus campos fueron destruídos por ratas e insectos, y en las ciudades y aldeas muchos se enfermaron y murieron. Después de esto los filisteos se asustaron sobremanera y dijeron: "No quede con nosotros el Arca del Dios de Israel porque no trae más que destrucción", y pusieron el Arca de la Alianza encima de un carro al que uncieron dos vacas para tirarlo y he aquí que éstas se encaminaron por el camino más directo a Betsames, de manera que el Arca estuvo de regreso en el país de los israelitas.

Entretanto habiendo muerto Elí, Samuel fue hecho Juez. Este reunió a los israelitas, les hizo presente todos sus pecados y les dijo: "Si regresáis de todo corazón al Señor, El os librá de la mano de los filisteos". Entonces, todos ayunaron y confesaron: "Hemos pecado ante el Señor". Entonces Dios se compadeció de ellos y les dio una victoria tan brillante sobre los filisteos que éstos no se atrevieron a cruzar las fronteras de Israel durante muchos años.

Institución de la monarquía — Saúl

Habiendo Samuel envejecido, los ancianos de Israel le dijeron: "Danos un rey que nos gobierne, como lo tienen todas las naciones". Esto desagradó a Samuel porque deseaba que Dios continuara siendo el único Rey. Mas el Señor mismo le habló: "Otrógales su petición, mas primero hazles ver los poderes que tendrá sobre ellos el rey". En esos días se presentó ante Samuel un hombre de la tribu de Benjamín llamado Saúl. Este era un joven hermoso y gallardo, cuya estatura sobrepasaba considerablemente a

los hombres de su pueblo. En cuanto Samuel le vio, el Señor le dijo: "Este es el varón del cual te hablé y que has de ungir príncipe sobre Mi pueblo". Entonces Samuel tomó una redomita de óleo, la vació sobre la cabeza de Saúl diciendo: "He aquí que el Señor te ha ungido como príncipe sobre Su pueblo de Israel". Luego lo presentó a todo el pueblo: "Aquí véis al que el Señor ha elegido. En todo el país no hay semejante a él". Y todo el pueblo gritó con alegría: "¡Viva el rey!".

Y Dios estuvo con Saúl y le dio victorias sobre todos los enemigos de Israel. Un día empero, Samuel dijo a Saúl: "Así habla el Dios de las Huestes: Tengo bien presente cómo los de Amalec se opusieron y atacaron a los israelitas por la retaguardia cuando subieron tan penosamente de Egipto. Ve pues y destrúyelos, pero no te apoderes de sus bienes". Saúl convocó a todo el pueblo y derrotó a los amalecitas, mas no acató las palabras del Señor, sino al contrario se apoderó de lo mejor del ganado y de las ovejas. Además, henchido de orgullo, se hizo levantar un arco triunfal. Cuando entonces Samuel fue al encuentro de Saúl, le dijo bien enfadado: "¿Qué es este mugido y balido que resuena en mis oídos?". Saúl trató de disculparse con las siguientes palabras: "He conservado las mejores ovejas y vacas para inmolarlas al Señor Dios". Mas Samuel respondió: "¿Es que el Señor no estima más que los sacrificios, el que se obedezca Su palabra? Por cuanto tú desechaste la palabra del Señor, El también te ha desechado a tí para que no sigas siendo rey sobre Israel".

El joven pastor David

Samuel había querido al rey Saúl de todo corazón. Por esto le dolió mucho que Dios lo hubiese desechado. Entonces Dios le



dijo cierto día: “Llena tu cuerno con aceite y anda a Belén donde vive Isaí, porque de entre sus hijos he elegido un rey”. Samuel fue a Belén y ofreció un sacrificio invitando a Isaí y a los hijos de éste. El hijo mayor, un hombre hermoso y de estatura grande, entró primero. Samuel pensó: “De cierto que delante del Señor está su ungido”. Mas el Señor habló: “No mires su presencia ni su estatura porque no es éste al que he escogido. Yo no juzgo por lo que aparece ante los ojos del hombre”. Luego Isaí presentó ante Samuel a sus otros seis hijos, uno por uno. Mas Samuel le dijo: “A ninguno de éstos ha elegido el Señor”, y añadió: “¿No tienes más hijos?” Isaí contestó: “Queda aún el menor que apacienta las ovejas”, y entonces Samuel dijo a Isaí: “Envía por él y tráelo aquí”. Cuando David llegó, el Señor dijo: “Levántate y úngelo

porque éste es”, y Samuel tomó el cuerno del aceite y ungió a David en medio de sus hermanos; y desde aquel día en adelante el Espíritu del Señor descendió sobre el joven.

De Saúl, en cambio, el Espíritu de Dios se apartó, y lo atormentaba un espíritu maligno que lo hacía caer en melancolía de tiempo en tiempo. Cuando los criados de Saúl se dieron cuenta de esto le dijeron: “Queremos buscar a alguien que sepa tocar el arpa para que toque ante tí y tengas alivio”. Uno de los criados añadió: “Yo conozco al hijo menor de Isaí de Belén que toca el arpa exquisitamente y que además es un joven valiente y prudente”. Así David vino a Saúl y éste llegó pronto a cobrarle mucho cariño y le hizo su escudero. Con esto, siempre que asaltaba el espíritu maligno a Saúl, tomaba David el arpa en su mano y Saúl se recreaba sintiendo mucho alivio.

Combate de David con el gigante Goliat

Una vez más los filisteos habían vuelto a arremeter contra los israelitas. Los dos ejércitos acamparon sobre un monte, uno situado frente al otro y el valle entre ellos. Salió entonces del campamento de los filisteos un gigante, de nombre Goliat. Este no sólo era más alto que otros hombres, sino también sumamente fuerte. En su cabeza llevaba un casco de bronce y sobre su cuerpo una coraza escamada que pesaba más de medio quintal. Tenía las piernas protegidas con placas de bronce y los hombros con un escudo del mismo metal; y el asta de su lanza era tan gruesa como el plegador de un telar. Este gigante vino a pararse delante de los escuadrones de Israel, gritando: “¡Escoged de entre vosotros un hombre que salga a combatir cuerpo a cuerpo! — Si él me ven-



ciere, nosotros seremos vuestros siervos; mas, si yo prevaleciere, vosotros nos serviréis a nosotros”. Y luego, al volver a su gente, se jactó: “¡Hoy he insultado al ejército de Israel!”. Y así salía y se burlaba mañana y tarde, día tras día durante cuarenta días, y tenía sumamente asustados a Saúl y todos los israelitas.

Ya que los tres hijos mayores de Isai habían seguido a Saúl a la guerra, David había regresado de la corte de Saúl a su casa. Un día su padre Isai le dijo: “Anda a ver a tus hermanos en el campamento, cómo están”. Así que David se encaminó y llegó donde estaban sus hermanos. Pero cuando aún se estaban saludando, salió Goliat del campamento de los filisteos, y volvió a burlarse de los israelitas. Y David exclamó: “¿Quién es este filisteo, que se permite insultar al ejército del Dios viviente?”. Y se presentó ante

Saúl diciendo: “¡No pierda nadie el ánimo a causa del filisteo! Yo, tu siervo, iré y pelearé contra él”. Mas Saúl dijo: “No tienes tú fuerza para resistirle, pues eres demasiado joven; y éste es hombre de guerra desde su juventud”. David por su lado replicó: “Yo apacentaba el rebaño de mi padre, y cuando venía un león o un oso y tomaba algún carnero de en medio de la manada, yo corría detrás de ellos y les quitaba la presa de entre sus dientes, y si se volvían contra mí, le echaba mano de la quijada y los ahogaba. Así que ahora quiero ir y quitar el oprobio de nuestro pueblo. El Señor, que me ha librado de las garras del león y del oso, me librará también de la mano de este filisteo”. Entonces dijo Saúl: “Anda entonces, y que el Señor sea contigo”.

Y Saúl lo vistió con su propia armadura, poniéndole casco de bronce y coraza. Pero David no pudo caminar con todo ese peso, porque nunca había hecho la prueba, y se desarmó. Tomó su cayado y escogió cinco piedras bien lisas del arroyo, y las puso en su zurrón de pastor, tomó su honda en su mano y se fue hacia el filisteo. Al verlo éste, dijo con mucho menosprecio: “¿Soy yo acaso un perro, para que vengas a mí con un palo? Atrévete a acercarte y daré tu carne a las aves del cielo y a las bestias de la tierra”. Mas David respondió: “Tú vienes a mí con espada, lanza y escudo. Pero yo salgo contra tí en el nombre del Señor de los ejércitos, al cual tú has insultado hoy”. Entonces el filisteo se acercó, y David se apresuró a sacar una piedra de su zurrón y la tiró con la honda, e hirió al otro en la frente con tanta fuerza que el filisteo cayó en tierra sobre su rostro. Y David corrió hacia él, y le sacó la espada de la vaina y con ella le cortó la cabeza. Y cuando los filisteos vieron muerto al más valiente de los suyos, huyeron. Los israelitas por su parte los persiguieron, mataron gran número de ellos y luego saquearon su campamento.

Intima amistad de Jonatán con David y envidia de Saúl

Cuando Saúl con David regresaron del campo de batalla, salieron las mujeres de todas las ciudades a recibirles danzando, con panderetas y sonajas, y cantaron: "Saúl ha muerto a miles, mas David a diez miles". Esto irritó a Saúl sobremanera y dejó de mirar a David con buenos ojos. Aconteció al día siguiente, que el espíritu maligno se apoderó otra vez de Saúl; y cuando David tocaba, como siempre, el arpa delante de él, Saúl le arrojó la lanza que tenía en la mano, intentando clavarle en la pared. Mas David pudo evadirla. Más tarde, Saúl le hizo jefe de mil hombres y prometió darle la mano de su hija Micol con tal que matara más de cien filisteos. Porque Saúl esperaba que así David caería en manos de ellos. Pero David dio muerte a doscientos filisteos y se ganó el afecto de todo el pueblo.

Esto despertó en Saúl la sospecha de que David pudiera aspirar al trono, y se amargaba cada día más. Su odio ciego le llevó hasta el punto de ordenar a Jonatán, su hijo, y a todos sus criados que matasen a David. Mas Jonatán amaba cordialmente a David y había hecho con él un solemne pacto de amistad; así que avisó del peligro al acosado inocente. Además dijo a su padre, al que encontró una vez con buen ánimo: "No hagas daño, oh rey, a David, puesto que ninguna cosa ha cometido contra tí, antes bien te ha hecho servicios importantísimos. El puso su vida voluntariamente en peligro matando al filisteo. ¿Por qué ahora quieres derramar su sangre inocente?". Saúl, aplacado por las palabras de Jonatán, hizo el juramento: "¡Vive el Señor, que no se le quitará la vida!". Entonces Jonatán llevó a David otra vez ante Saúl, y David se quedó en la corte de Saúl como antes.

Después surgió una nueva guerra, y salió David y venció a los filisteos. Otra vez el espíritu maligno vino sobre Saúl y éste volvió a arrojarle la lanza a David. Pero éste se esquivó, y huyó aquella noche. Cuando cierto tiempo después Jonatán intentó intervenir de nuevo ante su padre por la causa de David, Saúl se enfadó contra él y dijo: "Muy bien lo sé que tú prefieres al hijo de Isaf, para tu propia vergüenza y tu propio perjuicio; porque mientras que él esté con vida, no tendrás seguro tu reino. Envía más bien ahora mismo por él y tráemelo aquí para que muera". Jonatán replicó: "¿Para qué ha de morir? ¿Qué es lo que ha cometido?". A esto, Saúl agarró la lanza para atravesar a su propio hijo. Pero éste escapó del peligro, huyendo de la corte. Por lo sucedido, Jonatán reconoció claramente que Saúl estaba bien decidido a matar a David. Por esto salió a buscarle en su escondite para decirle que no debería regresar jamás, y besándose el uno al otro, lloraron juntos, y luego Jonatán dijo: "Vete en paz, lo que nosotros dos hemos jurado en Nombre del Señor, sigue vigente para siempre".

Generosa misericordia de David

David ya no estaba seguro de su vida en ninguna parte y se remontó a la sierra de Judá. Por todos lados estaba rodeado de peligro mortal. Pero David no desesperó. Se consoló con el pensamiento: "Quien vive bajo el amparo del Altísimo está protegido y no tiene por qué asustarse". Su confianza en Dios no fue defraudada. No sólo le salvó Dios de todas las persecuciones de parte de Saúl, sino El hasta puso la vida del mismo Saúl en manos de David, para poner a prueba la virtud de éste. David salió airoso de esta prueba.

A Saúl se le había informado que David vivía escondido en cierta colina, y Saúl se encaminó con tres mil hombres y fue a buscar a David. Enterándose éste del hecho, se acercó en secreto al lugar donde Saúl había acampado para dormir; y viendo que en todo el campamento reinaba silencio, entró David con su general Abisai y encontró a Saúl durmiendo en su tienda de campaña. Abner, el general de Saúl, y toda su gente estaban sumidos en sueño profundo. Entonces Abisai dijo a David: "Hoy Dios ha puesto a tu enemigo en tus manos. Déjame que lo clave en la tierra con un buen golpe, y no habrá necesidad de repetirlo". Mas David dijo: "¡No lo mates!, porque ¿quién podrá alzar sin pecado su mano contra el ungido del Señor? Toma más bien la lanza que está a su cabecera y el jarro de agua y dámelas; y vámonos". Así lo hicieron, y nadie se había dado cuenta. Después David se paró en la cumbre de su colina y desde allá despertó a Abner, llamándole y diciendo: "¡Abner! ¿Cómo es que no protegiste a tu señor, el rey? Busca su lanza y su jarro de agua que estaban a su cabecera. A ver si las encuentras". Saúl también se había despertado con la voz y llamó: "¿No es ésta tu voz, hijo mío David?". David respondió: "Sí, mi señor y mi rey. ¿Por qué continúas persiguiendo a tu servidor?; ¿Qué mal te he hecho?". Entonces Saúl reconoció su injusto comportamiento y dijo: "He pecado; vuelve, hijo mío David; de ahora en adelante ya no volveré a buscar tu daño. ¡Bendito seas, David, hijo mío!". Y cada uno siguió su camino en paz, sin volver a reunirse.

Saúl y Jonatán mueren en combate. Lamento de David por su muerte

Poco tiempo después se dio otra batalla entre los filisteos e israelitas en el monte Gelboé. Saúl, sintiendo que Dios le había

abandonado, entró al combate lleno de temor. Muchos israelitas cayeron, entre ellos también Jonatán y dos otros hijos más de Saúl. Por último, éste mismo, que combatió con un valor desesperado, fue herido gravemente por los flecheros del enemigo. Los filisteos se abalanzaron sobre él de todos lados para tomarlo prisionero. Entonces, ya sin esperanzas, se echó sobre su propia espada y murió.

David, con esto, quedó libre de su enemigo mortal. Pero con cariñosa magnanimidad, sólo recordó, al enterarse de la muerte de Saúl, las buenas cualidades de éste. Transido de dolor rasgó sus vestidos, y llorando dijo:

"La flor de Israel ha perecido sobre tus montañas.
¡Cómo han caído esos hombres heroicos!
No sea contada esta nueva en Get, ni en las
plazas de Ascalón; para que no se alegren las
mujeres filisteas, para que no salten de gozo las
hijas de esos paganos.

Oh montes de Gelboé, ya jamás caiga sobre vosotros
rocío ni lluvia; porque allí es donde fueron
arrancados y echados al suelo los escudos
de los valientes, donde fue arrojado el escudo de
Saúl como si no hubiese sido ungido con óleo.
Nunca erró la flecha de Jonatán, y jamás
regresó la espada de Saúl sin haberse empapado
de la sangre de los enemigos muertos.

Saúl y Jonatán, gloriosos y queridos en su vida,
no fueron separados en la muerte; más ligeros
eran que águilas, más fuertes que leones.

Hijas de Israel, llorad por Saúl quien os vestía

de escarlata y lino precioso, quien adornaba vuestras ropas con ornamentos de oro.

¡Cómo han caído los valientes en el combate!

¡En tus alturas fue muerto Jonatán!

¡Lloro por tí, hermano mío Jonatán!

Tanta dulzura me diste, más maravilloso me fue tu amor que el amor de las doncellas.

¡Cómo han caído esos valientes y han perecido los hombres de guerra!”.

Desde el reino de David hasta el cautiverio en Babilonia

David, el rey piadoso

Habiendo muerto Saúl, el pueblo de Israel eligió a David como rey. Este se estableció en Jerusalén y pronto se hizo famoso en todo el mundo; puesto que era sumamente valiente, y con ayuda de treinta héroes que eran sus vasallos, realizó hazañas incomparables. Con ayuda de éstos se impuso sobre los filisteos y otros tantos pueblos. Pero la gloria de su gobierno se acrecentó aun más a causa del esmerado cuidado que dedicaba al bienestar de sus súbditos. Porque le animaba una religiosidad fervorosa, ejercía derecho y justicia a todos, y se buscaba solamente tales consejeros que le ayudaban a gobernar su pueblo con justicia y sabiduría. Y con mayor ahínco aún, se esmeraba en fomentar la veneración de Dios en Israel.

Colindaba con la ciudad de Jerusalén un hermoso cerro nombrado Sión. En su cumbre hizo levantar David un tabernáculo precioso para albergar el Arca del Alianza del Señor. Cuando estaba listo, hizo conducir el Arca en una ceremoniosa entrada triunfal. Aparte de una multitud incontable le acompañaron todos los príncipes de Israel vestidos de púrpura, los sacerdotes en magníficos atuendos de celebración y no menos de tres mil hombres de guerra. El cortejo fue precedido y seguido de músicos tocando liras, cítaras, trompetas y tambores, y sistros y címbalos. Delante de los sacerdotes caminaba el mismo David, tocando su arpa.

Cantó: "Señor, ¿Quién permanecerá en Tu Tabernáculo, quién habitará en Tu santo monte? El que procede sin tacha, y obra jus-

ticia, que habla verdad en su corazón y no calumnia con su lengua, ni hace mal a su prójimo, ni admite reproche alguno contra su vecino. El que no comete fraude contra su prójimo, ni presta dinero con usura, ni recibe regalos en perjuicio del inocente". Cada vez que los levitas quienes cargaban con el Arca de Dios, habían dado seis pasos, David sacrificó un carnero y un buey engordado. Una vez dispuesta el Arca en el Tabernáculo, ordenó hacer sacrificios aún mayores.

También dividió los sacerdotes en veinticuatro órdenes que por la suerte tenían que hacer por turno el santo servicio. Para los levitas constituyó órdenes parecidas. De éstos eligió no menos de cuatro mil cantores, los que, turnándose, tenían el oficio de cantar cánticos sacros en alabanza a Dios y tocar toda clase de instrumentos. El mismo David siguió componiendo, como ya lo hacía en su juventud de pastor, poemas sagrados: Los salmos.

Un salmo de David *

El Señor es mi pastor; nada me faltará.

El me apacenta en verdes prados y me lleva a las fuentes de aguas cristalinas.

El conforta mi alma. Me guía por rectas sendas a causa de Su Nombre.

Aunque atravesase el valle de las tinieblas, no temeré mal alguno: porque Tú estás conmigo; Tu cayado y Tu vara me dan aliento.

Tú preparas delante de mí una mesa en presencia de mis enemigos; unges con óleo mi cabeza y haces rebasar mi copa.

El bien y Tu gracia me acompañarán todos los días de mi vida, y habitaré en la casa del Señor por siempre.

(*) Salmo 22 (23).



Oración de Moisés, varón de Dios *

Señor Dios, Tú eres nuestro refugio a través de todos los tiempos. Antes que fuesen hechos los montes y naciese la tierra y el orbe, Tú eres, oh Dios, desde siempre y para siempre.

Tú haces que los mortales vuelvan al polvo y dices: ¡Regresad, hijos de los hombres!

Porque mil años a tus ojos son como el día de ayer que pasó y como una sola vigilia nocturna.

Los haces pasar como llevados por el río: son como sueño matutino, como la hierba que verdea, que en la mañana florece y crece, y a la tarde es cortada, y se seca.

(*) Salmo 89 (90).

Porque Tu ira hace que seamos consumidos así, y Tu enojo, que fallezcamos así de repente.

Porque nuestros delitos has puesto a Tu Vista, y a la luz de Tu Rostro nuestros yerros ocultos.

Porque todos nuestros días declinan a causa de Tu ira, y nuestros años desvanecen como una palabra pasajera.

El total de nuestros años son setenta, y por excepción son ochenta; y vida buena ha sido, si los hemos vivido en trabajo y labor; porque pasan velozmente, como en vuelo. Pero ¿Quién pueda creer que Te enfadas tanto? ¿Y quién siente temor ante Tu rencor?

Enseñanos a considerar que hemos de morir, para que alcancemos sabiduría. Oh Señor, ¡vuélvete hacia nosotros y ten piedad de tus siervos! Cólmanos pronto con Tu gracia, y cantaremos y nos alegraremos toda nuestra vida.

Vuelve a alegrarnos, después de afligirnos tantos años, en que sufrimos tanta desgracia.

Manifiéstense Tus obras ante Tus siervos, y aparezca Tu gloria ante sus hijos.

Sea con nosotros la bondad del Señor nuestro Dios y haga prosperar la obra de nuestras manos. Sí, la obra de nuestras manos haga prosperar El.

Un salmo de acción de gracias *

¡Cantad alegres al Señor, todos los habitantes de la tierra!

¡Servid al Señor con alegría, acudid ante Su presencia, con júbilo! ¡Reconoced que el Señor es Dios: El nos hizo, y no nosotros mismos nos hicimos; Suyos somos, Su pueblo, ovejas que El apacenta!

(*) Salmo 99 (100).

¡Entrad por Sus puertas con acción de gracias y por Sus atrios con himnos de alabanza; alabadle, bendecid Su Nombre!

Porque el Señor es bondadoso, y Su misericordia perdura en toda eternidad, y Su verdad por todas las generaciones siempre.

Un salmo de David *

Bendice, alma mía, al Señor, y todo lo que está dentro de mí, bendiga Su Santo Nombre;

Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides ninguno de los beneficios que El te ha hecho.

El es quien perdona todas tus culpas, que sana todos tus defectos;

El que rescata tu vida de la destrucción, quien te corona de gracia y misericordia;

El que llena de bienes tu boca, para que se renueve tu juventud como la del águila.

Obras de justicia efectúa el Señor, devuelve su derecho a los oprimidos;

A Moisés manifestó Sus caminos; a los hijos de Israel, Sus obras;

Misericordioso y benigno es el Señor, lento para la ira y grande en clemencia;

No estará reñido todo el tiempo ni guardará ira para siempre:

No nos trata según nuestras iniquidades ni nos retribuye según nuestras culpas;

Pues cuánto se eleva el cielo sobre la tierra, así de inmensa es Su misericordia sobre los que Le temen;

Cuán lejos está el oriente del occidente, tan lejos retira de nosotros nuestros delitos;

(*) Salmo 102 (103).

Como se compadece el padre de sus hijos, así tiene piedad el Señor de los que Le temen;

Porque El conoce de qué nos hizo, tiene presente que somos polvo;

El hombre es en su vida cual la hierba; florece como la flor del campo;

Apenas le roza el viento, perece, y el lugar donde creció no se recuerda de ella;

Mas la misericordia del Señor es desde siempre y para siempre sobre los que le temen, y Su justicia sobre los hijos de sus hijos;

Sobre aquéllos que guardan Su alianza, y se acuerdan de Sus mandamientos para cumplirlos;

El Señor tiene establecido en el cielo Su trono;

Y Su reino gobierna todas las cosas;

Benedicid al Señor, vosotros Sus Angeles, héroes poderosos que cumplís Sus mandatos, para que todos escuchen la voz de Su Verbo;

Benedicid al Señor, todos Sus ejércitos, ministros Suyos que hacéis Su voluntad;

Benedicid al Señor, todas Sus obras, en todos los lugares de Su dominio;

¡Bendice, alma mía, al Señor!

Salmo de alabanza de Dios creador *

¡Bendice, alma mía, al Señor!

¡Señor, Dios mío, sumamente magnífico eres, vestido estás de majestad y de belleza!

Pura luz es la vestidura que Te cubre: extiendes los cielos como tapiz;

(*) Salmo 103 (104).

Tu estancia techas con agua; usas las nubes como Tu carroza y vuelas sobre las alas del viento.

Tú que envías a Tus Angeles cual vientos y a Tus ministros cual llamas de fuego;

Que fundaste la tierra sobre sus bases, que jamás será removida en toda eternidad.

Con el océano, como con vestido, la cubriste, y aguas cubrieron los montes.

Pero huyeron ante Tu represión; a la voz de Tu trueno, desaparecieron.

Se elevaron los montes, y los valles descendieron al lugar que Tú les estableciste.

Les pusiste un lindero que no han de franquear, no han de volver a cubrir la tierra.

Haces que broten manantiales que corren en arroyos entre los montes.

Para que beban todos los animales del campo y apaguen su sed los venados.

A sus orillas habitan las aves de los cielos y lanzan sus trinos entre el ramaje.

Tú riegas los montes desde Tus estancias en las alturas; con lo que Tus manos producen se colma de fruto la tierra.

Tú haces crecer pastos para el ganado, y el grano en beneficio del hombre y sacas el pan de la tierra;

Tú haces que el vino alegre el corazón del hombre y que su rostro brille del aceite y su corazón se fortifique con el pan;

Que los árboles del Señor se llenen de savia; los cedros del Líbano que El plantó.

Allí mismo anidan las aves, y las cigüeñas tienen su morada en las hayas.

Los altos montes son el refugio de las gamuzas, y las peñas mardiguera de los conejos.

Tú hiciste la luna para señalar los tiempos del año; el sol conoce su ocaso.

Extiendes las tinieblas para que venga la noche; en ella se mueven todas las bestias de la selva; los leoncillos que rugen tras la presa y buscan el alimento que Dios les da.

En cambio cuando sale el sol, se recogen y se acuestan en sus cuevas.

Y sale el hombre a su labor y a su labranza, hasta caer la noche.

¡Cuán numerosas e importantes son Tus obras, oh Señor! Todas ellas dispusiste sabiamente; llena está la tierra de lo creado por Tí.

He allí el mar, vasto y muy ancho, pululan en él seres innumerables, tanto grandes como pequeños.

Allí navegan las naves; y las ballenas que Tú creaste para que jugasen en él.

Todos esperan de Tí, que les des su alimento a su tiempo. Cuando les das, recogen; cuando abres tu mano, se sacían de bien.

Si escondes Tu Rostro, se turban; les quitas el aliento, dejan de ser y vuelven al polvo.

Si exhalas Tu Espíritu, son creados, y Tú renuevas la faz de la tierra.

La gloria del Señor es sin fin; el Señor mira con complacencia Sus obras. Con mirar la tierra, la hace temblar, con tocar los montes, humean.

Cantaré al Señor mientras viva, a mí Dios cantaré salmos hasta el fin de mis días.

Séanle agradables mis palabras. Regocijo en el Señor.
Desaparezcan los pecadores de la tierra y dejen de ser los impíos.

¡Bendice, alma mía, al Señor! ¡Aleluya!

Un cántico gradual *

Alzaré mis ojos a los montes, de donde vendrá mi socorro. Mi socorro vendrá del Señor, que creó los cielos y la tierra.

No permitirá que tu pie resbale; y no duerme El que te guarda.

He aquí, que el custodio de Israel no duerme ni se adormece jamás.

El Señor te protege, El es tu sombra a tu diestra,

A que de día el sol no te haga daño, ni la luna de noche.

El Señor te guarde de todo mal; El guarde tu alma.

El Señor guarde tu salida y tu entrada, desde ahora y para siempre.

Cántico de alabanza *

¡Aleluya!

¡Alabad, oh cielos, al Señor, alabadle en las alturas!

¡Alabadle, todos Sus Angeles, alabadle, todos Sus ejércitos!

¡Alabadle, sol y luna, alabadle, brillantes estrellas, todas!

¡Alabadle, cielos tras cielos, y las aguas que están arriba en los cielos!

Todo alabe el Nombre del Señor; porque El manda, y todo es creado.

(*) Salmo 120 (121).

(*) Salmo 147 (148).

Todo lo sostiene siempre y en eternidad;
A todos da su ley de la que no han de apartarse.

¡Alabad al Señor los de la tierra, y las ballenas y los de las profundidades del mar;

Y el fuego, el granizo, la nieve y neblina, y los huracanes portadores de Su Palabra;

Montes y todos los collados, árboles frutales y cedros, todos;

Todos los animales, fieras o de trabajo, reptiles y aves;

Reyes de la tierra y todos sus pueblos, príncipes y todos los jueces en la tierra;

Jóvenes y doncellas también, ancianos junto con los niños!

¡Alaben todos el Nombre del Señor, porque sólo Su Nombre es excelso, Su Gloria se extiende hasta los confines de los cielos y la tierra,

Y El exalta el poderío de Su pueblo!

¡Alábenle todos Sus Santos, los hijos de Israel, el pueblo elegido por El!

¡Aleluya!

Otro cántico de alabanza *

¡Aleluya!

¡Alabad al Señor en Su santuario!

¡Alabadle en el firmamento de Su poderío!

¡Alabadle por Sus proezas, alabadle por Su majestuosa grandeza!

¡Alabadle con trompetas, con el son de salterio y cítaras;

¡Alabadle con el tímpano, con las danzas; con instrumentos de cuerda y de viento!

(*) Salmo 149 (150).

¡Alabadle con címbalos resonantes; alabadle con el sonido melodioso de los címbalos!

¡Todo lo que respire alabe al Señor!

¡Aleluya!

Rebelión de Absalón y su castigo

Por desgracia David no cuidó con bastante esmero su virtud, de modo que un día cayó en pecados muy graves. Por esto el Señor envió al profeta Natán a David para hacerle presente sus grandes culpas. Entonces David confesó lleno de remordimiento: "He pecado contra el Señor". A esto contestó Natán: "El Señor ha remitido tu pecado. Mas ha de morir tu hijo menor". A este castigo el Señor añadió otros más, y David soportó todos con humildad y resignación. Además se impuso voluntariamente penitencia rigurosa.

El mayor castigo lo recibió a través de su hijo descastado Absalón. Este era el hombre más hermoso en todo el pueblo de Israel; desde la planta de sus pies hasta la coronilla de su cabeza no había en él el menor defecto. Sobre todo tenía una preciosísima cabellera larga. Para causar sensación, se equipó de carrozas veloces y se rodeó de jinetes y cincuenta hombres que corriesen delante de él. Y todas las mañanas se sentaba al lado de la puerta del palacio real, y a cualquiera que tenía pleito y quería llevarlo ante el juzgado del rey, Absalón le interrogaba con suma amabilidad e interés, y finalmente decía: "Tu asunto me parece bueno y justo; mas la lástima es que no hay persona puesta por el rey para oírte. ¡Oh, si a mí me pusieran como juez en esta tierra, yo les haría justicia a todos como corresponde!". Y cuando la persona, movi-

da por tanta simpatía, quería echarse a sus pies, Absalón extendía la mano, le abrazaba y besaba. De esta manera pérfida se ganaba los corazones de los israelitas.

Un día, convencido ya de tener a todos de su lado, se acercó al rey, su padre, y dijo: "Permítame ir a Ebrón, a cumplir con un voto que tengo hecho al Señor". David, sin sospechar nada malo, contestó: "Anda en paz". Absalón, empero, envió desde Ebrón, mensajeros por todas las tribus de Israel, diciendo: "Cuando oigáis el sonido de las trompetas diréis: Absalón ha sido alzado rey en Ebrón". Así surgió una conspiración activa, y el pueblo, obcecado, acudió de todas partes y se reunió en torno a Absalón. Cuando esto fue comunicado a David, éste dijo a todos sus servidores: "Huyamos, antes de que se arroje Absalón sobre nosotros y perezcamos con toda Jerusalén". El rey salió entonces con toda su gente de Jerusalén, cruzando el torrente del Cedrón y subió la cuesta de los Olivos, llorando, tapada la cabeza y con los pies descalzos. Mas cuando de allá prosiguió su huída, le salió al encuentro un hombre de la casa de Saúl, llamado Simet. Este arrojaba piedras contra David, maldiciéndole y diciendo: "¡Fuera, fuera, hombre sanguinario!". Enfadado de tanta maldad, Abisai dijo al rey: "¿Por qué maldice este sinvergüenza a mi señor el rey? Te ruego me dejes ir a cortarle la cabeza". Mas el rey respondió con serenidad y sumisión: "Déjale que maldiga. Quizás el Señor se apiadará de mi desdicha, y me dará bien por las maldiciones que este día recibo".

Luego David atravesó con su gente el río Jordán. Pero al perseguirle Absalón con su ejército, David pasó revista a su gente y se preparó para el combate, diciendo: "Yo también saldré con vosotros a combatir". Le respondieron: "No debes venir de ningún modo; puesto que aunque muriera la mitad de los nuestros, no habría pasado gran cosa; pero tú, solo, vales por diez mil". Así

que el rey se quedó atrás, mas ordenó a Joab y todos los generales: "Tratad benignamente por amor de mí, al joven Absalón".

Dentro de un extenso bosque se libró la batalla, y fue derrotado el ejército de Absalón. Este intentó escapar, sentado en un mulo. Y entrando el mulo por debajo de una frondosa encina, quedó Absalón enredado con sus largos cabellos entre las ramas, y el mulo en que iba siguió adelante, quedando él colgado entre el cielo y la tierra. Vióle un hombre y avisó a Joab. Entonces éste tomó tres dardos, corrió hacia la encina y los clavó uno por uno en el ingrato corazón de Absalón. Luego fue arrojado su cadáver en un gran hoyo, y sobre él levantaron un montón altísimo de piedras. Un mensajero fue corriendo a llevar a David la buena nueva de la victoria. Preguntó David: "¿El joven Absalón está vivo y sano?". El mensajero replicó: "¡Tengan la suerte de ese joven todos los enemigos de mi rey!". Entonces el rey se llenó de tristeza, echó a llorar y exclamó: "¡Hijo mío Absalón, Absalón, hijo mío!". Cuando después regresó a Jerusalén, todo el pueblo fue a su encuentro y lo condujo en triunfo hacia la ciudad.

Ultimas disposiciones y muerte de David

Tenía David treinta años cuando subió al trono de Israel, y reinó cuarenta años. Entonces llegó el tiempo que había de morir. Y convocó a todos los príncipes y caudillos de Israel y dijo: "¡Escuchen todos, mis hermanos y mi pueblo!: Yo tenía el deseo de edificar una casa al Señor e hice traer de todo para la construcción de ese templo. Pero el Señor me dijo: 'Tú no puedes levantar mi casa, a causa de toda la sangre que derramaste en tus guerras. Salomón, tu hijo, en cambio, ha de edificar el Templo al

Nombre Mío. Y yo consolidaré su reino, si observa con constancia mis mandamientos!— Así que os aconsejo a todos, no enflaquecer en el cumplimiento de los mandatos de Dios. Mas tú, Salomón, hijo mío, reconoce al Dios de tu padre y hazle servicio con alma obediente; porque todos los corazones sondea el Señor, y todos los pensamientos del hombre comprende. Si tú Le buscas, Le vas a encontrar; pero si tú te apartas de El, El ha de rechazarte para siempre”.

Luego David entregó a su hijo oro y plata destinado a la confección de los envases sagrados, y el plano del Templo con todos los edificios y atrios anexos, diciendo: “Así me lo ha grabado la mano del Señor en mi corazón. Construye entonces el Templo Sagrado, y Dios estará siempre contigo”.

Después se dirigió a todos: “La obra es grande; porque no al hombre está destinada la morada, sino al mismo Dios. He preparado conforme a mis fuerzas todo lo que es menester para la edificación de la casa de mi Dios: oro y plata para las vasijas cúllicas; bronce, fierro, oro, toda clase de piedras preciosas y mármol en grandes cantidades. Colmad entonces vosotros también vuestras manos de regalos, para ofrendarlos al Señor”.

Entonces, todos los príncipes y todo el pueblo ofrendaron de todo para la obra del Templo de Dios, con alegría en el corazón. David tenía muchísimo gusto al verlo y dijo: “Bendito seas Tú, Señor Dios de Israel, desde siempre y para siempre. Tuyo es todo; lo que hemos recibido de Tu mano, esto Te devolvimos. ¡Guarda, oh Señor, en adelante siempre esta espontaneidad de sus corazones y permíteles continuar leales a tu servicio! También a Salomón, mi hijo, ¡dona un corazón perfecto para que no deje de observar tus mandamientos!”. Luego, expiró.

Oración y sabio fallo de Salomón

Muerto David, Salomón ascendió al trono. Amó al Señor y anduvo en los caminos de Dios que su padre le había enseñado. Y una noche se le apareció el Señor en sueños y le dijo: “Pide lo que quieras que Yo te otorgue”. Salomón respondió: “Tú, oh Señor mi Dios, Tú me has puesto a mí, Tu siervo, por rey, que no soy más que un joven débil y sin experiencia en el gobierno. Dame entonces, un corazón dócil para aprender a hacer justicia entre Tu pueblo, y discernir entre lo bueno y lo malo”. Esta oración agradó bastante al Señor y El dijo: “Porque has hecho esta petición, y no pediste larga vida, ni riquezas, ni la caída de tus enemigos, sino sólo sabiduría para discernir lo justo, verás que Yo otorgaré tu pedido, dándote un corazón sabio y entendido, tanto que ni antes de tí haya habido semejante ni lo habrá en el futuro. Pero aún lo que no pediste, te lo daré: A saber, riquezas y gloria. Y si, tal como lo ha hecho tu padre David, observares mis preceptos y mis leyes, te concederé además una larga vida”.

En aquel tiempo vinieron a Salomón dos mujeres, para que dictara fallo en el pleito que tenían una con otra; porque todo el mundo tenía permiso de acercarse a su trono. La primera dijo: “Yo y esta mujer vivíamos solas en una misma casa. Teníamos las dos un niño de pecho. Y una noche murió el hijo de esta mujer, porque ella, en su sueño, lo aplastó. Entonces se levantó a media noche en silencio, me quitó a mi hijo de mi lado, estando yo dormida, y lo cambió por su hijo muerto; y cuando yo me levanté de madrugada, tenía un niño muerto a mi lado. Pero mirándolo bien de día, encontré que éste no era mío”. La otra mujer interrumpió: “No es como tú dices, sino que tu hijo murió y el mío está con vida”. Y la otra volvió a decir: “Tú mientes, porque mi hijo vive y es el tuyo el que murió”. Así discutían en presencia del rey. Salo-

món entonces dijo: "Que se traiga una espada", y cuando se había cumplido la orden, mandó: "Partid por medio al niño vivo y dad la mitad a la una y la otra mitad a la otra mujer". Mas oyendo esto, la verdadera madre del niño vivo, se asustó horriblemente y exclamó llena de temor: "¡Te ruego, oh señor, entregarle a ella el niño entero, y no matarlo!". En cambio la otra dijo: "Divídase, que no sea ni tuyo, ni mío". Entonces, el rey pronunció la sentencia:

"A la primera, dad el niño, vivo, y no lo matéis, pues ella es la madre".

Divulgóse por todo el país la sabia sentencia dada por el rey, y se llenaron todos de un respetuoso temor hacia Salomón, viendo que la sabiduría de Dios estaba en él y en sus fallos.

Construcción e inauguración del Templo

En el cuarto año de su gobierno, comenzó Salomón a edificar en el monte Moria en Jerusalén, la Casa del Señor. Envió mensajeros al rey Hiram de Tiro, rogándole hacer cortar cedros del Líbano para la construcción del Templo. Y el rey Hiram le mandó madera de cedro y de abeto conforme tenía menester Salomón, y los dos hicieron una alianza recíproca.

El Templo fue edificado según el modelo del Tabernáculo, sesenta codos de largo y veinte de ancho, y treinta codos de alto. Fue construido completamente en piedras labradas de antemano y no se escuchó en la obra ruido de martillo ni de hacha. Interiormente todas las paredes y los techos se revistieron con artesonados de cedro cubiertos de pan de oro, con querubines, palmas y flores esculpidos en la madera. El piso se hizo de planchas de oro clavadas con clavos del mismo metal. En el oráculo hubo dos figuras de querubines hechos de madera de olivo; su altura era de

10 codos y midieron desde la punta de un ala hasta la punta de la otra, también 10 codos. También se les revistió de arriba abajo con pan de oro.

Cuando Salomón al cabo de siete años hubo concluido la edificación, reunió a todos los ancianos de Israel y los príncipes de las tribus para trasladar en procesión solemne el Arca de la Alianza del Señor, desde el sitio donde hasta entonces había estado, al Templo.

Ellos marcharon delante del Arca con devoción y regocijo, sacrificando en el camino tal cantidad de ovejas y bueyes que no se pudieron contar ni estimar. Los levitas hicieron sonar címbalos, arpas y cítaras y 120 sacerdotes tocaron las trompetas. Y todos levantaron su voz, que resonó lejos a la redonda, y cantaron:

"Alabad al Señor; porque El es benigno, y Su misericordia perdura en eternidad". Cuando finalmente había arribado el Arca de la Alianza ante el Templo, fue acompañada por los sacerdotes al lugar santísimo, el oráculo, quedándose todo el pueblo afuera. Y enseguida una nube llenó la casa del Señor. Y Salomón se arrodilló ante el altar de los holocaustos, levantó las manos hacia el cielo y oró: "Oh Señor, Dios de Israel, sabido es que nada en los cielos arriba o en la tierra aquí abajo puede compararse a Tí. Si ya los cielos, si los altísimos cielos, no pueden abarcarte, ¿cuánto menos esta casa que yo he levantado? Sin embargo, la he edificado con la esperanza que Tú escucharas los himnos y plegarias de los Tuyos en este lugar con especial cariño. ¡Quieras mostrarte propicio con cada uno que en él eleva sus oraciones hacia Tí!

Esplendor de Salomón — Su Fin

Salomón hizo construir —además del Templo del Señor— un palacio de insuperable magnificencia para sí mismo. Su trono fue

hecho de marfil, cubierto de oro puro; este trono tenía seis gradas, que tenían a ambos lados leones de oro. Asimismo había hecho fabricar trescientos escudos de oro batido, que colgó en las paredes de su palacio. Del mismo modo, todas las copas de las cuales bebía Salomón y toda la vajilla y demás utensilios de palacio, todo era de oro puro. Porque en tiempo de Salomón, la plata ya no era apreciada, puesto que sus naves traían de países lejanos abundancia de metales preciosos además de marfil y otras cosas valiosas.

Fundó gran cantidad de ciudades, restauró otras y embelleció y fortificó Jerusalén en tal forma que, con muy pocas excepciones, excedió en brillo a todas las ciudades del mundo de aquellos tiempos. Reinó desde el río Eufrates hasta los confines de Egipto: alrededor del país hubo paz de parte de los vecinos, y cada cual vivía sin temor debajo de su vid y su higuera. Reyes y pueblos de todas partes rindieron homenaje a Salomón. La reina de Saba en persona vino desde muy lejos para ver su esplendor y escuchar su sabiduría. De tal manera Salomón sobrepasó en riquezas y sabiduría a los demás reyes del orbe.

Pero cuanto más glorioso había sido el comienzo y los años intermedios del reinado de Salomón, tanto más triste fue su fin. Cuando él ya era viejo, su corazón se corrompió. Salomón, hasta entonces tan sabio, cayó en tan profundo pecado que daba culto a los ídolos y les hizo erigir templos. Por lo tanto, el Señor se enojó contra él y dijo: "Porque te has portado así, dividiré tu reino y lo daré a un siervo tuyo. Sólo dos tribus daré a tu hijo, por amor a David, tu padre". En efecto, desde el momento se alzaron varios pueblos contra el rey y aumentaron la rebelión y las insurrecciones, puesto que en su obcecación, Salomón agravó el yugo de sus súbditos. Y en medio de esas calamidades Salomón murió.

División del reino

Después de morir Salomón, toda la congregación de Israel buscó a su hijo Roboam y le habló así: "Tu padre nos impuso un yugo pesadísimo. Suavízalo tú ahora en algo, y te rendiremos vasallaje". Respondióles Roboam: "Retiráos por ahora y volved a mí dentro de tres días". Luego conferenció con los consejeros ancianos de su padre y preguntó: "¿Qué me aconsejáis vosotros que yo responda a este pueblo?". Y le contestaron: "Si tú te muestras ahora complaciente con este pueblo y condesciendes a sus ruegos, hablándoles con dulzura, serán para siempre vasallos tuyos". Mas Roboam desatendió el consejo de los ancianos y consultó a los jóvenes que se habían criado con él en lujuria, y éstos le dijeron: "Dile a este pueblo: si mi padre os impuso un yugo pesado, yo aumentaré aún su peso; si él os castigó con azotes, yo os castigaré con escorpiones".

Así que, presentándose el pueblo al tercer día otra vez, delante de Roboam, le habló según el consejo de los jóvenes frívolos. Escuchando el pueblo tales palabras duras, le replicó: "¿Qué tenemos nosotros que ver con Roboam?". Y las diez tribus de Israel eligieron como rey a Jeroboam, que anteriormente había servido a Salomón. Y a Roboam no le siguieron más que las dos tribus de Judá y de Benjamín. A partir de entonces quedó dividido el pueblo del Señor en dos reinos, Israel y Judá. Jerusalén continuó siendo la capital del reino de Judá. La capital de Israel llegó a ser más tarde, Samaria.

Las tristes consecuencias de la desunión se manifestaron enseguida: Jeroboam, rey del reino de Israel, se dijo para sí: "Si este pueblo sube a Jerusalén a ofrecer sus sacrificios en el Templo del Señor, su corazón se volverá hacia su señor Roboam, y todo el reino será otra vez de la casa de David". Para evitar que así suce-

diera, colocó dos becerros de oro, el uno en Betel en el Sur, y el otro en Dan en el Norte, y dijo al pueblo: “¡No subáis ya a Jerusalén! He aquí tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto”. Así indujoles a la idolatría, puesto que efectivamente, el pueblo fue a adorar a los becerros. Por el otro lado, Roboam rey del reino de Judá, no pudo consolarse de la pérdida de las diez tribus, de modo que en toda su vida no dejó de hacerle guerra a Jero-boam. Y lo mismo siguieron haciendo sus sucesores. Hasta pidieron a menudo ayuda a los pueblos de gentiles, extranjeros, para combatirse uno con el otro. La mayor parte del tiempo hacían, además, mal ante los ojos del Señor e inducían a sus súbditos a los más diversos pecados y vicios. En su inmoralidad también los reyes de Judá no tardaron mucho en entregarse a la idolatría, arrastrando por su mal ejemplo también a los habitantes de Judá.

Misión de los profetas. Dios envía a Elías

Para lograr un cambio en la conducta abominable de los reyes y de su pueblo, Dios suscitó de vez en cuando hombres santos, los profetas. Con admoniciones enérgicas éstos exhortaban a cambiar de rumbo y hacer penitencia, y confirmaban su misión divina por medio de hechos milagrosos de gran impacto. Dios les revelaba asimismo mucho de lo futuro, sobre todo en cuanto al Salvador venidero, de cuyo nacimiento, vida, sufrimiento y glorificación predecían todas las circunstancias en detalle.

Uno de estos profetas era Elías, que vivió en los tiempos de Acab, rey de Israel. Ninguno de los predecesores de éste había hecho tanto mal como él. Hasta tomó por mujer a una idólatra de nombre Jezabel; erigió un templo al ídolo de ésta, Baal, y llamó a cuatrocientos cincuenta sacerdotes para servirle, después de haber

mandado matar a los sacerdotes del Señor. Entonces Elías se presentó delante del rey y le dijo: “Vive el Señor Dios de Israel, en cuyo servicio estoy, que no habrá lluvia ni rocío en estos años, sino hasta que yo lo dijere”. Acab se irritó sobremanera de estas palabras y atentó contra la vida de Elías. Por esto el Señor dijo a Elías: “Sal de aquí y escóndete en el arroyo de Querit, que está frente al Jordán. Beberás del arroyo; y he dado orden ya a los cuervos, que te lleven allí de comer”. Elías obedeció a la palabra del Señor, y por la mañana y por la noche los cuervos le traían pan y carne a diario; y bebía del arroyo.

Mas después de pocos días se secó también el arroyo por falta de lluvias. Y el Señor dijo a Elías: “Anda y vete a vivir en Sarepta, en país de los sidoneos. Porque Yo he dado orden allí a una mujer viuda que te sustente”. Enseguida Elías fue a Sarepta, y al llegar a la puerta de la ciudad se encontró con una mujer viuda que andaba recogiendo leña. Y muriéndose casi de sed, Elías la llamó, diciendo: “¡Te ruego traerme un poco de agua para beber!”. Y yendo ella a traérsela, volvió a llamar para añadir: “Te ruego que me traigas también un bocado de pan”. Ella respondió: “Vive el Señor que pan no tengo ya; solamente me quedó un puñado de harina en la tinaja, y un poquito de aceite en una jarra; he aquí que estoy recogiendo unos palitos de leña para prepararlo para mí y para mi hijo, para comer y luego morir”. Elías entonces le dijo: “¡No te preocupes! Anda y haz tal como dijiste; pero hazme primero a mí de ello un panecillo, y después lo harás para tí y para tu hijo. Porque el Señor Dios de Israel dice así: No escaseará ni el aceite en la jarra ni la harina en la tinaja hasta el día en que el Señor haga llover”. Y se fue la mujer para hacer según las palabras de Elías; y de allí en adelante no escaseó la harina ni menguó el aceite de la jarra.

Cierto día, empero, aconteció que el hijo de la viuda se enfermó y murió. Entonces, Elías clamó al Señor diciendo: “¡Señor mi Dios, te suplico, haz volver el alma de este niño a él!”. Y el Señor prestó oídos a la plegaria, y el alma del niño volvió a entrar en su cuerpo. Llena de regocijo la madre exclamó: “Ahora puedo reconocer que tú eres varón de Dios, y que verdaderamente la palabra del Señor está en tu boca”.

El sacrificio de Elías

Al cabo de tres años y seis meses sin lluvia alguna el Señor ordenó a Elías: “Anda y vuelve a presentarte ante Acab, porque yo voy a enviar lluvias a la tierra”. Elías obedeció. Cuando Acab le vio, le dijo lleno de cólera: “¿Acaso no eres tú él que atrae tanta desgracia sobre Israel?”. Mas Elías replicó: “Yo no, sino tú y toda la casa de tu padre, quienes os habéis apartado de los mandamientos del Señor y adorado a los ídolos. No obstante, manda ahora reunir a todo Israel en el monte Carmelo, y a los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal”. Acab hizo según le ordenó Elías, puesto que le acosaba tan seriamente el hambre; y también Elías mismo subió al monte Carmelo.

Aquí se dirigió a todo el pueblo y dijo: “¿Cuánto tiempo ya estáis cojeando hacia dos lados? Si el Señor es Dios, seguidle; y si lo es Baal, seguid a Baal”. El pueblo no le respondió palabra, porque se sintió molesto. Entonces Elías volvió a hablarles: “Yo soy uno nada más; en cambio los profetas de Baal son cuatrocientos cincuenta. Que se nos traiga ahora dos bueyes: Que aquéllos escojan uno de los dos, lo degüellen y lo pongan sobre la leña de su altar, sin prenderle fuego; yo sacrificaré el otro buey y lo pondré sobre la leña, y tampoco no le pondré fuego. Entonces invocad vosotros los nombres de vuestros dioses, y yo invocaré el Nombre



de mi Señor; y aquel Dios que escucha la invocación y manda fuego, ése sea tenido por el verdadero Dios. El pueblo entero respondió: “¡Excelente proposición!”.

Los sacerdotes de Baal, ataviados ceremoniosamente y adornadas sus cabezas con coronas de follaje, tomaron uno de los bueyes, lo inmolaron, erigieron un altar, saltaron en torno a éste, y no cesaban de gritar de la mañana hasta el mediodía: “¡Baal, escúchanos!”. Pero no había quien respondiese. Y Elías, burlándose de ellos, dijo: “¡Gritad más fuerte porque Baal quizás está en conversación con alguno, o está de viaje, o, quien sabe, durmiendo; gritad pues, para que despierte!”. Y ellos gritaban más fuerte sajándose, según su rito, con cuchillos y lancetas, hasta llenarse de sangre. Así proseguían hasta caer la tarde. Pero Baal no atendió a sus oraciones.

Entonces habló Elías, diciendo a todo el pueblo: "Acercáos a mí". Y delante de todos tomó doce piedras para edificar el altar, y alrededor hizo una reguera, partió el buey en pedazos que puso sobre la leña. Luego hizo vertir agua sobre el holocausto y sobre la leña, hasta que el agua corrió alrededor del altar y quedó la reguera llena. Entonces Elías se acercó al altar y oró: "Señor, muestra hoy que Tú eres el Dios de Israel y que yo, Tu siervo, he hecho todo esto a mandato Tuyo. Oyeme, ¡Oh Señor! Escúchame a fin de que sepa este pueblo que Tú eres Dios y se convierta de nuevo a Ti". Y de repente cayó fuego del cielo y devoró el sacrificio y la leña y las piedras y aún consumió el agua en la reguera. Viendo esto el pueblo, todos se postraron sobre sus rostros, diciendo: "El Señor es el Dios verdadero, el Señor es Dios".

Luego Elías subió a la cima del Carmelo, se arrodilló inclinándose hacia la tierra y se puso a orar. Y he aquí que subía una nubecilla pequeña del mar. Al poco tiempo el cielo se oscureció y empezó a caer un torrente de lluvia.

El pecado de Acab y Jezabel y su castigo

Acab tenía también en Jezrael un palacio. Cerca de éste un hombre llamado Nabot, tenía una viña. Un día le dijo Acab: "Dame tu viña, que quiero hacerme una huerta, estando como está, tan cerca de mi palacio. Te daré en cambio otra viña, o, si así lo prefieres, el dinero que vale". Mas Nabot le respondió: "¡Dios me libre de venderte la herencia de mis padres!". (Puesto que, de acuerdo con la ley de Moisés es prohibido vender la heredad paterna). A esto Acab bramó de cólera e indignación, y echándose sobre su cama, volvió su rostro hacia la pared y no quiso comer nada.

Entró a verle Jezabel, su mujer, y le preguntó: "¿Por qué estás tan afligido y no quieres comer?". Acab le contó lo sucedido y

ella se mofó diciendo: "¡Vaya que es grande tu autoridad de rey! Levántate y toma alimento, y sosiega tu ánimo, que yo te daré la viña". Y Jezabel se sentó a escribir una carta a los principales de la ciudad: "Sobornad a unos cuantos hombres sin conciencia a que den contra Nabot este falso testimonio: '¡Ha blasfemado contra Dios y contra el rey!'. Después sacadle fuera y apedreadle hasta que muera". Ellos hicieron conforme había mandado y el inocente Nabot fue apedreado y los perros lamieron su sangre.

Cuando Jezabel supo que se había cumplido su orden, dijo a Acab: "Toma ahora posesión de la viña de Nabot puesto que ya no vive". Y Acab bajó a la viña de Nabot; más he aquí que salió a su encuentro Elías por orden del Señor y le dijo: "Así habla el Señor: Cometiste un homicidio y usurpaste lo que no era tuyo. En este mismo lugar en que los perros lamieron la sangre de Nabot, lamerán también tu sangre. Mas a Jezabel se la comerán los perros en el campo de Jezrael".

Estas palabras de Elías iban a cumplirse al pie de la letra. Tres años más tarde Acab fue herido a muerte en una batalla. Para que los suyos no perdieran el ánimo, aguantó hasta la tarde, habiendo corrido la sangre hasta el fondo de su carroza. Murió; y cuando al día siguiente se lavó su carroza, los perros estaban lamiendo su sangre. Al cabo de cierto tiempo fue proclamado rey un hombre llamado Yehú. El llegó a Jezrael, y Jezabel, informada de su llegada, se pintó la cara, se adornó la cabeza y se puso a mirar por la ventana cómo entraba Yehú por la puerta de la ciudad. Al verla, Yehú dijo a los cortesanos que estuvieron a su lado: "Arrojadle desde ahí abajo", y lo hicieron. Quedó la pared salpicada con su sangre, y los pies de los caballos terminaron de destruirla, y vieron los perros y la comieron. Cuando Yehú después de comer dio orden de sepultarla, ya no se encontró otra cosa que su calavera, las manos y los pies.



Elías en el desierto y en el monte Horeb

Elías huyó al desierto para escaparse de las amenazas de Jezabel; se sentó debajo de un enebro y rogó: "Bástame ya, Señor, llévate ya mi alma". Y se tendió y se quedó dormido debajo del enebro, cuando el Ángel del Señor le tocó y dijo: "Levántate y come". Y vio a su cabecera un pan preparado y una jarra con agua. Y se levantó, comió y bebió, y confortado por aquella comida, caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta llegar al monte Horeb. Y se paró sobre el monte en presencia del Señor. Y delante del Señor corrió un viento impetuoso y fuerte, que trastornó montes y quebró peñas, mas el Señor no estaba en el viento. Después del viento vino un temblor de tierra, mas el Señor no estaba en el temblor; tras el temblor un fuego, mas tampoco en el fuego

estaba el Señor. Y tras el fuego vino un soplo de aire apacible y suave, y a través del soplo le habló el Señor a Elías y le ordenó ungir a Eliseo por profeta sucesor suyo.

Elías arrebatado del mundo

El Señor mandó a Elías ir al Jordán, y le acompañó su discípulo Eliseo. Entonces Elías se quitó el manto, le dobló, y con él hirió las aguas, las cuales se dividieron a uno y otro lado, de manera que los dos pasaron sin mojarse los pies. Eliseo luego pidió que fuera duplicado en él el espíritu de Elías; y mientras que estaban hablando entre sí, he aquí que un carro de fuego con caballos de fuego apareció, y Elías subió al cielo en un torbellino.

Y Eliseo gritó: "¡Padre mío, padre mío!". Y ya no lo volvió a ver más. Y recogió el manto que se le había caído a Elías, se paró en la orilla del Jordán y con el manto hirió las aguas. Estas se dividieron, con lo que pasó Eliseo.

Y al verle los demás discípulos de Elías, dijeron: "El espíritu de Elías ha reposado sobre Eliseo", y salieron a su encuentro, y se postraron en tierra delante de él.

Prodigios de Eliseo

Un día caminó Eliseo a Betel, y unos muchachuelos se burlaron de él, gritando: "¡Sube, oh calvo; calvo, sube!". Eliseo se volvió hacia ellos y les amenazó en nombre del Señor. Y en el mismo momento salieron dos osos del bosque y despedazaron a cuarentidós de aquellos muchachos.

Cierto tiempo después curó milagrosamente a Naamán, un general de los ejércitos del rey de Siria, un hombre rico y valiente. Pues Naamán sufrió de lepra. Tenía su mujer a su servicio una doncellita de Israel, capturada una vez por guerrilleros y llevada a Siria. Esta dijo un día a su señora: “¡Oh, si mi amo fuera con el profeta en Samaria; sin duda alguna, éste le curaría de la lepra!”. Cuando Naamán se enteró, viajó con caballos y carrozas a Samaria. Mas al llegar ante la casa de Eliseo, éste envióle a decir por medio de su criado: “Anda y lávate siete veces en el río Jordán, y quedarás limpio”. Naamán se indignó y dijo; “Yo pensaba que él iba a salir a recibirme, e invocando a su Dios, me curaría. ¿Para qué iría yo a lavarme en el Jordán? ¿No son acaso nuestros ríos en Siria mejores que todas las aguas de Israel?”.

Como se retirase enojado, se le acercaron sus servidores, diciendo: “Padre, si el profeta te hubiera ordenado una cosa difícil, por cierto, tú la hubieras hecho. Pues, cuánto más ahora que sólo te ha dicho: “Lávate, y quedarás limpio”. Fue entonces, y se lavó siete veces en el Jordán y quedó limpio. Enseguida regresó al varón de Dios y le dijo: “Verdaderamente conozco ahora que no hay otro Dios que el Dios de Israel. Te ruego, pues, aceptar un regalo de tu siervo”. Mas Eliseo contestó: “Vive el Señor, que no lo recibiré”. Y por más que Naamán insistió, no quiso condescender a aceptar nada.

Mas cuando Naamán ya estuvo lejos de la casa, corrió tras él Giecí, sirviente de Eliseo, y dijo: “Mi amo me envía a decirte: Acaban de llegar dos hijos de profeta, dame para ellos un talento de plata y vestidos de fiesta”. Dijo Naamán: “Mejor es que tomes dos talentos”. Al regresar Giecí a la casa con sus regalos, los escondió y se presentó luego delante de su amo.

Eliseo le preguntó: “¿De dónde vienes, Giecí”. Respondió él: “Tu siervo no ha ido a ninguna parte”. Indignado por esta menti-

ra descarada, Eliseo replicó: “¿Es que no estaba presente mi espíritu cuando aquel hombre saltó de su coche e iba a tu encuentro? Ahora bien, ya tienes plata y ropas, para conseguir olivares y viñas, ovejas y bueyes, esclavos y esclavas; mas tendrás asimismo la lepra de Naamán que se te pegará para siempre”. Y efectivamente salió Giecí de su presencia cubierto de lepra.

El profeta Jonás

Después de la muerte de Eliseo, Dios suscitó al profeta Jonás para enseñar también a los gentiles su misericordia. La gran metrópolis Nínive, capital del imperio de los asirios, era sumamente propensa a todos los vicios, y por esto habló el Señor a Jonás: “Anda y ve a Nínive y predica allá, que hagan penitencia, porque el clamor de sus maldades ha subido hacia mí”. A Jonás no le agradó esta orden divina porque a él le hubiera parecido cosa buenísima si Dios hubiese destruido la ciudad de Nínive a causa de sus pecados. De manera que se fue al mar y tomó una nave rumbo a España, para así huir del Señor. Mas Dios envió una tormenta recia, con lo que la nave se hallaba en riesgo de naufragar. Para aligerar la nave, los marineros, temerosos, arrojaron el cargamento al mar, y cada uno clamó a su dios, que les socorrase. Jonás, entretanto, dormía profundamente en lo más hondo de la nave. Entonces el piloto lo despertó: “¿Cómo puedes dormir así? Levántate e invoca a tu Dios, quizás El se acuerde de nosotros y nos libre de la muerte”. Pero los marineros dijeron uno a otro: “Venid, y echemos suertes para ver de dónde nos viene este infortunio”. Y echaron suertes, y cayó la suerte sobre Jonás. Entonces, éste confió a los del barco su desobediencia para con la palabra de Dios y dijo: “Tomadme y arrojadme al mar; porque yo sé bien que por mi causa os ha sobrevenido esta tempestad”. Al principio

quisieron evitarlo y remaban para ver si podían ganar tierra para desembarcarlo. Pero no podían porque las olas del mar iban levantándose más y más. Por fin tomaron a Jonás y le echaron al mar. Y al momento cesó el furor de las aguas. Al mismo tiempo el Señor hizo venir un pez enorme, que tragó a Jonás. Este estuvo en el vientre del pez tres días y tres noches, haciendo oración al Señor para que lo salvare. Su plegaria fue escuchada: a orden del Señor el pez vomitó a Jonás en la ribera.



Y habló el Señor por segunda vez a Jonás: “Anda y vé a Nínive y exhortales a hacer penitencia. Se dirigió entonces Jonás a Nínive, entró a la ciudad, caminando un día entero y clamando: “De aquí a cuarenta días Nínive será destruída”. Y creyeron los ninivitas en la palabra de amenaza del Señor, y publicaron el ayuno y vistiéronse todos, chicos y grandes, de cilicios. También el rey se vistió de cilicio, echó cenizas sobre su cabeza en señal de arrepentimiento e hizo proclamar en Nínive: “Cada cual debe convertirse de su mala vida e inícuo proceder. ¿Quién sabe si así no desistirá el Señor de su ira y nos perdonará y nos salve?”. Y en efecto, viendo Dios la penitencia, y cómo los ninivitas se convirtieron de su mala vida, tuvo misericordia y no les envió los males que había decretado.

Entretanto, Jonás había salido a sentarse al oriente de la ciudad para observar lo que iba a suceder. Al darse cuenta que Dios perdonaba a Nínive, se incomodó. Entonces, el Señor quiso demostrarle bien visiblemente, cuán equivocada y fea era su aflicción. He aquí que Dios hizo crecer una planta de calabaza sobre Jonás, de manera que éste pudo disfrutar de su sombra; y Jonás sintió grandísimo placer de la calabacera. Mas al alba del día siguiente, Dios envió un gusanillo que dañó la planta y ésta se secó. Y al salir el sol, dispuso el Señor que soprase un viento abrasador, que hirió a Jonás en la cabeza; y Jonás casi se desmayó y sufrió tanto que deseaba morir. Entonces, dijo Dios a Jonás: “¿Tanto te enojas por una calabacera, y tienes lástima por ella, que no creció por trabajo tuyo; por algo que creció en una noche y en una ha perecido? ¿Y yo no tendré compasión de Nínive, ciudad tan grande en la cual viven más de ciento veinte mil personas, que aún no saben discernir entre su mano derecha y la mano izquierda, y muchos animales además?”.

Dstrucción definitiva del reino de Israel

El Señor no se cansaba de enviar a Israel santos profetas, que con palabras y buen ejemplo exhortaron a la penitencia; mas a pesar de esto los israelitas se tornaron cada día más abominables, entregándose por completo a las atrocidades de los gentiles. En vano los profetas amonestaron y avisaron de la inminencia de un aterrador juicio de Dios. Y al final se agotó la indulgencia divina, y el castigo del Señor cayó en forma horrenda.

Salmanasar, rey de los asirios, acudió de repente con un ejército poderosísimo y después de un sitio de tres años, conquistó la capital, Samaria, y se llevó a la mayoría de los habitantes de todo el reino de Israel a Asiria, en cautiverio.

En su lugar, Salmanasar envió pueblos de gentiles al país despoblado. Estos y los habitantes dejados atrás se mezclaron y terminaron por ser un solo pueblo. Entonces la gente que habitaba el norte fueron llamados galileos, y los del sur, tomando el nombre de la capital Samaria, samaritanos. La religión de éstos resultó una confusión de paganismo y servicio al Dios de los Judíos; por esta razón les odiaban especialmente los moradores del reino de Judá, a quienes para diferenciarse de ellos les gustaba llamarse a sí mismos "Judíos".

Tobías

Los de Israel que fueron llevados en cautiverio a Asiria no regresaron nunca a su patria. Y el reino de Israel desapareció para siempre. Dios, mientras tanto, no dejó a los desdichados cautivos sin pruebas de su amorosa providencia. Una de las más hermosas nos enseña la historia del piadoso Tobías. Ya desde su primera juventud, pasada todavía en Israel, había rehuído toda comunidad con los impíos, observando fielmente las leyes del Señor. Por esto Dios hízole grato a los ojos del rey Salmanasar, el cual le dio permiso para ir a donde quisiera. De este permiso aprovechó para visitar a todos los demás israelitas cautivos, les aconsejaba y consolábales, y también compartía con ellos sus bienes, dando de comer a los hambrientos y vistiendo a los indigentes.

Al cabo de mucho tiempo murió Salmanasar, sucediéndole en el reino su hijo Senaquerib. Este aborrecía a Tobías y perseguía a los israelitas, matando a muchos de ellos. Tobías más bien, más temeroso de Dios que del rey, escondía sus cadáveres en su casa para darles en secreto sepultura a medianoche. El rey, cuando recibió noticia de esto, mandó quitarle la vida. También le confiscó

todos sus bienes. Tobías tuvo que huir con su mujer y su hijo y quedarse oculto. Pasados cuarenticinco días, el rey fue asesinado por su propia gente. Entonces regresó Tobías a su casa, y recobró todos sus bienes.

Sin embargo, continuó hasta cierto punto la persecución de los israelitas. Poco a poco Tobías quedó despojado de todos sus bienes; mas como ya lo hacía anteriormente, seguía sepultando a los victimados. Una noche regresó cansado después de enterrar a un israelita, se echó junto a una pared y quedó dormido. Y sucedió que de un nido de golondrinas se le cayó excremento caliente sobre los ojos, de lo cual quedó ciego. Mas Tobías no se quejó por la desgracia, sino que permaneció firme en el temor de Dios, dándole todos los días gracias, aún por el sufrimiento.

Ana, su mujer, iba a diario a tejer y ganaba su sustento con el trabajo de sus manos. Un día trajo a casa un cabrito de leche que había recibido encima de su salario. Pero Tobías estuvo en duda, si él que lo regaló había sido su dueño legítimo; y dijo, con su acostumbrada escrupulosidad delicada: "Mirad que no sea acaso robado. Mejor lo devuelves; porque no es lícito comer o tocar cosa robada". Estas palabras irritaron a su mujer que empezó a colmarle de reproches. Pero él sólo gimió y oró.

Despedida de Tobías padre y viaje de Tobías hijo

Tobías ya se sintió convencido que, habiendo padecido tantas tribulaciones, iba pronto a morir; llamó por lo tanto cerca de sí a su hijo para despedirse de él y darle sus últimos consejos.

"Hijo mío", le dijo, "luego que Dios reciba mi alma, entierra mi cuerpo; y honra a tu madre todos los días de tu vida, teniendo presente a cuántos peligros se expuso por tí. Y cuando ella también haya terminado su vida, entiérrala junto a mí".

“Todos los días de tu vida ten a Dios en tu corazón y guárdate de consentir jamás en pecado y de quebrantar alguno de los mandamientos del Señor”.

“Guárdate, hijo mío, en especial de toda impureza y no permitas jamás que la soberbia domine en tu corazón o en tus palabras; porque de ella tomó su principio toda especie de perdición”.

“A cualquiera que ha trabajado algo por tí, dale enseguida su jornal. Ten cuidado de no hacer jamás a otro lo que no quisieras que otro hiciese a tí”.

“Sé caritativo según tus medios. Si tienes mucho, da con abundancia; si tienes poco, da de buena gana de lo poco”.

Alaba al Señor en todo tiempo; y pídele que dirija tus pasos. Y no temas, hijo mío: Es verdad que pasamos una vida pobre, pero hemos de recibir muchos bienes, mientras temamos a Dios, huyamos de todo pecado y obremos bien”.

Entonces, respondió el hijo, conmovido: “Padre mío, todo lo que me has mandado, haré”.

Después de estas advertencias, Tobías mandó a su hijo a recobrar dinero prestado tiempo atrás en la lejana ciudad de Rages. Mas antes de partir, Tobías hijo se buscó un compañero de viaje conocedor del camino. Y saliendo con esta finalidad, encontró enseguida con un gallardo joven, con el vestido ya ceñido, listo para viajar. Era el Arcángel Rafael. El joven Tobías, sin embargo, no reparó en que era un Angel. Le saludó y preguntó: “Buen joven, ¿sabes tú el camino que va a Rages?”. El contestó: “Sí que lo sé”. Entonces Tobías hijo lo llevó consigo a ver a su padre. Este le dijo: “¿Te gustaría llevar a mi hijo a casa de Gabelo, en Rages?”. El joven desconocido respondió: “No sólo lo llevaré, sino te lo volveré a traer acá”. Y el anciano les dijo a los dos: “Id entonces en buena hora; y Dios os asista en vuestro viaje, y su Angel os acompañe”.



Al caer la noche el primer día llegaron al río Tigris. Mas cuando el joven Tobías fue a lavarse en él los pies, he aquí que un enorme pez salió para tragárselo. Tobías, sobresaltado, gritó: “¡Señor, me va comer!”. Pero le dijo el Angel: “Agárralo sin miedo de las agallas y tíralo hacia tí”. Así lo hizo Tobías, y lo sacó a lo seco. Díjole entonces el Angel: “Desentraña este pez y guarda su corazón, y la hiel, y el hígado. Pues estas cosas se usan como medicina”. Tobías siguió el consejo. Luego asó parte de la carne del pez, y el resto lo salaron y lo llevaron de sustento para el camino.

Habiendo llegado a una ciudad, Tobías preguntó: “¿Dónde buscaremos albergue?”. Y respondió el Angel: “Aquí hay un

hombre llamado Ragüel, pariente tuyo. Tiene una hija única, de nombre Sara. Pídesela a su padre, y te la dará como esposa". Tobías replicó: "Pero tengo entendido que ya se ha desposado con varios hombres, que enseguida fueron matados por un demonio malvado. Temo pues que tenga yo la misma suerte, y que siendo hijo único, precipite la muerte de mis padres con la aflicción". Mas el Arcángel Rafael dijo: "Te contaré quiénes son aquéllos sobre quienes tiene poder el demonio: son los que entran al matrimonio con tal disposición que cierran su corazón ante Dios. Mas tú, cuando la hubieres tomado por esposa, has de permanecer por tres días en oración; así será ahuyentado el demonio".

Entraron entonces en la casa de Ragüel. El los recibió con alegría al oír quién era Tobías, le abrazó sollozando y le besó diciendo: "Bendito seas tú, hijo mío, que eres el hijo de un hombre virtuosísimo". Y Ana, su mujer y Sara, su hija, también prorrumpieron en llanto. Luego Ragüel mandó preparar un convite, pero cuando les instó a sentarse a la mesa, dijo Tobías: "Yo no comeré ni beberé, si primero no me otorgas mi petición prometiendo darme a Sara tu hija, como esposa". Ragüel perplejo no le dio respuesta. Mas el Angel le dijo: "No temas dársela, porque este joven teme a Dios". Ragüel consintió entonces y tomando la mano derecha de su hija, la puso en la mano derecha de Tobías, diciendo: "El Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob sea con vosotros, y El os junte, y cumpla con vosotros Su bendición". Después se sentaron todos a celebrar el convite. Tobías permaneció tres días en oración junto con Sara, y el demonio tuvo que retirarse. A petición de Tobías, el Angel continuó viaje a Rages y cobró allá el dinero que Gabelo debía a Tobías padre.

Regreso del joven Tobías

Cuando ya habían pasado dos semanas, Ragüel dijo a Tobías: "Quédate todavía más tiempo aquí". Pero Tobías le respondió: "Yo sé que mi padre y mi madre están ahora contando los días y se afligen por mi ausencia y se preocupan". Entonces Ragüel le entregó su hija Sara y la mitad de todo lo que poseía, diciendo: "El santo Angel del Señor os guíe en vuestro viaje y os conduzca sanos y salvos a casa". Pero cuando habían llegado a medio camino se adelantó Tobías con Rafael, y éste le dijo: "Al punto que llegues a tu casa, unge los ojos de tu padre con esta hiel de pez que traes contigo; y él verá la luz del cielo y se llenará de júbilo al verte".

Entretanto los padres de Tobías ya habían empezado a desesperar por la ausencia de su hijo.

Su madre ya no cesó de llorar, diciendo: "Ay, hijo mío, ¿para qué te hemos enviado a lejanas tierras, lumbrera de nuestros ojos, báculo de nuestra vejez, consuelo de nuestra vida, esperanza de nuestra posteridad? No debíamos alejarte de nosotros". En vano trató Tobías, el anciano, de consolarle, ella no admitía consuelo alguno. Cada día salía para sentarse en el camino en el cima de una colina desde donde podía observar todo a larga distancia. Y por fin vio de lejos a su hijo bien amado, lo conoció inmediatamente y corrió a dar la noticia a su esposo diciendo: "¡Ya viene tu hijo!". Apenas lo había dicho, que ya vino saltando el perro que les había seguido en el viaje, y hacía fiestas meneando su cola. Al instante Tobías el padre, ciego como estaba, dando la mano a un criado, empezó a correr a recibir a su hijo, le abrazó y besó, y él y su mujer echaron a llorar de alegría. El hijo también sintió un grandísimo gozo por encontrar a su querido padre no sólo con vida, sino con buen ánimo y buena salud.

Y después de haber adorado a Dios y darle las gracias, Tobías hijo ungió los ojos de su padre con la hiel del pez. Al cabo de casi media hora empezó a desprenderse de sus ojos una piel blanca, semejante a la telilla de un huevo, y al punto recobró la vista. Y glorificaron todos a Dios, y Tobías dijo: “Bendígate, oh Señor Dios de Israel, porque Tú me has castigado y me has vuelto a curar. Porque ahora puedo ver ya a mi hijo”. Después de siete días llegó también Sara, y todos se regocijaron con la mayor alegría.

El joven Tobías contó entonces a sus padres todos los beneficios que le había hecho su compañero de viaje. “No hay posibilidad”, concluyó, “de pagar debidamente sus buenos oficios, pero yo te pido, padre mío, que le ruegues aceptar la mitad de todo lo que hemos traído”. Con esto le llamaron aparte y empezaron a rogarle aceptarla. Mas él dijo: “Benedicid al Dios del cielo, y dadle gracias porque ha hecho brillar en vosotros Su misericordia. Mejor es la oración acompañada de ayuno que tener guardado tesoros de oro. Cuando tú orabas con lágrimas y enterrabas a los muertos, yo presentaba al Señor tus oraciones, y porque eras agradable a Dios, fue necesario que la tentación te probase. Y ahora me envió el Señor a curarte a tí y a libertar a Sara del demonio. Porque yo soy Rafael, uno de los Arcángeles que asistimos delante del Señor”. Al oír esto, se llenaron de temor, y temblando cayeron en tierra sobre su rostro. Pero el Ángel les dijo: “La paz sea con vosotros, no temáis. Por voluntad de Dios he estado con vosotros. Bendecidle, y cantad sus alabanzas”. Dicho esto desapareció de su vista. Ellos entonces bendijeron a Dios y publicaron todas sus maravillas. Luego vivieron padre e hijo muchos años con alegría, y finalmente murieron en la gracia de Dios.

Desintegración gradual del reino de Judá

Uno de los pocos soberanos buenos del reino de Judá era el rey Uzías que gobernó cincuenta y dos años. Durante largo tiempo hacía todo lo que era justo ante los ojos del Señor. Y por esto el Señor estaba con él en todo lo que emprendía. Empero, desgraciadamente se dejó arrastrar por su buena suerte a la arrogancia, y hasta se permitió intervenir en el santo servicio de los sacerdotes. Un día se presentó en el Templo del Señor con la intención de ofrendar personalmente el sacrificio de incienso en el santuario. Los sacerdotes, dirigidos por el Sumo Pontífice Azarías se opusieron y dijeron: “No te corresponde a tí, oh Uzías, el ofrecer incienso al Señor, porque esto es oficio de los sacerdotes que han sido consagrados para este ministerio. Sal del santuario y no prevariques, porque esto no te será para gloria delante del Señor”. Uzías se llenó de cólera y amenazó a los sacerdotes, con el incensario en la mano. Y en el mismo instante le brotó la lepra en la frente, visible para todos los que estaban allí presentes. Con espanto el Sumo Pontífice, y con él todos los sacerdotes, constataron esta señal del castigo divino y le hicieron salir apresuradamente del Templo. El mismo, despavorido, corrió de allí, presa de pánico ante la horrible enfermedad que ya sintió en todo el cuerpo. Por el peligro de contagio tuvo que habitar en una casa apartada hasta el día de su muerte; porque la lepra ya no le abandonó.

Las profecías de Isaías

Los habitantes del reino de Judá, aún durante los años que el rey Uzías servía todavía con corazón humilde al Señor, se entregaban a menudo a la idolatría. A causa de esto, el Señor les envió al gran profeta Isaías. Este predijo al pueblo infiel e ingrato, con pa-

labras estremecedoras, un sinfín de tribulaciones y castigos, que posteriormente se cumplían con una exactitud aterradora. Pero al mismo tiempo recibió de Dios tantas revelaciones detalladas con respecto al Salvador, que al leer sus profecías podemos creer que vivió en los mismos días del Salvador en vez de siete u ochocientos años antes. Profecía por ejemplo: "He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y su nombre será Emmanuel (Dios con nosotros)". "Saldrá un renuevo de la raíz de Jesé. Y reposará sobre El el Espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, de ciencia y de piedad; y le llenará el espíritu del temor del Señor".

"Un niño nos es nacido, se nos ha dado un hijo, que lleva sobre sus hombros el principado; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios, Héroe fuerte, Padre de todos los siglos venideros, Príncipe de Paz".

"Se oye la voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor, aparejad las sendas de nuestro Dios. Todo valle ha de ser alzado, y todo monte y cerro abatido; y los caminos torcidos se harán rectos, y los ásperos allanados".

"El Espíritu del Señor está sobre mí. El me ha ungido, y enviado para predicar a los pobres, para curar aquéllos de corazón contrito, y proclamar libertad a los presos y vista a los ciegos y anunciar el día de venganza".

"Dios mismo llega y os salva. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos y los oídos de los sordos, y saltará cual ciervo el cojo, y se soltará la lengua de los mudos".

"Mi cuerpo entregué a los que me azotaban y no escondí mi rostro de los que me insultaban y escupían".

"El fue ofrecido porque El mismo lo quiso; conducido es a la muerte como un cordero al matadero, y no abre Su boca".

"Las naciones Lo invocarán y Su sepulcro será glorioso".

El piadoso rey Ezequías

Una de las peores tribulaciones cayó sobre los habitantes de Judá durante el reinado de Acáz. Este hasta había hecho inmolar sus hijos a Moloc, ídolo del fuego; había destrozado los vasos sagrados del Templo y cerrado las puertas de éste. Entonces Dios le entregó en manos de sus enemigos, quienes en un solo día mataron ciento veinte mil hombres y llevaron cautivos doscientos mil mujeres, hijos e hijas.

Poco después de ocurrido esto, Acáz murió. Y subió al trono su hijo Ezequías, que enseguida hizo derribar los altares de los ídolos, abrió las puertas del Templo del Señor y reunió a los sacerdotes, diciéndoles: "Purificáos y limpiad la Casa del Señor. Nuestros padres la abandonaron, cerraron las puertas, dejaron de prender las lámparas y de quemar incienso y de ofrendar los holocaustos en el Santuario. Por causa de todo ello la ira del Señor cayó sobre Judá y Jerusalén, y perecieron nuestros padres al filo de la espada".

La bendición del Señor acompañaba visiblemente todos los pasos del piadoso rey Ezequías, y durante su gobierno Judá tuvo de nuevo un periodo de florecimiento. Mas después de cierto tiempo sucedió que Senaquerib, rey de los asirios, sobrevino con un grandísimo ejército y sitió a Jerusalén. Entonces Ezequías se fue al Templo para orar. Mandó asimismo unos sacerdotes en hábito de penitencia a Isaías para rogarle juntar sus plegarias de socorro divino a las suyas. Pero Isaías le mandó decir: "No temas, Dios ha escuchado tus oraciones. El rey de los asirios regresará a su país y allá morirá al filo de la espada".

En aquella misma noche se presentó el Angel del Señor en el campamento de los asirios, y mató a ciento ochenta y cinco mil hombres. Al levantarse Senaquerib en la mañana, vio con horror

todos aquellos cuerpos muertos, y levantó el campo; y se marchó y se volvió a su país. Pero cuando regresó, sus propios hijos lo mataron con la espada.

Por aquel tiempo también Ezequías enfermó de muerte, y vino a visitarle Isaías, enviado por Dios. Isaías le dijo: "Ordena tu casa, porque vas a morir". Ezequías sobresaltado volvió su rostro hacia el lado del Templo y oró llorando: "Oh Señor, te suplico, acuérdate que yo he andado delante de Tí con rectitud de corazón, haciendo lo que es agradable a tus ojos". Su confianza no fue frustrada porque apenas hubo salido Isaías del palacio real, que la voz del Señor llegó a él: "Vuelve y dile a Ezequías en Mi Nombre: He visto tus lágrimas y escuchado tu oración. De aquí a tres días irás, curado ya, al Templo, y Yo añadiré a tu vida quince años". Y en efecto, tal como había prometido el Señor, así ocurrió. Ezequías murió quince años más tarde, después de un reinado sumamente feliz y próspero.

Judit

Los habitantes del reino de Judá, luego de un corto tiempo de arrepentimiento, volvieron a olvidarse del Señor. Entonces El les envió otro castigo terrible, que hubiera llevado a la perdición del reino, de no ser por la hazaña de una mujer de gran coraje. Porque el jefe del ejército asirio, Holofernes, apareció con sus legiones en la tierra de Judá para sujetarla al dominio de su rey, al igual que otros tantos reinos que había vencido anteriormente. Ya se había apoderado de todas las ciudades fortificadas y todas las fortalezas en derredor, demostrando para con sus infelices moradores una salvaje ferocidad, cuando llegó a acamparse delante de la ciudad de Betulia. Aquí Holofernes les cortó a los habitantes el

agua, poniendo guardas a todos los manantiales y las fuentes que proveían a la ciudad, produciéndose así una desesperante escasez. Entonces los habitantes decidieron, si no venía socorro dentro de cinco días, entregar la ciudad al cabo de este periodo.

Esta decisión llegó a oídos de una viuda llamada Judit, que a pesar de su riqueza y hermosura, llevaba una vida recogida y de contrición. Llena de compasión por el pueblo en apuros, fue a hablar con los ancianos de la ciudad, dándoles ánimo y concluyendo: "Humillemos nuestros corazones ante el Señor, entonces El cubrirá de ignominia nuestros enemigos. Los azotes del Señor nos vienen para enmienda nuestra y no para nuestra perdición". Los ancianos replicaron: "Todo lo que has dicho, es verdad. Ruega tú, pues, por nosotros, puesto que eres una mujer santa". Entonces Judit entró en su camarín, echó cenizas sobre su cabeza, se postró ante el Señor y se puso a orar fervorosamente. El Señor le escuchó y le hizo conocer cómo salvar a su pueblo. Decidida a ejecutar su plan, se levantó, se quitó el cilicio que acostumbraba vestir, se ungió y se adornó con sus más bellas joyas y se dirigió, acompañada de su doncella, al campamento de los asirios. Al ser conducida en la presencia de Holofernes, tuvo agrado ante sus ojos y ante los de sus servidores. Holofernes, creyendo que ella había abandonado la causa de su pueblo, dio orden a sus camareros que la dejaran salir y entrar como quisiese. Pero al cuarto día sucedió que Holofernes celebró una cena con sus capitanes. Durante el convite se puso bien alegre y tomó tanto vino que se echó sobre su cama y se durmió. Los huéspedes siguieron festejando y bebiendo hasta bien entrada la noche. Finalmente se retiraron, dejando a Holofernes durmiendo profundamente. Esta oportunidad aprovechó Judit para realizar su estratagema. Deslizándose sin ruido hacia la cama, oró con lágrimas y, moviendo apenas los labios, dijo: "Dame valor, oh Señor, en este momento", luego desa-

tó la espada de Holofernes que colgaba de un pilar, la desenvainó, le asió por los cabellos y le cortó la cabeza. Esta la entregó a su doncella que había estado esperando delante de la puerta, y le mandó meterla en su talego.

Y salieron del campamento, regresando a Betulia. Allí Judit reunió al pueblo, mostró la cabeza de Holofernes y dijo: "Benedicid al Señor, que no ha abandonado a los que en El han puesto su esperanza, sino que por medio de mi mano ha quitado la vida al enemigo de Su pueblo. Viva Dios que Su Angel me ha protegido, al ir de aquí como estando en el campamento enemigo y al volver acá". Y todos adoraron al Señor, y Ocías, Cabeza del pueblo, dijo: "Bendita eres del Señor, oh hija mía, sobre todas las mujeres de la tierra". Luego se arrojaron con gran estruendo sobre los asirios, que en vano intentaron despertar a su comandante, haciendo ruido delante de su pabellón, porque nadie osaba entrar. Por fin abrieron la puerta y vieron espantados el cuerpo de Holofernes, sin cabeza, tendido en tierra y bañado de sangre. Ante esta escena todos se daban prisa a escapar. Colmados de alegría por la salvación milagrosa, los moradores de Betulia bendijeron a una voz a Judit, diciendo: "¡Tú eres la gloria de Jerusalén, tú la alegría de Israel, tú la honra de nuestra nación!". Entonces celebraron por espacio de tres meses el gozo de esta victoria. Y Judit llegó a ser la más esclarecida en todo el país de Israel. Cuando murió, ya muy entrada en años, todo el pueblo lloró su muerte.

Desde el cautiverio en Babilonia hasta la venida de Cristo

Daniel en el cautiverio de Babilonia

Por último tampoco los habitantes del reino de Judá ya no se remediaron ni por medio de cuánto azote Dios les mandó. Perpetraron todas las abominaciones de la idolatría. Sí, llevaron su porfía a tal extremo, que a menudo perseguían a los profetas de Dios y hasta mataban a algunos de ellos. Finalmente expiró también para ellos el plazo de la paciencia divina. Exactamente como el profeta Elías había vaticinado, les sobrevino repentinamente la catástrofe. Nabucodonosor, rey de Babilonia, vino contra Jerusalén con un enorme ejército y obligó la ciudad a rendirse, deportando al rey y a los más distinguidos habitantes a Babilonia. Cuando 16 años más tarde, los que habían quedado en Judá se sublevaron en su obsecación contra Nabucodonosor, regresó él con fuerzas armadas aún mayores, conquistó Jerusalén después de un sitio de año y medio, llevó cautivos a la mayoría de los habitantes y destruyó con fuego la ciudad y el Templo, del cual había hecho sacar todos los vasos sagrados. Las ruinas de la anteriormente tan imponente, señorial y lujosa ciudad ofrecían un aspecto espantoso. Hasta el día de hoy tiembla el corazón al leerse las lamentaciones en las que prorrumpió el profeta Jeremías al verlas.

“Oh” — exclama, “los caminos al monte Moria tienen luto, porque no hay ya quien venga a sus fiestas solemnes. Todas las puertas de la ciudad están destruídas, sus sacerdotes están gimiendo, sin adorno sus vírgenes, y ella misma llena de amargura. Oh vosotros cuantos pasáis por este camino, atended y considerad si

hay dolor como el dolor mío. Todos cuantos pasan por el camino, pasmados, dan palmadas y menean la cabeza, diciendo: ¿Es esta la ciudad que decían de perfecta hermosura, el gozo de toda la tierra?”.

Lamentación de los cautivos en Babilonia *

Junto a los ríos de Babilonia ríos sentábamos y llorábamos, acordándonos de Sión:

Sobre los sauces de aquel país colgábamos nuestras arpas y los que nos habían llevado cautivos nos mandaban que cantásemos y nos regocijásemos en nuestra desolación: “¡Cantadnos un cántico de Sión!”.

¿Cómo cantaríamos cántico del Señor en tierra extraña? Si de tí me olvidare, oh Jerusalén, sea mi diestra entregada al olvido.

¡Péguese mi lengua a mi paladar, si de tí no me acordare, si no pusiere a Jerusalén por encima de todas las alegrías!

La visión de Ezequiel

Aún durante el cautiverio, Dios seguía amparando a Su pueblo. Ya en los primeros años suscitó al profeta Ezequiel, que vivía en medio del pueblo cautivo. Ezequiel les hacía recordar a todos la justicia del castigo divino y les exhortaba a la conversión sincera. Al mismo tiempo no dejaba de consolarlos contándoles las visiones que le fueron concedidas.

Vio aparecer del norte una gran nube con fuego, impulsada por un viento tempestuoso. La nube despedía un resplandor en torno suyo, y en su centro hubo una luz como de metal candente. Den-



tro de la luz se veía como cuatro animales; cada animal con cuatro caras y cuatro alas. Los rostros que miraban hacia delante parecían de hombre; los de la derecha de león; los de la izquierda, de toro y los de atrás de águila, e iban adonde los llevaba el ímpetu del espíritu. Por encima de los animales había como un firmamento, y sobre el firmamento un trono, y sentado sobre el trono una figura como de hombre.

En otra ocasión le fue revelado por medio de una visión consoladora, que Dios iba a restaurar como Su propio pueblo a los israelitas dispersados.

Es que Ezequiel, en espíritu, fue conducido a un campo extendido que estaba lleno de huesos, secos en extremo. Y el Señor le

dijo: "Habla a estos huesos en nombre de Dios, que se vivifiquen". Ezequiel hizo lo que se le había ordenado. Y he aquí que se oyó un ruido, y hubo una conmoción, y se unieron hueso a hueso, formando los miembros correspondientes. Sobre ellos salieron nervios y carne y se cubrían de piel. Y Dios volvió a hablar a Ezequiel: "Habla al espíritu, que venga de los cuatro vientos y sople sobre estos cuerpos sin vida, a que resuciten". Ezequiel volvió a hacer como se le mandó, y entró el espíritu en los muertos, y vivieron, y estuvieron de pie: un ejército grande, grandísimo.

Y el Señor prosiguió, diciendo a Ezequiel: "Los huesos son los israelitas. Ellos están diciendo: "Nuestros huesos se secaron, y pereció nuestra esperanza". Pero háblales y díles: "Esto dice el Señor: vosotros sois Mi pueblo. He de llevaros de regreso a vuestra tierra de Israel; os infundiré Mi espíritu, y conoceréis que Yo soy el Señor".

*Cómo fue llevado Baruc, un israelita
virtuoso, al quinto cielo, y lo que
experimentó allá*

*Y me llevó consigo el Angel
hasta un quinto cielo.*

La puerta estaba cerrada

y dije: "¡Señor!

*¿No se ha de abrir esta puerta
a que podamos entrar?"*

Y el Angel me dijo:

"No es posible entrar

hasta que no venga Micael,

El que custodia las llaves del reino de los cielos.

¡Espera no más

y verás la Gloria de Dios!"

*Y se escuchó un ruido formidable
como de truenos.*

Y dije: "¡Señor!

¿Qué ruido es aquél?"

Y él me contestó:

*"Justamente baja el Príncipe de los Angeles Micael,
para recibir la oración de los hombres".*

Y se hizo escuchar una voz:

"¡Estén abiertas las puertas!"

Se abrió

Y surgió un rechinar atronador.

Y apareció Micael.

Y fue a su encuentro el Angel que me acompañaba.

Y se arrodilló delante de él, diciendo:

*"¡Te saludo, Arcángel mío,
caudillo de toda nuestra división!"*

Y dijo el jefe del ejército celestial, Micael:

"A tí, hermano nuestro, te saludo,

*tú quien interpretas las revelaciones a aquéllos
que pasan su vida en forma perfecta".*

Después del saludo se quedaron inmóviles.

*Y yo ví como tenía el capitán celestial, Micael,
en sus manos una enorme fuente*

cuya profundidad era

de la distancia entre cielo y tierra,

y el ancho como del norte hasta el sur.

Y dije: "¡Señor!

¿Qué es esto que tiene en sus manos el Arcángel Micael?"

Y él me contestó:

*“En esta fuente se guardan todos los méritos de los justos,
al igual que todas las buenas obras que hacen;
son llevados ante la presencia del Dios de los Cielos”.*
Así estuve hablando con él.
Y vinieron Angeles con cestitos con flores.
Las entregaron a Micael
y pregunté al Angel:
“¡Señor!
¿Quiénes pues son éstos?
¿Qué traen aquí?”
Y él me contestó;
“Son éstos los Angeles que acompañan a los justos”.
Y el Arcángel recibió los cestitos
y los vació en la fuente.
Entretanto el Angel me dijo a mí:
“Las flores son las virtudes de los piadosos”.
Y yo vi cómo otros Angeles trajeron cestitos
que sólo estaban llenos parcialmente.
Llegaron hondamente afligidos
sin atreverse a venir cerca,
por no traer completos los trofeos.
Y Micael les llamó en voz alta y dijo:
“¡Pues aproximaos también vosotros, oh Angeles!
Alcanzad lo que habéis traído”.
Micael, sin embargo, se acongojó,
y el Angel a mi lado igualmente,
porque no estaban llenos sus cestos.
Asimismo llegaron otros Angeles más,
gimieron y lloraron diciendo temerosos y temblando:
“Mira, oh Señor, cómo estamos
desconsolados por estar asociados a hombres malos.

Por ende deseamos abandonarles”.
Mas dijo Micael:
“No podéis dejarles;
o el enemigo pudiera triunfar al fin.
Pero hablad: ¿qué pedís?”
Y ellos dijeron:
“Te pedimos: oh Micael, príncipe nuestro:
Ordena que les dejemos.
La vecindad de hombres tan malos e insensatos
no podemos seguir aguantando;
nada bueno encontramos en su compañía,
sólo toda forma de iniquidad y codicia.
Jamás los vimos acudir al Templo
ni a los sacerdotes,
ni hacer obra buena alguna.
Más bien, allá donde hay matanza,
allá se les encuentra,
y donde hay hurtos,
calumnias, perjurio, envidia, borrachera,
querellas, celos,
murmuraciones, chismes,
idolatría, cartomancia y perversidades similares,
allá están presentes como los
que perpetran tales cosas y mucho peores.
Por tal razón pedimos
permiso de abandonarles”.
Y dijo Micael a esos Angeles:
“Esperad entonces
que el Señor me haga saber
lo que ahora ha de efectuarse”.
Y Micael se alejó en el mismo momento;

fueron cerradas entonces las puertas.
 Enseguida se escuchó un estrépito como de trueno
 y pregunté al Ángel:
 “¿Qué es pues este estrépito?”
 Y él me dijo:
 “En este preciso momento Micael
 presenta las virtudes de los hombres ante Dios”.
 Y enseguida Micael bajó;
 y se abrió la puerta.
 Había traído él aceite.
 A los Angeles que habían traído los cestitos llenos,
 los llenó de aceite y dijo:
 “¡Llevaos esto!”
 Ahora dad recompensa centuplicada a nuestros amigos
 y a aquéllos que a duras penas realizaron buenas obras.
 En abundancia cosechan los que han sembrado bien”.
 Luego dijo a aquéllos que habían traído
 cestitos medio vacíos:
 “Aproximáos también vosotros
 y recibid la recompensa según lo que traéis,
 y dadla a los hombres”.
 Y dijo entonces a aquéllos que habían traído llenos
 y medio llenos los cestitos:
 “Id y bendecid a nuestros amigos
 y decídeles:
 “Esto dice el Señor:
 Fieles sois en cosas insignificantes,
 os doy poder sobre mucho.
 ¡Participad de la alegría de vuestro Señor!”
 Luego se volteó
 y dijo a aquéllos que no habían traído nada:

“Esto dice el Señor:
 ¡No pongáis cara triste
 ni lloréis,
 mas tampoco no abandonéis a los hombres!
 Más bien, ya que Me han irritado harto con sus fechorías,
 id y castigadles;
 ¡Si no han hecho caso a Mi Voz,
 ni vivieron de acuerdo a Mis mandamientos,
 más bien demostraron
 menospreciar Mis leyes,
 maltrataron los sacerdotes
 que proclamaban Mis palabras!”
 E hicieron los Angeles según la palabra del Señor.

El joven Daniel y sus amigos

El rey Nabucodonosor había hecho deportar a varios muchachos israelitas de estirpe real. Dio orden de elegir a los más hábiles y de mejores modales, y educarlos para servir al rey. Dispuso también que se les diera de comer de la misma vianda que él comía y de beber de su propio vino. Entre estos niños elegidos estaban Daniel, y tres otros de nombre Ananías, Misael y Azarías.

Daniel, empero, resolvió en su corazón obedecer la ley que Dios había dado a través de Moisés, y de no contaminarse con comida prohibida. Por esto rogó al mayordomo real, permitirles comer otra cosa. Pero el mayordomo dijo: “Temo a mi señor el rey; si él ve vuestras caras más flacas que las de los otros jóvenes de vuestra edad, mi vida está perdida”. Daniel replicó: “Haz la prueba durante diez días, dándonos legumbres para comer y agua para beber, y luego compara nuestras caras con las de los demás, y después haz lo que te parezca correcto”.



El mayordomo consintió. Al cabo de diez días, las caras de Daniel y de sus amigos eran más hermosas y más perfectas que de cualquier joven que comía de la vianda del rey. Así que el mayordomo seguía dándoles sólo legumbres y agua. Dios, entretanto, les dotó de gran inteligencia y sabiduría.

Pasado entonces el tiempo después del cual los jóvenes habían de ser presentados a Nabucodonosor, el chambelán principal les condujo a la presencia del rey. Este conversó con ellos y no halló entre todos quién igualase a Daniel y sus amigos en sabiduría y entendimiento. Entonces, fueron elegidos para ser servidores del rey.

Los tres jóvenes en el horno encendido

Un día se le ocurrió al rey Nabucodonosor mandar erigir en la llanura de Babilonia una enorme columna de oro con un ídolo en su plataforma. Convocó a todas las personas más importantes de su reino para asistir a la dedicación de la estatua, e hizo anunciar por un pregonero: "En el mismo momento que escuchéis el sonido de las trompetas y la música, os habéis de postrar y adorar la estatua de oro; y cualquiera que no se postrare y no la adore, será arrojado inmediatamente en un horno de fuego ardiendo". Por lo cual, al escucharse el son de la trompeta y la música, todos los presentes se postraron y adoraron la estatua, a excepción de Ananías, Misael y Azarías. Daniel no estuvo presente, sino él también hubiera rehusado adorar la imagen. Cuando, entonces, los tres jóvenes no se postraron para adorar, iban enseguida unos babilonios a acusarles ante el rey.

Entonces éste, lleno de ira y furor, ordenó que el horno se calentase siete veces más de lo acostumbrado, y dio orden a los soldados más fuertes de su ejército para que atasen a los tres y los arrojasen con toda su vestimenta al horno. La orden fue inmediatamente ejecutada. Pero descendió un Angel del Señor que desvió las llamas del fuego que salió hacia fuera y consumió a los hombres que echaron a los jóvenes al horno. E hizo que dentro de éste hubiera fresca como a la hora del anochecer. El fuego no los tocó en absoluto; se contentó con consumir sus ataduras. Y los tres amigos entonaron, todos por una boca, cánticos de alabanza y loor a Dios.

Cuando el rey, sorprendido al oírles cantar, fue a mirar lo que sucedió en el horno, se estremeció y dijo a los hombres de su corte: "¿Acaso no hicimos arrojar a tres hombres bien atados dentro del fuego? Y ahora veo cuatro varones sueltos, sanos y salvos; y el

cuarto es hermoso y espléndido como un hijo de Dios". Y se acercó a la puerta del horno, llamando: "¡Salid, siervos del altísimo Dios, y venid!". Entonces los tres salieron y todos pudieron comprobar que el fuego no había tenido poder alguno sobre sus cuerpos; ni aún un cabello de sus cabezas se había chamuscado. Lleno de asombro por tal milagro, Nabucodonosor exclamó: "¡Bendito sea Dios, que envió su Angel y libró a sus siervos! Por lo tanto yo decreto que a partir de este momento, ha de perecer cualquiera que dijere blasfemia contra este Dios; porque no hay otro Dios que pueda así salvar". Y a los tres jóvenes elevó a puestos de sumo honor.

El rey Belsasar

Cuando Daniel avanzó en años, alcanzó asimismo un poder profético y de interpretación divina de máximo grado. Esto quedó claramente demostrado durante el reinado del nieto de Nabucodonosor, llamado Belsasar. Este rey, con ocasión de un banquete que dio a los príncipes de su reino, tuvo la osadía de hacer traer los vasos de oro, robados por su abuelo del Templo de Jerusalén. Cuando fueron traídos, bebieron de ellos él y luego también los grandes del reino. En el mismo momento apareció una mano en la pared, que escribió unas palabras: "Mene, Mene, Tehel, Fares". Todos lo observaron espantados, y el mismo rey palideció y empezó a temblar de pies a cabeza, lleno de terror. Convocó a los sabios de la corte a que le interpretasen las palabras. Pero ninguno logró hacerlo. Entonces fue llamado Daniel ante el rey, y dijo con toda franqueza: "Tú, oh rey, te has levantado contra el Señor del cielo. No te contentaste con que tu abuelo le robó los vasos sagrados de Su Templo, sino te los hiciste traer para beber de

ellos el vino, tú con tus príncipes. Por esto el Señor hizo escribir estas palabras en la pared. Significan: 'Contado' — que Dios contó los días de tu reino y les pondrá fin; 'Pesado' — tú lo fuiste en su balanza y has sido hallado falto de peso; 'Dividido' — lo será tu reino, y dado a los medos y los persas'. Ya en la noche siguiente se cumplieron las palabras de esta profecía: Belsasar fue muerto, y después los medos y los persas se repartieron su reino.

Daniel en el foso de los leones

Los babilonios adoraban también un enorme dragón. Hasta el mismo rey era bastante necio como para adorar a esta fiera, y cierto día dijo a Daniel: "Mira, de éste no puedes decir que no es dios viviente". Mas Daniel contestó: "Dame, oh rey, tu permiso, y yo lograré matarlo sin espada ni palo". El rey dio su permiso; y Daniel tomó brea, cebo y pelos, que coció juntos; y de ellos preparó terrones, que hizo tragar al dragón; el cual se reventó. Y Daniel dijo: "Ya ves qué clase de dios adoráis vosotros".

Llegando a saber lo sucedido, los babilonios se reunieron y dijeron: "El rey se ha hecho judío; ha destrozado a Beel, matado al dragón y muerto a los sacerdotes". Y se presentaron ante el rey y le dijeron: "Entréganos ese Daniel, o te matamos con tu familia", con lo cual el rey, a pesar del gran cariño que tenía a Daniel, cedió ante la brutal amenaza y le entregó. Inmediatamente echaron a Daniel a un foso donde mantenían siete leones feroces cuyo alimento diario era de dos cuerpos de hombre y dos ovejas. Pero no se les alimentó aquel día para que se devoraran a Daniel. Mas las fieras no le hicieron daño alguno.

Seis días permaneció Daniel en el foso de los leones, y tuvo hambre. Pero en esos mismos tiempos vivió cerca de la destruida

ciudad de Jerusalén un profeta llamado Habacuc. Este había preparado un guiso para sus segadores y justamente había salido al campo para llevárselo. Mas le apareció un Angel del Señor y le dijo: "Lleva la merienda que tienes en la mano, a Daniel que se encuentra en Babilonia en el foso de los leones". Habacuc replicó: "Señor, yo no he visto nunca a Babilonia y no conozco el foso". Pero el Angel lo tomó y lo llevó con la velocidad del espíritu a Babilonia y al foso. Habacuc llamó a Daniel: "Siervo de Dios, recibe aquí la merienda que Dios te envía". Daniel repuso agradecido: "Oh Dios, así Tú te has acordado de mí, demostrando que no te olvidas de los que te aman". Luego se levantó y comió. Y el Angel devolvió rápidamente a Habacuc a su tierra.

El séptimo día visitó el mismo rey el foso, para llorar la pérdida de su amado Daniel. Y mirando adentro, vio que Daniel estaba sentado ileso en medio de los leones. Lleno de asombro exclamó: "¡Qué grande eres, oh Señor, Dios de Daniel!". De inmediato mandó sacar a Daniel del foso; en cambio hizo arrojar adentro a aquéllos que habían intentado perderle; y no tardaron en ser devorados delante de sus ojos. El rey por tanto volvió a maravillarse y exclamó: "¡De ahora en adelante todos deben temer al Dios de Daniel, porque El es el Salvador, que obra prodigios y maravillas en la tierra!".

Regreso del cautiverio en Babilonia

El mismo Jeremías ya había anunciado, que el cautiverio en Babilonia no iba a durar más de setenta años, después de los cuales el pueblo regresaría reformado a su patria. Las duras tribulaciones del periodo de destierro, en combinación con las exhortaciones a penitencia de los profetas, entre los cuales se destacaron Daniel y

Ezequiel, habían hecho reflexionar a los Judíos. Por lo tanto, justo setenta años después de la primera deportación, el rey de los persas, Ciro, impulsado por Dios, hizo pregonar en todo el reino: "¡Quién forma parte del pueblo de Dios, regrese a Jerusalén y reconstruya el Templo del Señor!". Devolvió asimismo los vasos sagrados del Templo, que se había llevado Nabucodonosor.

Al mando del príncipe Zorobabel fueron repatriados muchos miles de personas a Judea. Este nombre se había dado mientras tanto al reino de Judá, en conjunto con las tribus de Simeón y Dan, que ya con anterioridad se habían separado del reino de Israel y unido a los de Judá. Un año después del regreso se colocaron en Jerusalén los fundamentos del Templo nuevo. Los sacerdotes y los levitas estuvieron presentes con trompetas y címbalos y entonaron cánticos de loor y agradecimiento al Señor, y el pueblo entero dio gritos de júbilo y regocijo. Mas sobre todo al haberse terminado el Templo luego de muchos años, se festejó su consagración con grandes sacrificios y celebraciones.

Es cierto que muchos ancianos que habían conocido el primer Templo, lamentaron que el nuevo distaba mucho de igualarle en magnificencia. Mas el profeta Hageo les consoló con el vaticinio: "¡Cobrad ánimo! De aquí a poco vendrá El, la esperanza de todas las naciones, y la gloria de esta casa será mayor que la de la primera". Con palabras parecidas habló el profeta Zacarías: "¡Fortaleced vuestras manos! He aquí que vendrán muchos pueblos y naciones poderosas a buscar al Señor de las huestes celestiales en Jerusalén; ¡Canta y alégrate, hija de Sión! Mira que tu rey llega a tí, justo y siendo un Salvador; humilde es y viene montado en el pollino de una asna".

Mas o menos ochenta años después de la repatriación empezaron, por orden del rey de los persas, a hacer resurgir de sus escombros la ciudad de Jerusalén con sus murallas.

Los samaritanos, sin embargo, trataron de impedirselo a la fuerza. Pero los judíos oraban a Dios y pusieron centinelas de guardia tanto de día como de noche. Una mitad de los jóvenes se dedicaba a las labores de edificación, la otra mitad estaba continuamente preparada para la lucha, armada con lanzas, escudos, arcos y mallas. Al cabo de cincuenta y dos días estuvieron acabadas paredes, puertas y torres. Entonces, los samaritanos reconocieron que esta obra había sido levantada por Dios, y dejaron de molestar a los judíos. Y éstos hicieron solemnes actos de gracias al Señor y juraron llorando acatar de ahí en adelante, la Ley de Dios que les fue leída en voz alta por el sacerdote Esdras.

Ester

Como el gobierno del rey de los persas era suave, se quedó un gran número de judíos en el reino de Babilonia. Dios dispuso esta situación para el bien de los gentiles, los que, a través de los judíos que vivían en medio de ellos, llegaron a conocer cada día mejor al verdadero Dios y las promesas de un Salvador venidero. Por la voluntad de Dios también obtenían de vez en cuando ciertos judíos virtuosos y sabios, en la misma forma como anteriormente la habían obtenido Daniel y sus compañeros, gran influencia sobre los reyes paganos, la que aprovechaban en favor de sus compatriotas, y para la propagación de la verdadera fé.

Y sucedió que una vez plujo a Dios hacer uso para tal santa finalidad de una judía piadosa, llamada Ester. Vivió en tiempos del rey Asuero, en casa de su padre adoptivo Mardoqueo, a quien amaba como si hubiera sido su propio padre. Al verla cierto día el rey, ella halló gracia ante sus ojos, le puso la corona real en su cabeza y la hizo reina. A consejo de Mardoqueo, calló al principio

cuál era su pueblo. Y como Mardoqueo seguía sintiéndose responsable del bienestar de Ester, se paseaba todos los días ante el palacio real; y allá escuchó cierto día, como dos servidores de Asuero hicieron planes para matar al rey. Esto lo hizo saber a Ester, quien se lo contó al rey. Se investigó el caso y fue hallado cierto. Entonces, los dos conspiradores fueron colgados en una horca, mientras que el acontecimiento fue anotado en el libro de las crónicas del reino.

Poco tiempo después, el rey levantó a un hombre llamado Amán al más alto puesto de honor de su reino. Todos los servidores del rey se arrodillaban ante el y le hacían honor cual si hubiera sido un dios. Mas Mardoqueo no lo hizo, porque se resistía a tributar a un ser humano honores que correspondían sólo a Dios. Al enterarse Amán de su actitud, y sabiendo que era judío, se llenó de ira y convenció al rey, bajo el pretexto de que los judíos tramaban rebelión, a decretar un mandato cruel de que éstos fuesen exterminados todos, jóvenes y ancianos, niños y mujeres, en un mismo día, en todo el reino de Babilonia, y de que sus bienes fuesen confiscados. Entonces empezó un gran lamentar y llorar entre los judíos. Pero Mardoqueo comunicó a Ester lo que se había decretado, para que ella se presentara ante el rey a suplicarle y a interceder por su pueblo. Había, sin embargo, una ley en la corte real, que estipulaba que bajo pena de muerte nadie podía acercarse al rey sin ser llamado. Pero a pesar de esta ley, Ester, luego de haber orado largo y fervorosamente al Señor, tuvo el coraje de presentarse ante el rey, vestida con su vestido real. El rey se encontraba sentado en su trono resplandeciente de oro y piedras preciosas. Ester se postró a sus pies. Pero cuando él volteó su rostro hacia ella, y demostró con mirada relampagueante su enfado por su venida no autorizada, la reina se desplomó de pavor. Viéndolo el rey, bajó de prisa de su trono y la tomó en sus brazos hasta que

se repuso; y dijo: "No tengas miedo, Ester mía, porque esta ley fue decretada para los demás, no para tí. ¿Qué es lo que querías de mí?". Ella contestó: "Si place al rey, venga hoy con Amán a un banquete que les prepararé".

Así se hizo. Cuando estuvieron comiendo, el rey le preguntó qué era su petición, y dijo ella: "Si he hallado gracia en tus ojos, venga el rey también mañana con Amán a cenar. Entonces te diré lo que anhelo". El rey lo prometió. Amán salió contento y alegre de corazón del palacio; pero cuando vio a Mardoqueo sentado delante de la puerta, que no se levantaba ni se movía de su lugar, se enfadó sobremanera y mandó hacer una horca de cincuenta codos de altura para colgar en ella a Mardoqueo.

Aquella misma noche el rey no pudo conciliar el sueño, y se hizo traer las crónicas del reino, para que las leyeran ante él. Y cuando llegaron a la parte donde estaba descrito cómo Mardoqueo había denunciado el complot de los servidores preguntó Asuero: "¿Qué honra o qué recompensa fue dado a Mardoqueo?". Y los servidores contestaron: "Ninguna recompensa recibió". Entonces preguntó el rey: "¿Quién está en la antesala?". Y contestaron: "Amán". Porque Amán había justamente llegado tan temprano para hablarle al rey que hiciese colgar a Mardoqueo. El rey lo hizo llamar y le dijo: "¿Qué se hará con el hombre que el rey desea honrar?". Entonces Amán pensó que tal persona no pudiera ser otra que él mismo, y contestó: "Que a este hombre se pongan vestidos reales como se pone el rey, y que la corona del rey sea puesta en su cabeza; que se le monte en el caballo en que el rey cabalga. Y el mayor de los nobles del rey conduzca el caballo llevándole por las calles de la ciudad, y pregonando delante de él: Así ha de ser honrado él, cuya honra desea el rey". Entonces el rey dijo a Amán: "Date prisa para hacer como dijiste, con el judío Mardoqueo que se encuentra delante de la puerta". Y tuvo

Amán, aunque sea a disgusto y lleno de rabia sorda, que obedecer la orden del rey.

Entretanto se había acercado la hora del banquete de la reina, y Amán se dio prisa para acudir a ella. Y durante la cena el rey volvió a preguntar: "¿Cuál es tu deseo, Ester? Aunque sea la mitad de mi reino, te será concedida". Y ella contestó: "Oh rey, si he hallado gracia en tus ojos, séame dada mi vida y la de mi pueblo; porque se nos quiere destruir, matar y exterminar". Sobrecogido, el rey preguntó: "¿Quién es el atrevido que ha osado mandar tal cosa?". Ester repuso: "Nuestro enemigo y adversario es este malvado Amán". Al escuchar estas palabras, Amán palideció, helado de terror, luego el rey se levantó, encendido de ira. Y uno de los siervos le dijo: "He aquí junto a la casa de Amán la horca de cincuenta codos que hizo él para colgar a Mardoqueo". Entonces dijo el rey: "¡Que se use para el mismo Amán!". Y todavía aquel mismo día el rey Asuero puso a Mardoqueo en todos los honores y derechos que había tenido Amán; y fue revocado de inmediato el decreto nefasto contra los judíos. Y entre éstos reinaba júbilo y alegría, y muchos de los gentiles se convirtieron a la religión de esos.

Eleazar

La peor época de tribulaciones y aflicciones cayó sobre los judíos cuando después de muchas peripecias, el poderío había pasado a manos del soberbio y cruel Antíoco, rey de Siria. Por edicto real fueron rotos y quemados los libros con la Ley de Dios, y prohibido so pena de muerte acatar las leyes divinas. Desgraciadamente, por miedo a los castigos inhumanos, muchos obedecían la prohibición del rey. Muchos otros, en cambio, preservaban, prefiriendo morir antes de no observar los mandamientos de Dios.

Entre estos últimos se encontraba un anciano venerable de noventa y nueve años, de nombre Eleazar, uno de los primeros doctores de la Ley. A este le abrieron la boca por fuerza para obligarle a comer carne de cerdo. Eleazar, sin embargo, prefirió una muerte llena de gloria a una vida llena de vergüenza; por lo tanto sufrió con paciencia y coraje cuántas torturas le hicieron. Los que se hallaban presentes, fueron movidos por la antigua amistad a una compasión equivocada, y tomándolo aparte, propusieron traerle carne que le era lícito comer. Así podría aparentar comer la carne de cerdo y liberarse de la muerte. Pero Eleazar replicó decidido: “A mi edad no es decoroso usar de tales ficciones. Si lo hiciera, podrían pensar los jóvenes: ‘El anciano Eleazar se ha pasado a la vida de los gentiles, dejándose inducir a abrazar sus malas costumbres’, y caer también en la tentación; y yo echaría sobre mi ancianidad infamia y execración. ¿Qué ganaría, aunque escapara en este momento de los suplicios de los hombres? Si no podría escapar, ni vivo ni muerto, de las manos del Todopoderoso. Por ello, quiero morir de muerte honrosa en defensa de los preceptos más venerables y santos de nuestra Ley. Así me mostraré digno de mis años avanzados, dejando a los jóvenes un ejemplo de fortaleza y valentía”. Enseguida de haber dicho estas palabras, fue conducido de nuevo al suplicio. Estando ya por morir a fuerza de golpes crueles, lanzó Eleazar un suspiro y dijo: “Señor, Tú sabes bien que padezco todo de buena gana, por temor a Tí”. Y de esta manera partió de esta vida, dejando a todos un magnífico ejemplo de heroísmo y constancia.

Martirio de los siete hermanos Macabeos

Aconteció también que Antíoco hizo traer a su presencia a una madre con sus siete hijos que se habían resistido a comer carne de

cerdo, y les ordenó comerla al instante. Pero contestaron: “Es prohibido por nuestra ley, no lo podemos hacer, ni lo haremos”. Ordenó entonces el rey, azotarles.

Pero el primogénito dijo con decisión: “Preferimos morir antes que quebrantar las leyes que Dios nos ha dado”. Encendiéndose el rey en cólera, mandó calentar sobre el fuego sartenes y calderas de bronce, luego ordenó cortar la lengua al que había hablado, arrancarle la piel de la cabeza, cortarle las manos y los pies y tostarle, ya así mutilado pero aún con vida, en la sartén. Mientras que sufría este largo martirio, los demás hermanos con la madre se alentaban mutuamente a morir con fortaleza.

Muerto el primero, trajeron al segundo. Después de arrancarle la piel de la cabeza con todos los cabellos, le preguntaron si comería, antes de ser atormentado en cada miembro. Pero contestó tan decididamente como su hermano. “No haré tal”. Por lo cual sufrió los mismos tormentos. Cuando estaba ya por expirar dijo al rey: “Tú, perversísimo rey, nos quitas la vida presente, pero el Rey del universo nos resucitará a nosotros que morimos en defensa de Sus leyes, a la vida eterna”.

El tercer hermano extendió de por sí las manos, diciendo: “Del cielo recibí los miembros, y espero volver a recibirlos de Dios”.

Aún antes de morir éste, avanzó el cuarto hermano declarando estar dispuesto a seguir a sus hermanos en una muerte honrosa en defensa de su Dios.

Luego de morir éste, martirizaron asimismo al quinto y al sexto, pero también éstos murieron con valor. Menospreciaron los suplicios hasta tal extremo que hasta el rey y todos los que le acompañaban, se asombraron de su entereza y valor.

Cuando sólo quedó el menor, Antíoco le prometió que lo haría rico y feliz y lo tendría por uno de sus amigos si abandonaba las leyes de sus padres. Pero como a pesar de estas promesas el joven

no se dejó tentar, llamó el rey a la madre y le aconsejó persuadir a su hijo por su propio bien. Mas ella se dirigió afectuosamente a su hijo, diciendo: "Te ruego, hijo mío, que mires al cielo y a la tierra y a todas las cosas que en ellos se contienen; y que reconozcas que Dios las ha creado todas de la nada. De este modo, no temerás a este verdugo, antes bien, muéstrate digno de tus hermanos y acepta la muerte, para que así te recobre yo en la vida eterna, junto con tus hermanos". Aún no había acabado de hablar, cuando el joven dijo: "¿Qué es lo que esperáis? Yo no obedezco al mandato del rey, sino al precepto de la ley de Dios que nos fue dada por Moisés. Mas tú —exclamó dirigiéndose al rey— autor de todos los males que padecemos los judíos, no escaparás al castigo de Dios". Encendiéndose la ira del rey y descargó su furor sobre éste con más crueldad que sobre los otros. Y después de muertos todos los hijos, fue también muerta la madre.

Sacrificio y hazañas de Judas Macabeo

En aquellos días de terrible persecución de los judíos por Antíoco vivió en Judea el sacerdote Matatías con sus cinco hijos. Cuando se enteró de que el rey Antíoco había hasta profanado el Templo del Señor y estaba empeñado en introducir por fuerza brutal la idolatría en todas partes del país, se apoderó de él un dolor amarguísimo. Vio que el poder del mal iba pronto a llevar la victoria sobre la fé de su pueblo, si no procedían los buenos de común acuerdo, unidos estrechamente. Por lo tanto fue por las calles gritando en alta voz: "¡Todo el que tenga celo por la Ley, sígame!". Y huyó enseguida a los montes con sus hijos y muchos otros temerosos de Dios; y destruyeron todos los altares de los

ídolos que encontraron, reivindicando la ley a mano armada contra el poder de los gentiles intrusos.

Luego de la muerte de Matatías, su hijo Judas tomó su lugar. Este tenía como sobrenombre "Macabeo" (es decir, el que martillea), a causa de su irresistible bravura. En la lucha demostró ser fuerte y terrible como el león; venció a los diversos generales del rey Antíoco en varias batallas, y logró recobrar la ciudad de Jerusalén y el Templo. Aquí tuvo que constatar deprimido cómo había sido destruido el Santuario y profanado el altar, y cómo en todos los atrios habían nacido arbustos como en los bosques. Entonces, purificó la casa del Señor y, celebrando una gran fiesta de victoria, volvió a consagrar el altar entre cánticos de alabanza y sonido de cítaras, arpas y címbalos.

Antíoco enfurecido por las victorias de los Macabeos, decidió ponerse personalmente a la cabeza de sus ejércitos y marchó con toda prisa contra Jerusalén. Y sucedió que en plena carrera se cayó de su carroza quedando malherido. Por consecuencia de esta caída empezó a bullir de gusanos el cuerpo del impío rey, y se le caían a pedazos las carnes por putrefacción. Y ya nadie podía soportar, por lo intolerable del hedor, estar al lado de aquél que tan poco tiempo antes había creído alcanzar las estrellas. Derribado de este modo de su extremada soberbia, comenzó a entrar en conocimiento de sí mismo. Y rogaba a Dios, prometiendo reparar en medida de lo posible sus crueles persecuciones, y recorrer todo el mundo ensalzando el poder de Dios. Pero Dios no le prestó oídos porque su arrepentimiento no era más que forzado por su miedo a la muerte; y no cesaron sus suplicios. Finalmente este blasfemo y homicida cruelísimo acabó su vida con una muerte lastimosa entre dolores insoportables.

El hijo y sucesor del rey Antíoco envió a sus comandantes más renombrados con ejércitos temibles, para reconquistar Judea. En-

tonces el Macabeo con los suyos hizo oración al Señor; y luego empuñaron sus armas, llenos de confianza en Dios, y libraron batalla. Cuando la lucha estuvo en lo más enardecido, les aparecieron súbitamente a los enemigos, cinco hombres relucientes en caballos con bridas de oro, que descendieron del cielo. Dos de ellos se quedaron a ambos lados del Macabeo, protegiéndolo con sus armas. Mientras tanto, los otros tres lanzaban desde arriba flechas y rayos contra los enemigos, de modo que éstos, cegados por completo, o cayeron a tierra, o emprendieron la fuga. Cuando al terminar la batalla se contaron los cadáveres, se halló que no menos de veinte mil quinientos soldados de a pié y seiscientos de a caballo se habían quedado en el campo.

Así seguía Judas Macabeo venciendo, con la ayuda de Dios, en otros tantos combates sangrientos, a todos los enemigos de Israel. En uno de esos encuentros sucedió, que cayeron también algunos judíos. Mas cuando al día siguiente Judas con los suyos quiso enterrar los cuerpos de los caídos, encontraron, escondidos debajo de sus sobrevestas, pedazos de las ofrendas a los ídolos, cuya posesión es prohibida por la ley divina. Con lo cual quedó claro el motivo de la muerte de aquéllos. Todos alabaron la justicia del castigo de Dios y oraron que El perdonara el pecado cometido.

Judas mismo mandó a Jerusalén 12,000 dracmas de plata, para que allá se ofreciera un sacrificio expiatorio por los caídos; pues es un pensamiento santo y salutífero, el orar por los muertos.

Por desgracia, Judas se aventuró finalmente a aceptar una lucha demasiado desigual. En ella fue derrotado por la tremenda superioridad numérica del enemigo. Fue llorado por todo el pueblo con grandes lamentaciones, y todos dijeron: “¡Ay de nosotros, que ha perecido el campeón que salvaba al pueblo de Israel!”.

Ultimos tiempos antes de la Venida de Cristo

Después de la muerte de Judas Macabeo, sus hermanos se pusieron al frente del pueblo, uno tras otro, y ellos también cumplieron hazañas. Pero sus sucesores perpetraban muchas maldades ante Dios, enmarañando en forma creciente al pueblo, inconstante desde tiempo atrás, en sus pecados y vicios. Es cierto que los judíos continuaban profesando al Dios verdadero, pero mayormente sólo con los labios. En su vida moral se habían deteriorado a tal extremo, que hasta un cronista judío comparó a Jerusalén con Sodomá, considerando menos perversa esta última. Lo bueno que todavía existía entre ellos fue sofocado por las sectas de los fariseos y los saduceos escépticos; porque entre ambas, ejercían estas dos sectas, por más de que eran mutuamente enemigas, un dominio incondicional sobre el pueblo. Al mismo tiempo, reinaban por doquier en todos los países del mundo la corrupción moral y una miseria sin límites. Por lo tanto, suspiraban en todo el orbe los que más valían, por la Venida del Salvador prometido.

Así, todo fue preparado para la llegada del Mesías, la cual, de acuerdo con muchos indicios, ya era inminente. Ya había exclamado lleno de alegría el último de los profetas, Malaquías: “He aquí que ya viene pronto, El, a quien vosotros deseáis, y ya no habrá sacrificios de animales. Yo ya no tengo complacencia en vosotros, dice el Señor de los Ejércitos, ni aceptaré de vuestra mano ofrenda alguna. Porque desde donde el sol nace hasta donde se pone será grande Mi Nombre entre las naciones; y en todo lugar será invocado Mi Nombre y será ofrendada oblación limpia”. Una sola cosa faltaba todavía: que se cumpliera también la promesa que Jacob había dado a su hijo Judá. Y esto también ya se iba aconteciendo. Los sucesores de los Macabeos se pasaron la vida peleando entre ellos: Hermano luchaba contra hermano, se mata-

ban uno al otro, y terminaron por llamar como árbitros a los romanos. Estos finalmente les quitaron la tierra, haciéndose sus amos supremos y pusieron a un extranjero de nombre Herodes como rey sobre los judíos. Así fue quitado el cetro de la tribu de Judá; lo que significó que había venido el tiempo para que fuera enviado el Salvador prometido y ansiado con fervor, El que se llama

JESU CRISTO

Indice

I. Desde la creación del mundo hasta la Torre de Babel

	Página
Creación del mundo	7
Creación de los Angeles	8
Creación del primer hombre	8
<i>El hombre pone nombre a cada ser</i>	10
<i>Dios y la tierra alimentan al hombre</i>	10
<i>Cada hierbecita tiene su estrella</i>	11
La caída del primer hombre en el pecado original	11
El castigo al primer pecado	12
<i>Los guardianes de la puerta del Jardín del Edén</i>	13
Caín y Abel	13
Muerte de Adán	15
<i>Micael entrega al Señor el alma de Adán</i>	15
Multiplicación y corrupción de los hombres	16
El Diluvio	17
<i>Noé amonesta a los hombres antes del Diluvio</i>	19
La ofrenda de gracias de Noé	20
<i>Sem entierra a Adán en el Gólgota</i>	21
<i>Sobre la brevedad de la vida de las generaciones posteriores</i>	24
Construcción de la Torre de Babel	24
<i>Los setenta pueblos y el pueblo elegido por Dios</i>	25
<i>Cada pueblo sirve a su Angel, Israel pertenece al Señor</i>	27
<i>¿Quién es el señor de la casa?</i>	28
<i>Abrahán ante el rey Nimrod</i>	29

II. Desde la elección de Abrahán hasta David

Misión y obediencia del patriarca Abrahán	33
Carácter pacífico y abnegación de Abrahán	34
<i>Sobre Sem</i>	35
Fe y hospitalidad de Abrahán	35
<i>Los tres Angeles y los colores del arco iris</i>	37
Caída de Sodoma y Gomorra	38
<i>El árbol de Abrahán</i>	40
<i>Abrahán reconoce la indulgencia del Señor</i>	40
Nacimiento y sacrificio de Isaac	42
<i>El carnero</i>	44
<i>La venganza del diablo</i>	44

Eliezer busca una esposa para Isaac	46
Isaac encuentra a Rebeca	48
<i>Rebeca y Sara</i>	49
<i>Sobre el encanecimiento</i>	49
<i>Micael es enviado para anunciar a Abrahán su muerte:</i>	50
— Misión de Micael	50
— Visita de Micael a Abrahán	50
— Presentimiento de Abrahán	52
— La muerte de Abrahán	54
<i>La muerte de los justos</i>	54
Esau y Jacob	55
Huída de Jacob y sin estadía en casa de Labán	56
Regreso de Jacob a casa y reconciliación con Esau	58
José vendido a un país extranjero	60
José en la casa de Putifar	63
José en la cárcel	64
Ascenso de José	65
Los hermanos de José viajan a Egipto	66
Viaje de Benjamín a Egipto	68
La copa de plata de José	70
José se da a conocer	71
Viaje de Jacob a Egipto	72
Jacob y las últimas palabras de José	73
La paciencia de Job	74
Nacimiento de Moisés	78
Huída de Moisés	79
<i>Sueño de Moisés</i>	80
<i>Moisés como pastor</i>	81
La zarza ardiendo	81
<i>Los leones</i>	83
Espantosos prodigios en Egipto	84
El cordero pascual y la salida de Egipto	86
<i>El féretro de José</i>	88
El paso del Mar Rojo	89
<i>El Señor se compadece del enemigo de Israel</i>	90
Los milagros de Dios en el desierto	90
Dios da los Mandamientos en el Sinaí	92
<i>Moisés es elevado hacia las nubes</i>	95
<i>El Señor habla y el mundo permanece en silencio</i>	95
<i>Los cuatro colores de luz</i>	96
<i>El Señor deja el cielo y se asocia a Moisés</i>	96

El becerro de oro	97
<i>El océano</i>	98
Moisés pide perdón para el pueblo	98
<i>Rayos como cuernos aparecen en la cabeza de Moisés</i>	98
Edificación del Tabernáculo	99
Institución del culto divino	100
Los exploradores enviados a Canaán	102
La rebelión y su castigo	104
La duda de Moisés. La serpiente de bronce	105
La profecía de Balaam	107
Últimas advertencias y muerte de Moisés	108
<i>El mensajero de la muerte busca a Moisés para recoger su alma</i>	109
<i>El beso de Dios</i>	110
Entrada en la Tierra Prometida	114
Designación de los jueces — Gideón	115
Rut	118
Samuel	120
Institución de la monarquía — Saúl	122
El joven pastor David	123
Combate de David con el gigante Goliat	125
Íntima amistad de Jonatán con David y envidia de Saúl	128
La generosa misericordia de David	129
Saúl y Jonatán mueren en combate — Lamento de David por su muerte	130

III. Desde el reino de David hasta el cautiverio en Babilonia

David, el rey piadoso	135
Un salmo de David (Salmo 22)	136
Oración de Moisés varón de Dios (Salmo 89)	137
Un salmo de acción de gracias (Salmo 99)	138
Un salmo de David (102)	139
Salmo de alabanza de Dios creador (103)	140
Un cántico gradual (Salmo 120)	143
Cántico de alabanza (Salmo 147)	143
Otro cántico de alabanza (Salmo 149)	144
Rebelión de Absalón y su castigo	145
Últimas disposiciones y muerte de David	147
Oración y sabio fallo de Salomón	149
Construcción e inauguración del Templo	150

Esplendor de Salomón — Su fin	151
División del reino	153
Misión de los profetas — Dios envió a Elías	154
Sacrificio de Elías	156
Pecado de Acab y Jezabel y su castigo	158
Elías en el desierto y en el monte Horeb	160
Elías arrebatado del mundo	161
Prodigios de Eliseo	161
El profeta Jonás	163
Destrucción definitiva del reino de Israel	165
Tobías	166
Despedida de Tobías padre y viaje de Tobías hijo	167
Regreso del joven Tobías	171
Desintegración gradual del reino de Judá	173
Las profecías de Isaías	173
El piadoso rey Ezequías	175
Judit	176

IV. Desde el cautiverio de Babilonia hasta la Venida de Cristo

Daniel en el cautiverio de Babilonia	181
Lamentación de los cautivos en Babilonia (Salmo 136)	182
La visión de Ezequiel	182
<i>Como fue llevado Baruc, un israelita virtuoso, al quinto cielo, y lo que experimentó allá</i>	184
El joven Daniel y sus amigos	189
Los tres jóvenes en el horno encendido	191
El rey Belsazar	192
<i>Daniel en el foso de los leones</i>	193
Regreso del cautiverio en Babilonia	194
Ester	196
Eleazar	199
Martirio de los siete hermanos Macabeos	200
Sacrificio y hazañas de Judas Macabeo	202
Últimos tiempos antes de la Venida de Cristo	205

Mensaje para los padres

El arte de educar de Rudolf Steiner, al que también desea servir este segundo libro de lectura de la Escuela Libre Waldorf, está basado en el conocimiento del ser humano, conocimiento que profundiza su naturaleza tomando en consideración: cuerpo, alma y espíritu.

Las indicaciones que Rudolf Steiner dio con respecto a la educación fueron expresadas por él, como algo anhelado por el mismo "genius" del hombre en ciernes.

Nosotros, maestros, podemos con reverencia impregnar nuestro discernimiento con estas indicaciones, porque portan en sí, toda la objetividad de las leyes espirituales. Las instrucciones metódico-didácticas de Rudolf Steiner demuestran manar directamente de las fuentes de un profundo conocimiento del ser humano (Menschenkunde) e inspiran a los maestros para su "plan de trabajo", indicándoles por qué camino deben conducir a sus alumnos a través de los años escolares.

Son como un llamado a la profundización en el estudio de la naturaleza del niño en camino a hacerse hombre, e inspiran cada día de nuevo a re-crear la esencia de las indicaciones para el plan de trabajo, en vez de aceptarlas como dogma rígido. Son un llamado para seguir, nosotros mismos, evolucionando, creciendo, madurando, hasta lograr cumplir con sus exigencias espirituales.

Rudolf Steiner aconsejó contar a los niños del tercer grado, aproximadamente a los nueve años de edad, historias tomadas del Antiguo Testamento, dejar que los niños las relaten e incluso las lean. Estas historias del Antiguo Testamento tendrán que ser el medio de transmitir a los niños los primeros conocimientos de la historia del mundo y de la cultura.

Al niño que acaba de entrar a la escuela se le narra primero cuentos de hadas. Estos le comunican con sus imágenes impersonales y en magnífica espontaneidad, una manifestación de la verdad, tal como corresponde a su tierna edad. Luego la vivencia de las fábulas establece la primera delicada relación *consciente* entre el niño y su medio ambiente, por ejemplo cuando se encuentra reflejado en una particular característica típica de un determinado animal.

Entonces el niño, que hasta los nueve años estaba todavía enteramente absorto en el obrar de las fuerzas divinas creadoras encargadas de la estructuración y construcción de su propio cuerpo, así mismo como cumplen con su labor creadora en cristales, plantas y animales, empieza paulatinamente a confinar su propia vida anímica en sí mismo.

Y finalmente nace aquella forma de autoconciencia que a menudo tan dolorosamente comienza a separarlo del mundo querido que le circunda, pero que, en cambio, le per-

mite vivenciar la fuerza de su propia alma en oscilación entre entrega al mundo y búsqueda de lo suyo propio. Este desenvolvimiento típico en la vida del ser humano en crecimiento, se nos presenta en forma universal y grandiosa en la Historia de aquel Pueblo que adora y venera al Dios Padre en su manifestación creadora en la evolución de los reinos naturales y de las criaturas humanas, vivenciando cómo El guía a Su pueblo, escondido en nube de agua y columna de fuego, en truenos y relámpagos, en la tormenta y en el suave susurrar de los elementos. Y esta divinidad paterna está confrontada con una humanidad que venera como su guía espiritual a su propio Yo en lo suprapersonal-divino, y obedece al mandato imperativo del "tú debes", que le habla con indiscutible autoridad mientras que el hombre carece todavía de la capacidad de guiarse por fuerza propia. Una humanidad que experimenta su evolución en el curso del desarrollo histórico mundial en un continuo oscilar entre una entrega obediente-reverente a lo Divino y un rebelde autohallar y autoconfirmar, hasta alcanzar la madurez necesaria, para que en su seno pudiera tomar cuerpo humano aquel Ser Excelso cuya misión es, dar a cada hombre por separado, en el orbe entero, la fuerza de guiarse y dirigirse a sí mismo como un yo autónomo.

Desde la actividad espontánea en el hacer creativo plasmador-artístico, en el juego alegre, en unión inconsciente e íntima con su perimundo, avanza el niño hacia la experiencia dulce-amarga de las consonancias y disonancias de la propia vida interior, procediendo de esta manera, por así decir, de la cultura griega a la cultura hebrea. Y, ya que todavía no sabe dirigir el "oleaje musical" en su alma por fuerza propia, busca el dirigente en el adulto. La "educación del género humano" se ha de repetir en forma condensada en cada individualidad en desarrollo. Un cuento puede hablar a lo más recóndito de la conciencia infantil, cuando busca adaptarse a su grado de madurez, estando, simultáneamente, en conformidad con él y adelantándose a él. El niño sabe absorber lo más elevado, si esto golpea a la puerta de su alma en el momento preciso, abriéndole los horizontes hacia las lejanas y anheladas metas de madurez.

Sólo en brevedad contestaremos aquí a la objeción que se escucha tan a menudo, que las historias del Antiguo Testamento contienen mucho que no es apto para la mente del niño. No hay necesidad de tener tanto miedo. El maestro, claro está, puede escoger lo que quiere relatar. Y es que debe *narrar*, no leer las historias o dejar que los niños las lean. Pero solamente será capaz de comunicar las historias del Antiguo Testamento, si él mismo se ha esforzado en ganar conciencia de su significado no superficial-prosaico, sino de profunda implicación histórico-mundial; si él mismo divisa en ellas verdades sempiternas en su manifestación temporal-terrenal. El maestro que sabe narrar un cuento de manera correcta, dejando que permanezca en su propia esfera espiritual correspondiente, podrá evitar que los alumnos piensen que las "brujas" viven en el bosque que ellos perciben con sus ojos, etc.

El que cuenta (con ayuda de la "Educación del Género Humano" de Lessing o del maravilloso relato del Antiguo Testamento de Goethe, en su "Fantasía y Verdad" y sobre todo de las indicaciones científico-espirituales de Rudolf Steiner), la historia bíblica

con plena conciencia de sus trasfondos espirituales, evitará que los niños consideren una historia, como la del guiso de lentejas que Esaú troca por su derecho de primogenitura, como un fraude ordinario, o que se sientan instigados a cometer ellos también pequeños engaños. El hecho que el "guiso rojo" es traspasado de Esaú a Jacob, consiguiendo con esto Jacob la "primogenitura", es por supuesto, "lenguaje e imagen", pudiéramos decir: símbolo de un proceso con profundo significado cultural-histórico-evolucional. Y tal conocimiento debe tener efecto, junto con la valorización ética, cuando los sucesos han de ser evaluados con justicia, teniendo en cuenta su influencia salúfera en el alma infantil. El maestro que, a través de su propio trabajo de profundización interior, sepa relatar las historias del Antiguo Testamento en el momento preciso del desarrollo de los alumnos y con sugestiva plasticidad y vivacidad, experimentará que los niños las escuchan y leen muy entusiasmados y sin cansarse, en la misma forma como más tarde habrán de escuchar o leer los relatos de las epopeyas heroicas de los germanos y los antiguos griegos.

Hoy en día se observa a veces la tendencia —que nace de las mejores intenciones— de tener alejado del niño, todo lo que tiene que ver con lucha, matanza y venganza. El resultado es, que crecerá sin conocimiento o aceptación de la realidad del mundo. Encontramos en las primeras páginas de la Historia Universal, cómo Caín mata a su hermano Abel. Esto comunica una comprensión profunda de lo doloroso de la evolución de la humanidad. Este hecho es la representación de toda lucha, incluso de aquella lucha interior que sin cesar tiene lugar dentro de la propia alma, movilizandando todas las fuerzas de voluntad y autodisciplina. Significaría minimizar, "aburguesar", la trascendencia de la evolución del mundo que se manifiesta en la historia mundial, si intentaríamos alejar del niño toda forma de suceder combativo, buscando llenar su alma únicamente con luz y pureza, le imposibilitaríamos comprender el misterio, que la luz se proyecta "en las tinieblas".

Hemos añadido a las historias del Antiguo Testamento ciertos relatos tomados de las Leyendas de los Judíos. En su intrínseca belleza hablarán por sí mismos y podrán ser vivenciados como complemento lleno de colorido, aunque no muestran la sublime sencillez de las historias bíblicas. Están intercalados allá donde en conformidad a su contenido, pertenecen, pero diferenciados por la letra cursiva.

El presente libro pretende dar al adulto que lo toma en mano sólo una parte de un todo: representa un trecho del camino de formación cultural de los alumnos de nuestro Colegio Waldorf, un camino en el cual el niño procede de los cuentos de hadas, pasando por fábulas y leyendas, y a través de la historia del antiguo pueblo de los hebreos, hacia las leyendas heroicas de los germanos y griegos, para llegar finalmente en el curso de la historia de la tierra y del mundo a un conocimiento de los tiempos actuales, para abarcar con amor y con toda la capacidad de comprensión posible, al momento de terminar el colegio, tanto el propio pueblo como los demás pueblos del orbe entre los cuales vive.

El texto de este libro de lectura bíblica se atiene, con respecto a la historia del Antiguo Testamento, en esencia a la "Historia Bíblica" del Dr. Ignaz Schuster fallecido en 1869, que fue publicada por primera vez en 1848.

Diferenciados por la letra cursiva se encuentran entremezclados con el texto, cuentos tomados de "Las Leyendas de los Judíos" de Micha Josef bin Gorion (3 tomos, Frankfurt a. M. 1919-1926). Estos han sido admitidos en el original alemán con permiso expreso de la Editorial Rütten & Loening, Frankfurt a. M. ¡Su reproducción es prohibida!